

MISIÓN: BODA en 30 días

una wedding planner EN APUROS

Noa Sparks

Misión: boda en 30 días

Una wedding planner en apuros

Título: *Misión en 30 días. Una wedding planner en apuros*
© 2025, Noa Sparks
De la edición y maquetación: 2025, RM Madera
Del diseño de la cubierta: 2025, Calice Design
Corrección: 2025, RM Madera (Servicios editoriales RM)
Primera edición: 2025, mayo.
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Ella odia las sorpresas.
Él es una sorpresa andante.
Necesitan fingir que se llevan bien.
Y solo tienen treinta días para no matarse…
o algo peor:

ENAMORARSE.

Para todos aquellos que ayudan a que veamos el día un poco más soleado.

Para los que tienen el humor por bandera.

Y, por supuesto, para los que nos alegran con su presencia.

NOA SPARKS es el pseudónimo de Roseline Moyle, autora de romance en varios subgéneros. Si te gusta lo que vas a leer, recuerda que puedes seguir conociendo a la autora en cualquiera de sus otras novelas: romance histórico, contemporáneo, fantasía y paranormal. Puedes encontrarla en redes sociales por Roseline Moyle. Búscala en Amazon para descubrir sus historias.

Índice

1. Bodas, vino y otras desgracias
2. Regreso con sorpresa
3. Chocando cabezas
4. Reservas, tropiezos y otras catástrofes
5. Se busca padrino, abstenerse lunáticos
6. Batalla de glaseados
7. Un vestido, dos problemas
8. Un café y un malentendido
9. Cómo negar lo innegable y fracasar en el intento
10. SOS Floral: Se busca milagro
11. Cena, anécdotas y una invitada en apuros
12. Ensayo bajo el agua
13. Cerca... pero no tanto
14. Un novio en holograma
15. Baile de gala improvisado
16. De la pista de baile a la lista de ignorados
17. Misión: intento fallido
18. Manual de (des)conexión
19. De amor y traumas
20. Se buscan anillos
21. Escape room de sentimientos
22. No me chilles que me asustas
23. Dudas, café y un miedo que (no) es mío
24. Ser o no ser un correo sin leer
25. ¿Brócoli a la vista?
26. Se acabó el escondite
27. Resaca emocional

28. El padrino contra el destino
29. Tatatachán... que llega el padrino.
30. El discurso
31. Sí, quiero
32. Un final y un comienzo
33. Suma y sigue
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras novelas de **Noa Sparks**
Otras novelas de **Roseline Moyle**

1

Bodas, vino y otras desgracias
Vega

Sé que organizar bodas es, a veces, un deporte extremo, pero esta, señoras y señores, se lleva la medalla de oro de las catástrofes nupciales. Si alguien me hubiese dicho que la parejita alegre y feliz que quería contratarme para hacer realidad sus sueños tenía pensado preparar su casamiento con solo dos semanas de antelación, hubiese fingido que mi línea estaba ocupada. Pero como ese pequeño detalle lo omitieron hasta que les aseguré que estaría encantada de encargarme, aquí estoy, intentando que este evento no se desmorone antes del primer brindis.

Empiezo la jornada en el salón de celebraciones, supervisando el decorado. Las flores para la decoración de los globos han llegado tarde y, para colmo, no son las que habíamos pedido.

Debían ser blancas y son rojas. ¡Rojas!

Justo cuando estoy anotando mentalmente un email de queja al florista, aparece Irene, mi mejor amiga y fiel escudera en estos eventos, con un ramo en la mano y una expresión de pánico.

—Tenemos un problema.

—¿Solo uno? Qué alivio.

—El florista ha traído rosas amarillas para la mesa de los novios.

—¿Y?

—¡¿Y?! ¡La novia dijo que nada amarillo! ¿No te acuerdas? Dijo que trae mala suerte.

Miro el ramo como si fuera una bomba a punto de explotar. Respiro hondo y me ajusto la tablet contra el pecho.

—Dile que son luz dorada. Suena poético. Y si no cuela, cambia las flores por cualquier cosa blanca que encuentres. Servilletas, plumas, ¡lo que sea!

Irene me lanza una mirada, no tengo claro si está resignada o me admira, antes de salir corriendo.

Bien. Un desastre menos.

La calma no dura ni un minuto. Una de las camareras me llama a gritos.

—¡Vega! ¿Dónde están las velas para las mesas?

—Detrás del escenario, junto a las cajas de vino. Pero ¡cuidado!, son de diferente tamaño. Ya sabes, por eso de la «variedad artística».

«Y una improvisación de mierda», añado en mi cabeza.

El bullicio del salón me recuerda que el evento ya está en marcha y todo lo que podía salir mal, ha salido peor. Desde que los novios pusieron un pie en el local, ha sido un desastre tras otro: la novia perdió un pendiente antes de entrar, el padrino casi se tropieza con la alfombra roja y el DJ... bueno, el DJ parece estar en una fiesta diferente a la nuestra.

Intento mantener la compostura mientras reviso mi tablet. Las alarmas no son nada alentadoras:

- ☐ PASTEL EN CAMINO (mentira).
- ☐ FLORES ARREGLADAS (otra mentira).
- ☐ NOVIO A PUNTO DE DESMAYARSE (lamentablemente cierto).

Ser planificadora de bodas debería venir con un seguro de vida todo incluido, como los hoteles.

Por si no tenía suficientes fuegos que apagar, un camarero aparece con cara de pánico.

—Señorita Beltrán, el padrino de boda se ha pasado con las copas.

—Déjame adivinar. ¿Quiere repetir ese discurso de pena que ha dado?

—En realidad, está cantando *My Heart Will Go On* en el micrófono.

Respiro hondo y me encamino hacia la pista de baile. Ahí está el padrino, micrófono en mano (sin volumen, punto para el DJ) y copa de champán en la otra, desgañitándose mientras el DJ intenta recuperar el control de la música.

—¡Señor García! —digo con mi mejor sonrisa profesional—. ¿Por qué no se toma un descanso y deja que el DJ haga su trabajo?

El hombre, en su nube de alcohol y desafinación, asiente y se deja llevar por el camarero que me acompaña. Un problema menos.

¡Ilusa de mí! Justo en ese momento, el que lleva la bandeja de copas tropieza con el vestido de la novia y derrama vino tinto sobre el blanco inmaculado.

El grito que suelta la novia podría despertar a los muertos. Intento acercarme para calmarla. Spoiler: ya es tarde. Está al borde de un ataque de nervios, y su madre se suma al drama, diciendo que esto es una señal de mala suerte.

—¿Y si hacemos una foto divertida para disimular? —sugiero—. Algo como «El brindis más inolvidable».

No cuela. La novia se encierra en el baño, y yo me quedo mirando el desastre con las manos en la cadera.

—Bueno, al menos no ha salido corriendo del altar —dice Irene, intentando animarme.

—No des ideas, por favor —respondo.

Al final, logramos convencerla de que salga del baño, arreglamos el vestido lo mejor que podemos y la boda continúa. Mientras observo a los invitados bailar y reír, no puedo evitar pensar en lo irónico de mi vida. Paso los días arreglando los sueños de otros, pero cuando se trata del amor, yo ni siquiera creo en él.

La celebración sigue y, después de todo, no fue tan mal.

Ya por la mañana, justo cuando acabo de despedirme de los señores Martínez, felizmente casados pese al desastre vivido, mi teléfono suena. Es un número desconocido.

—¿Vega Beltrán? Soy Marta Gascón. Necesito organizar una boda en 30 días. Y he oído que eres la mejor.

—¡Por supuesto! —digo, intentando sonar entusiasta, aunque ese apellido me produce un revoltijo en el estómago.

¿Será esta Marta quien creo que es?

¡Ay, Señor!

Ya soy capaz de imaginarme la tormenta que se avecina si mis sospechas son ciertas.

2

Regreso con sorpresa
Lucas

Volver a casa después de tanto tiempo fuera es raro. Las calles parecen iguales, aun así, algo siempre cambia. El parque donde aprendí a montar en bici ahora tiene una pista de skate y la vieja ferretería del señor Ramos es una tienda de *cupcakes* con nombres pretenciosos. Por un momento, me pregunto si ha sido buena idea regresar.

He estado viviendo en Madrid los últimos ocho años, rodeado de ruido, prisas y pizzas recalentadas. Mi trabajo como diseñador gráfico *freelance* me ha dado la libertad de no estar atado a una oficina y también la excusa perfecta para evitar volver y poder ver mundo. Por supuesto, estaban las llamadas de más de una hora con Marta y las videollamadas caóticas con mi madre, donde el plano era su frente o la pared. Aun así, no es lo mismo que estar aquí.

Cuando estaciono frente a la casa de mi madre, me recibe con un abrazo tan fuerte que casi pierdo la respiración. Está igual, aunque con un peinado nuevo y esa energía que nunca pierde.

—Lucas, mi niño, ya era hora. ¡Pasa, pasa! Tu hermana está dentro, no le he dicho que llegabas hoy.

Le hago caso y entramos en el que ha sido siempre mi hogar. Me quito la chaqueta y avanzo con cautela, a ver si puedo darle un susto a mi hermana y reírme a su costa un poco.

Marta está sentada en el sofá con toda la tranquilidad del mundo, revisando algo en su teléfono. Me sorprende bastante. Desde que nació ha sido un torbellino, pero de los buenos. Me ve antes de que pueda llevar a cabo mi plan, salta y me abraza.

—¡Lucas! ¡¿De verdad estás aquí?! Pensé que me ignorarías y no vendrías.

—¿Cómo iba a ignorar ese mensaje de «tengo una noticia bomba y solo te lo diré a la cara»?

Ella se ríe. Se levanta y me abraza muy fuerte.

—Pues sí, tengo noticias —ratifica, sin perder la sonrisa.

Me separo de ella y me cruzo de brazos.

—Si me dices que voy a ser tío, le corto los huevos a mi cuñado.

Ella rompe a reír a carcajadas y mamá me reprende.

—¡Me caso!

Me quedo en blanco. Literalmente, mi cerebro deja de procesar. ¿Marta? ¿Casándose? La misma persona que juraba que nunca usaría un vestido blanco porque «el matrimonio es una trampa capitalista».

—¿En serio?

—Sí. Y no solo eso: la boda es en un mes.

Parpadeo varias veces.

—¿Un mes? ¿Has sufrido algún golpe en la cabeza y nadie me lo ha dicho? ¿Quién organiza una boda en tan poco tiempo?

Mi hermana suspira y se deja caer en el sofá.

—Por eso quería que vinieras. Necesito que me ayudes.

—¿A qué exactamente? Porque si es a huir del país y asumir una nueva identidad, necesito al menos 48 horas de aviso.

—No seas idiota. Quiero que me ayudes con la boda.

Frunzo el ceño.

—Marta, no soy lo que se dice un experto en bodas.

—No tienes que serlo. Para eso está Vega, mi organizadora. Es una crack, pero no quiero estar sola en esto. Mamá está trabajando a todas horas y apenas coincidimos, y a Dani —su prometido— lo han destinado fuera por un imprevisto de última hora. No va a poder estar en casi nada de los preparativos.

—¿Y tus amigas?

—Están fuera. Y las que no, tienen vidas demasiado ocupadas como para arrastrarlas a ver centros de mesa y probar canapés.

—De acuerdo, aunque te aviso que no entiendo una mierda de flores.

—Quiero que seas mi padrino —me suelta a bocajarro.

Me paso una mano por la cara, intentando procesar todo esto. Me ha cogido por sorpresa. Marta y yo siempre hemos sido muy cercanos, incluso cuando la vida nos llevó por caminos diferentes.

Compartimos secretos, consejos y hasta las contraseñas de nuestras plataformas de *streaming*. Aun así, ser el padrino es un nivel completamente diferente.

—¿Y qué hay de papá? ¿No es ese su papel?

—Papá es un desastre con los discursos. ¿Te acuerdas del cumpleaños de la abuela? «Por otros ochenta años más, si llegas». Fue un milagro que la abuela no le lanzara el bastón. Además, quiero que seas tú. Siempre has estado ahí para mí.

Eso me hace un nudo en la garganta. Claro que quiero estar para ella.

—De acuerdo. Seré tu padrino. Y si Vega es tan buena como dices, espero que también sepa hacer milagros, porque, conmigo, hermanita, lo vas a necesitar.

Ella se ríe y se levanta.

—Créeme, te vas a divertir más de lo que crees.

No sé por qué, pero eso suena más a amenaza que a promesa.

3

Chocando cabezas
Vega

La cafetería donde hemos quedado tiene ese ambiente genérico que busca ser acogedor, pero termina siendo olvidable: luces cálidas, un aroma constante a canela y vainilla, y una música de fondo tan neutra que parece estar en un bucle infinito. Estoy en una mesa, en una esquina, con mi tablet frente a mí y una pila de documentos ordenados por prioridad. Mi café, negro y sin azúcar, ya está frío, pero no me importa. Estoy lista para esta reunión, aunque la verdad, no espero gran cosa. Seguro que se trata de otro «familiar entusiasta» de la novia que sepa tanto de planificación de bodas como yo de física cuántica.

La puerta se abre y escucho el característico sonido de la campanita. Levanto la vista y veo entrar a Marta, radiante, como las dos últimas veces que nos hemos visto. A su lado, con la chaqueta de cuero desabrochada y el pelo despeinado, aparece él.

—¡Mierda! —maldigo, confirmando mis sospechas iniciales, las cuales ya tenía descartadas cuando conocí a Marta hace unos días.

¿Quién dijo que las cosas no podían ir a peor?

Lucas.

Hace años que no lo veo, aun así, puedo comprobar que el tiempo no ha cambiado su actitud de redomado estúpido. Ni esa forma absurda en la que se le marca la sonrisa cuando intenta hacerse el interesante.

Ambos se acercan a la mesa y me pongo en pie para recibirlos. Me doy cuenta de que Marta dice algo, aunque yo sigo atrapada en la sorpresa de verlo aquí.

¡Lucas! El mismo que en el instituto convertía mi vida en un reto constante. El que me robaba los bolígrafos, me ponía motes irritantes y parecía disfrutar desquiciándome.

Y, vale, también el único que conseguía que me pusiera roja incluso cuando estaba furiosa.

No, no voy a pensar en eso ahora. Debo ser profesional.

—Vega, te presento a mi hermano, Lucas. Creo que ya os conocéis, ¿verdad? —pregunta con una sonrisa amplia.

Así que ella sabía que nos conocíamos… Hubiese sido un detalle que me lo dijese antes.

—Vagamente —respondo, mientras cruzo los brazos y fijo la mirada en él—. Tú eras el que suspendió matemáticas tres veces, ¿no?

El aludido pone cara de ofendido, llevándose una mano al pecho.

—Solo dos, gracias. Y en mi defensa diré que los profesores no explicaban bien.

—Claro, seguro que la culpa era del sistema educativo —respondo, rodando los ojos.

Marta nos mira a los dos con curiosidad y luego suelta una risita.

—Vale, vale, veo que sí que os conocéis.

No sigo la conversación y me siento. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

Lucas se coloca frente a mí sin esperar invitación y me sonríe con esa confianza irritante que, por lo que veo, sigue teniendo.

—No te lo tomes a mal, Vega, pero no esperaba verte fuera de una biblioteca o un congreso de ciencias.

—Bueno, yo tampoco esperaba verte fuera de un garaje tuneando una moto o ensayando miraditas de tipo duro delante de un espejo.

«Y que, aun así, sigas saliendo tan bien parado. Maldito».

Marta carraspea, intentando recuperar el control de la situación.

—Lucas va a ser mi padrino de boda, así que debe estar al tanto de todo, por eso te dije que nos viésemos y os conocierais. Aunque ya veo que aquí no hace falta romper el hielo.

—Como gustes, hermanita —dice él, reclinándose en la silla. Luego me mira de nuevo—. Dime, Vega, ¿cuáles son mis deberes?

Saco una carpeta y la coloco frente a él.

—Aquí está el cronograma de la boda, las tareas que te corresponden son mínimas y los contactos clave para tenerlo todo bajo control

Lucas hojea los papeles con un interés tan fingido que no sé si admirarlo por ello o enfadarme un poco más por su actitud, al igual que por las casualidades tan absurdas del destino.

—Pensé que ser padrino de boda implicaba algo más emocionante. No sé, organizar una despedida de soltero con *stripper* y fuegos artificiales.

—Eso no está dentro de mis competencias. Háblalo con tu hermana —respondo seca.

—Vaya, suenas igual que en el instituto cuando me pedías que dejara de copiarme en los exámenes.

—Eso es porque tú eres igual de insoportable.

Lucas se ríe con ganas y Marta sacude la cabeza, pero está claro que, pese a no esperarlo, se está divirtiendo con nuestra interacción.

—Vale, vale, tranquilidad. Esto es una boda, no una guerra.

—Todavía —respondo, fulminándolo con la mirada.

—Eh, venga, Vega, seré el mejor padrino que hayas visto.

Me cruzo de brazos y le dedico una mirada incrédula.

—Lo dudo mucho, aunque suerte intentándolo.

Cuando por fin terminamos la reunión, recojo mis cosas y salgo del café sintiéndome agotada.

Trabajar con Lucas va a ser peor que caminar descalza por un campo de minas.

Sobre todo, si cada vez que sonríe como un idiota, me cuesta un poco más recordar que lo detesto.

Definitivamente, esto va a ser una pesadilla.

4

Reservas, tropiezos y otras catástrofes
Lucas

Cuando eres el hermano de la novia, te enfrentas a todo tipo de situaciones absurdas. Hoy, por ejemplo, me veo arrastrado a visitar lugares para la boda, algo que no estaba en mi lista de planes ideales.

Sin embargo, da igual cuando veo la ilusión que le hace esto a mi hermana. Y es que, desde el primer minuto que ponemos un pie fuera de casa, mi hermana está más que emocionada.

Llegamos al lugar donde hemos quedado con la organizadora, quien me recibe con un gesto más seco que el saludo de mi exsuegra.

—¡Este es un momento crucial! Hay que encontrar el sitio perfecto. Tiene que ser especial.

Bufó con sorna, ganándome una mirada desaprobatoria por parte de ambas.

—¿Qué? Me temo que los lugares especiales están a una hora de distancia y vienen con charlas sobre tipos de mantel.

Vega me ignora y consulta su tablet.

—La primera visita es a un salón elegante aquí mismo en la ciudad. Lo reservé con antelación, así que todo está bajo control.

Spoiler: no lo está.

Al llegar al salón, encontramos un cartel en la entrada que dice Torneo Regional de Lucha Libre. Frunzo el ceño y miro a Vega, que se encoge de hombros y se dirige al pequeño stand mostrador que hay a un par de metros de distancia.

—Perdón, tenemos una cita para visitar el lugar para una boda —dice ella al recepcionista—. Hace días que la reservé.

El hombre revisa su lista.

—Aquí solo tengo anotado el evento de lucha libre.

Silbo.

—Bueno, Marta, si quieres una boda con temática de rudos contra técnicos, este es tu sitio.

Se cruza de brazos y mira a la organizadora con una ceja arqueada. Vega, en cambio, se mantiene firme, como si pudiera hacer desaparecer el problema con solo fulminar al recepcionista con la mirada.

—Debe haber un error —insiste, sacando su tablet para revisar los correos—. Yo misma recibí la confirmación.

El recepcionista suspira y señala hacia el interior.

—Si quieren ver el salón, adelante. Pero en diez minutos empiezan los combates.

Decididos a no rendirnos tan fácilmente, entramos.

El salón tiene techos altos, lámparas de araña... y un enorme ring de lucha en el centro.

—Sí, claro, perfecto para un primer baile con suplex incluido —comento.

En ese momento, un luchador con una máscara roja y dorada aparece de la nada, saltando a las cuerdas del ring. Nos mira con interés.

—¿Os casáis aquí? ¡Podemos organizar una entrada triunfal con pirotecnia!

—¿Pirotecnia? —repite Marta, horrorizada.

Me río de lo surrealista de la situación y me gano un codazo en las costillas por parte de mi hermana. Vega, en cambio, está demasiado ocupada revisando frenéticamente su pantalla como para responder. La observo ir de aquí para allá, se coloca delante de mí, gira sobre sus talones distraída... y tropieza con un maniquí vestido de luchador.

El maniquí se me cae encima y en un intento de mantener el equilibrio, termino derribando una mesa llena de *merchandising*. Máscaras, camisetas y carteles salen volando. Para rematar el desastre, una campana metálica rueda por el suelo y se estrella contra una puerta lateral, ocasionando un estruendo que casi nos revienta a todos el tímpano.

De inmediato, varios luchadores aparecen, como si hubiéramos activado una señal secreta de combate. ¡Joder! ¡La hostia! Son enormes, llevan máscaras llamativas y tienen músculos hasta en los párpados.

—Creo que deberíamos irnos —susurra Marta, tirando de mi brazo.

—¿Sin comprar nada? —pregunta uno de los enmascarados, señalando la mesa destrozada.

—Ehh... sí, lo siento, nos hemos confundido de sitio —dice Vega con una sonrisa forzada mientras intenta poner de pie el maniquí culpable de la destrucción.

Antes de que nos pidan pagar los daños o, peor aún, nos reten a un combate de exhibición, salimos del salón a toda leche.

—Bueno... al menos ahora sabemos que no es el lugar ideal.

Marta se detiene a coger aire cuando ya estamos junto al coche.

¡Menudo comienzo!

La siguiente visita es a una finca rústica con un encanto natural. Al llegar, todo parece idílico: flores silvestres, madera envejecida, un aroma a lavanda en el aire… la que, por cierto, empieza a darme alergia. La luz del sol se filtra entre los árboles y eso le da un toque de postal al lugar. Hasta yo, que no tengo ninguna inclinación romántica, puedo admitir que esto parece sacado de una película.

—Este lugar es increíble —dice Marta con ilusión.

Asiento, dándole la razón y conteniendo el estornudo.

Rezo para que haya algo que no le guste y no celebre aquí la boda o me la voy a pasar estornudando y con el moco colgando toda la puta ceremonia.

—Imagínate entrar a caballo en lugar de en coche. Sería épico —digo, solo para reírme un rato viendo la cara de Vega al escucharme.

—Eso sería ridículo —replica, sin levantar la vista de su tablet y con un deje molesto que no me pasa desapercibido.

—Depende de cómo lo mires —apostillo—. En algunas culturas, llegar a caballo es señal de grandeza. En otras, de que tu coche se ha quedado sin gasolina.

Vega ignora mi comentario y sigue caminando.

Mi hermana va a su lado, haciendo preguntas y yo, yo no puedo evitar sentirme atraído por los establos, que están a unos metros de nosotros, justo en el lateral de la finca. Es un instinto primitivo, supongo. Nunca he tenido un caballo (al igual que la inmensa mayoría de niños), aunque de pequeño soñaba con ello. También es cierto que ni siquiera monté en uno.

Pero… ¿qué tan difícil puede ser montar?

Me acerco con confianza a uno de los animales más imponentes, uno negro, alto y con pinta de ser el líder de la manada (o cómo se llamen los grupos de caballos. ¿He dicho ya que, pese a que me gustasen, nunca me interesé mucho por aprender sobre ellos? Bueno, sobre ellos ni sobre nada, tenía otras prioridades en mi vida).

—¿Qué haces? —me pregunta Marta, poniéndose en lo peor, porque ya me conoce—. Aléjate de ahí, Lucas.

La ignoro. Es más, me coloco al lado del animal y le doy una palmada en el lomo, como si fuera un perro amigable y no un mastodonte que me triplica el tamaño

—Lucas, deja de hacer el imbécil y quítate de ahí —me reprende Vega.

—Pero ¿qué dices? ¡Mira! Nos llevamos bien —afirmo, justo antes de que el caballo me devuelva el gesto con un brusco cabezazo que me manda directo al suelo.

Marta ahoga una carcajada, pero al final la risa se le escapa en forma de un sonido extraño entre un bufido y un estornudo. Vega, por su parte, se cubre la boca con la mano en un intento fallido de mantenerse profesional, aunque su hombro tiembla de la risa contenida.

Y ahí está.

Su risa.

Joder.

No sé por qué, pero escucharla reír, aunque sea a mi costa, me deja sin respiración.

Me encuentro de espaldas en el barro, viendo las nubes pasar.

Podría quedarme aquí un rato. El barro no es tan incómodo como aguantar las miradas y los futuros reproches de estas dos, sobre todo, de Vega.

—¿Sigues creyendo que es buena idea? —pregunta la susodicha, arqueando una ceja mientras revisa su tablet, porque… conociéndola, es capaz de estar haciendo un balance de mi nivel de torpeza.

Me levanto con dignidad, al menos, con la poca que me queda, escurriendo barro de mi chaqueta.

—Voy a abstenerme, igual que vosotras —advierto— de comentarios. Aunque creo que mi relación con los caballos ha llegado a su fin.

La finca, pese a sus puntos positivos, tiene algunos inconvenientes, además de los caballos poco amistosos. Vega intenta mantener la compostura mientras el guía nos explica que, debido a la cercanía con los bosques, de manera ocasional pueden aparecer animales salvajes.

¡Como si lo hubiese invocado, oye!

Justo en ese momento, un gallo, creo que territorial en exceso, decide que somos una amenaza para su… bueno, para su lo que sea, y empieza a hacer sonidos extraños y a perseguirnos como si fuésemos la encarnación del mal.

—¡No corran! —grita el guía—. Se calma si no lo provocan.

¡Tarde! Marta ya ha salido disparada en la dirección opuesta a la del gallo, arrastrándome con ella.

Vega, por su parte, se mantiene estoica... hasta que el astuto animal se lanza a por su pie. Con un grito de indignación, y asustada (todo hay que decirlo) le arroja la tablet a mi hermana y se sube a la primera silla que encuentra.

—Esto no estaba en el itinerario —murmura, con el ceño fruncido.

El dueño de la finca, después de varios aspavientos y ruiditos más raros que los del gallo, lo ahuyenta y nos lanza una sonrisa avergonzada.

—Bueno, este es un lugar con mucha vida silvestre, como ya ven.

Marta se sacude el vestido y suspira.

—¡¿Es que nada nos va a salir bien?! Esta boda va a ser un desastre.

Vega, que ya parece que ha recuperado la compostura, se acerca a mi hermana y le pone una mano en el hombro en un vano intento

de consolarla, porque cuando se pone pesimista puede ver el fin del mundo en el hecho más absurdo.

—Marta, son solo lugares. La boda se trata de ti y de tu pareja, no del sitio donde se haga.

¡Joder! Es mejor consolando que yo de aquí al infinito.

Asiento cuando mi pequeñaja me mira con lágrimas en los ojos.

—Exacto. Además, si algo sale mal, siempre podemos regresar al torneo de lucha libre.

Me mira y sorbe por la nariz, se limpia de un manotazo las lágrimas y luego me da a otro mí, por mi comentario.

Da igual.

Se ha reído, objetivo cumplido.

Tras una pequeña caminata de vuelta al coche, dejamos atrás la finca y conducimos de regreso a la ciudad. Marta va en silencio, claramente frustrada, decepcionada y varios «ada». Decido encender la radio, pero solo consigo que Vega me lance una mirada fulminante cuando una bachata melancólica empieza a sonar.

—¿En serio? —bufa—. No tienes algo más deprimente.

—No me culpes de lo que ponen en el dial —contesto, subiendo un poco el volumen por pura diversión.

Justo entonces, mi hermana se incorpora en el asiento, señalando con emoción a través de la ventana.

—¡Para el coche! —exclama.

Freno de golpe, provocando que Vega casi se atragante con su propio resoplido. Miramos en la dirección que señala Marta y vemos un pequeño establecimiento con un jardín encantador. Encima de la puerta hay un letrero desgastado que dice «Eventos íntimos y especiales».

—Ahí. Ahí. Es… es perfecto —susurra, y sus ojos brillan mientras miran por la ventanilla.

Bajamos del coche y nos acercamos. Descubrimos que el dueño organiza bodas pequeñas y, lo más importante, tiene experiencia con eventos de última hora. Marta siente que es una señal del destino. Y yo no sé si es del destino o el azar, la suerte o lo que sea, pero ella está radiante y nada más me importa.

Vega, aunque contrariada porque no estaba en su plan original, admite que es una buena opción al ver la emoción que desprende Marta mientras habla con el encargado del sitio. Le lanzo una sonrisa triunfal.

—¿Ves? Al final, la improvisación nos ha salvado el día.

Vega me mira de reojo.

—Cállate, Lucas.

Pero tiene esa media sonrisa que creo que no sabe que se le escapa cuando algo le sale bien. Y eso, joder, me gusta más de lo que debería.

Sonrío aún más.

¡Ay, Dios mío!, este va a ser un proyecto muuuuy largo.

5

Se busca padrino, abstenerse lunáticos
Vega

He organizado bodas en castillos, en la playa, en tejados de edificios y hasta en un viñedo con un burro como portador de anillos. Pero nunca, en todos mis años de experiencia, me había encontrado con un padrino que quisiera una boda medieval de verdad. No en plan vestiditos bonitos y poco más, no: auténtica.

—Imagina esto, Vega —dice Lucas, reclinado en la silla con esa sonrisa de niño que acaba de idear una travesura—. Un altar en forma de trono, yo entrando con una capa de terciopelo, tú con una corona de flores… y el banquete servido en enormes bandejas de madera. ¡Sin cubiertos, claro, porque queremos realismo!

Parpadeo, aturdida. No porque no haya oído estupideces en esta vida, sino porque esta podría llevarse el premio.

—Claro —respondo a la vez que me cruzo de brazos—. Y podemos contratar a un bufón para que amenice la velada.

Chasquea los dedos, emocionado.

—¡Exacto! Sabía que entrarías en la onda —dice, moviendo las manos en el aire como si estuviera surfeando una ola invisible.

—No, no he entrado en la «onda». He entrado en un estado de desesperación que me hace plantearme la idea de fingir mi propia desaparición.

Marta, que hasta ahora ha estaba hojeando tranquilamente una revista de vestidos de novias, suelta una carcajada.

—Sois adorables cuando discutís.

—No estamos discutiendo —respondo al instante.

—Todavía —apunta Lucas, guiñándome un ojo.

Respiro hondo. No voy a dejar que este payaso me saque de mis casillas. No otra vez. No después de lo del instituto, cuando pasé años siendo la diana de sus bromas, cuando se burlaba de mi

organización meticulosa y me llamaba «la reina del apunte encuadernado».

Intento ignorarlo y me dirijo a Marta, buscando recuperar el control de la conversación.

—Marta, dime que no estás considerando esa locura —digo, intentando no sonar como una profesora regañando a un alumno o peor, como una madre. Aunque, siendo sinceros, con Lucas en la ecuación creo que eso es inevitable. Es peor que un crío de dos años.

—Oh, no te preocupes —responde ella con una sonrisita—. La boda sigue siendo clásica y elegante, como yo quiero. Aunque me encanta veros pelear. Tenéis una química tremenda.

Mi cerebro se detiene.

No. No vamos a empezar con eso.

No con él. No otra vez.

—No tenemos química —afirmo, frunciendo el ceño y demostrando que me molesta su comentario.

—Sí, ya, claro… —dice Marta, dándole un sorbo a su café y derrochando sarcasmo por cada poro de su piel.

Lucas, por su parte, sonríe y hasta diría que parece estar disfrutando.

—Vega, no te pongas tan tensa —dice, inclinándose hacia adelante con esa sonrisita que hace que me hierva la sangre—. Si quieres, podemos hacer un duelo con espadas de gomaespuma para decidirlo.

—¿Un duelo? —repito, entrecerrando los ojos—. ¿Sabes qué? Podrías haber sido cómico profesional. Tienes material de sobra.

—Lo sé, pero decidí dedicar mi talento a hacerte rabiar. Me da más satisfacción personal.

Marta deja escapar otra risita y me mira con ojos divertidos. Yo, en cambio, noto que me sube un calor extraño por el cuello. No sé si es indignación o la impotencia generada de mis ganas de lanzarle el café a la cara.

—¿Y si, en lugar de eso, nos centramos en la boda que realmente queremos hacer? —cuestiono, intentando desviar el tema, aunque sé que es inútil si Lucas no pone de su parte.

—¿Y si, en lugar de eso, reconoces que mi idea es brillante y revolucionaria? —contraataca él, sonriendo con suficiencia.

—Lucas —replico, apoyando ambas manos en la mesa y mirándolo con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué tengo la sensación de que disfrutas irritándome más de lo que deberías?

—Porque lo disfruto más de lo que debería —responde, encogiéndose de hombros con absoluta desfachatez.

—Voy a buscar un cruasán antes de que termine arrojándote el café a la cara.

Me levanto con brusquedad y salgo de la sala antes de que pueda responder. Necesito respirar. Y, sobre todo, necesito recordar que esta boda no es una batalla. O, al menos, no debería serlo.

Pero claro, con Lucas de por medio, hasta elegir el color de las servilletas puede llegar a convertirse en una guerra sin cuartel.

6

Batalla de glaseados
Lucas

Lo bueno de ayudar a organizar una boda es que puedes probar comida gratis. Lo malo es que tienes que aguantar a Vega dándote lecciones sobre todo lo demás.

Hoy toca la cata de tartas y si hay algo que me motiva más que la comida gratis, es la comida gratis con azúcar. Marta no ha podido venir porque está en su primera prueba del vestido, así que Vega y yo tenemos la misión de elegir tres opciones de tarta para que ella decida después con cuál se queda. En otras palabras, estamos adelantando trabajo. Así que aquí estoy, sentado en una mesa llena de tartas, *cupcakes* y rellenos, intentando no parecer demasiado entusiasmado para que no lo use en mi contra.

—Bien, tenemos varias opciones de bizcocho: vainilla, chocolate, red velvet, zanahoria... —Vega empieza a enumerar con voz profesional mientras señala cada muestra—. Y diferentes tipos de relleno y cobertura. Marta quiere algo clásico, pero con un toque especial.

—Marta quiere que la boda no parezca sacada de una revista de los años cincuenta —la corrijo—. Y que el padrino de la boda no muera de aburrimiento en el proceso.

Me lanza una mirada de hastío, pero en el fondo hay una chispa. Me ofrece una cuchara con un poco de relleno de frambuesa.

—Toma, métete esto en la boca y deja de hablar.

Sonrío con prepotencia.

—Vega, si querías darme de comer en la boca, solo tenías que pedirlo.

—Ojalá la cuchara estuviera envenenada —responde sin inmutarse.

Me llevo la frambuesa a la boca y asiento con aprobación.

—No está mal. Aunque yo soy más de chocolate. Algo con personalidad.

—A Marta no le gusta el chocolate en las tartas. ¡Es tu hermana, por el amor de Dios!

—¿Y qué tiene eso que ver con el chocolate?

—Deberías saber que opina que es demasiado obvio, clásico y, por supuesto, empalagoso.

—Marta no está aquí, así que podemos engañarla —bromeo.

—Prueba este de mascarpone con limón.

Lo hago y, para ser sinceros, está bueno. Aunque, por supuesto, no voy a admitirlo tan fácil delante de mi acompañante.

—Sabe a yogur caro. No es lo que yo pondría en una boda.

—Ah, ¿sí? —Se cruza de brazos. Me da en la nariz que empieza a perder la poca paciencia que tiene y que le queda conmigo—. Y según tú, ¿qué debería llevar una boda?

—Algo atrevido. Algo que la gente recuerde. Como una tarta de chocolate con trozos de galleta.

Vega me mira espantada. Ahora mismo, eso y sugerir que sirvan hamburguesas en medio de la ceremonia cuando se estén dando el «sí, quiero» está a la misma altura de descabellado y absurdo.

—Por supuesto, Lucas. Y ya que estamos, ¿por qué no servimos batidos en jarras de cerveza?

—Me gusta cómo piensas.

Suspira y vuelve a centrarse en la mesa de postres. Sabe que es una batalla perdida intentar que me tome esto en serio.

—A ver, probemos las coberturas: *buttercream*, ganache, fondant...

Mientras ella se pone en modo experta, yo cojo un poco de glaseado de vainilla con el dedo y lo pruebo. Está bueno, pero… tengo una idea mejor.

Con un movimiento rápido, le doy un toque de glaseado en la punta de la nariz.

—Uy, ha sido sin querer.

Vega parpadea y se queda inmóvil por un segundo. Luego, muy pero que muy despacio, se limpia la nariz con el dorso de la mano.

—Lucas.

—Dime.

—Acabas de cometer un error muy grande.

Antes de que pueda reaccionar, me lanza un pegote de buttercream directamente a la mejilla.

—¡Vaya, qué torpe! —dice con una sonrisita de falsa inocencia.

¡Sí! Esto es la guerra.

—¿Así que quieres jugar? —Cojo un poco de glaseado de chocolate y le doy en la manga de la blusa.

Vega suelta un grito ahogado.

—¡¿Pero tú estás tonto?! ¡Es blanca!

Coge un *cupcake* y, antes de que pueda esquivarlo, me lo aplasta suavemente contra la frente. El *buttercream* me cae por la sien y tengo que cerrar un ojo para que no me entre azúcar.

—Eres un monstruo —susurro, fingiendo indignación.

—Tú te lo has buscado.

Agarra otro *cupcake* y yo hago lo mismo. Lo elevo con dramatismo.

—Vega, piénsalo bien —advierto—. ¿De verdad quieres iniciar una guerra que no puedes ganar?

—Lucas, ni se te ocurra.

—Demasiado tarde.

Le lanzo el *cupcake*. Ella se agacha con unos reflejos que me dejan alucinando y la pequeña bomba de azúcar impacta contra la pared del local con un sonoro *plaf*.

Nos quedamos congelados mirando el pequeño desastre. El glaseado resbala lentamente por la pared impoluta. Un silencio sepulcral nos envuelve.

—Vámonos antes de que nos echen —murmuro.

—Buena idea.

Antes de huir, Vega aprovecha mi distracción y me estampa un último pegote de *buttercream* en la mejilla con una sonrisa triunfal. Por un instante, esa sonrisa me descoloca. Hay algo en ella que me deja sin respuesta. Y eso no es lo habitual.

Quiero cobrarme la revancha, pero no soy tan idiota para saber que es mejor poner pies en polvorosa.

Salimos rápido, sin mirar atrás, cubiertos de glaseado y con un aire de dignidad fingida. Al llegar a la puerta, se gira hacia mí.

—A ver cómo explico este desastre al dueño. Este es el tipo de cosas que me demuestran que eres completa y absolutamente insoportable.

—Y, sin embargo, te lo has pasado bien.

No lo admite en voz alta, pero su sonrisa lo dice todo. Y no sé por qué, pero esa sonrisa se me queda dando vueltas en la cabeza mucho después de haber salido del local.

7

Un vestido, dos problemas
Vega

No debería estar aquí. No así. No con él.

La feria de proveedores es una jungla de telas de lujo, flores demasiado caras y vendedores con sonrisas casi maquiavélicas que intentan convencerte de que su servicio es imprescindible para una boda perfecta. Y yo suelo manejar esto con picardía y buena mano. Suelo. Porque hoy, contra todo pronóstico, estoy aquí con Lucas y me da miedo pensar en lo que puede salir de esta visita.

Sobre todo, porque, últimamente, estar cerca de él me descoloca más de la cuenta.

—No veo dónde está el problema —dice, metiéndose una cuarta muestra de tarta en la boca—. Nos han dado pases vip y comida gratis. Deberías relajarte.

Lo fulmino con la mirada.

—Esto no es un bufé libre. Ya tuvimos bastante con la cata de tartas de ayer. Estamos aquí para elegir los mejores proveedores para la boda de Marta antes de que se entere de que arruinaste la primera opción con tus niñerías.

—Eso hago. Estoy probando tartas y así asegurarme de que tiene la mejor. No vaya a ser que terminemos con una de cartón como castigo por nuestra guerra de azúcar.

—Lo que estás haciendo es aprovecharte de la situación.

—Lo que tú llamas aprovecharse, yo lo llamo investigación gastronómica.

Respiro hondo y cuento hasta diez. Marta no ha podido venir porque la modista ha cometido un error en los ajustes del vestido y su madre la ha arrastrado de urgencia a la tienda. Así que aquí estoy, sola con Lucas, intentando evitar que convierta esto en una de sus bromas constantes.

—Vale, vamos a centrarnos —digo, ignorando cómo se mete ahora un macaron en la boca—. Tenemos que revisar los arreglos florales, la iluminación y los accesorios de decoración. Nada de excentricidades.

Lucas sonríe de una forma que no me gusta nada.

—Depende de lo que consideres excentricidad. Mira esto.

Señala un stand donde ofrecen fuentes de chocolate en forma de dragón. No, no estoy exagerando. Es un maldito dragón escupiendo chocolate por la boca.

—Ni lo sueñes.

—Oh, venga, a Marta le encantaría.

—A Marta le encantaría que esto fuera rápido y sin sobresaltos.

—Entonces debería habérselo pedido a un robot en vez de a su hermano —replica, cogiendo un catálogo del dragón chocolatero.

Intento ignorarlo y me acerco al stand de decoración. Pero, claro, Lucas también se acerca, y como es incapaz de quedarse quieto, empieza a jugar con los muestrarios.

—¿Para qué sirve esto? —pregunta, cogiendo una cortina de luces LED.

—Para decorar el fondo de la mesa de novios.

—O para envolver a alguien como un gusano de luz.

Antes de que pueda detenerlo, se enrolla las luces alrededor del brazo como si fuera una momia moderna y después intenta encenderlas.

—Lucas, deja eso.

—Solo estoy comprobando la calidad del producto.

—¿Puedes comprobarla sin parecer un adorno navideño?

Por suerte, en ese momento aparece una de las organizadoras del evento y nos distrae con algo peor: una confusión monumental.

—Oh, aquí estáis. Sois la pareja que venía a la prueba de vestuario, ¿verdad?

—¡No! —respondo rápido.

—¡Sí! —dice él al mismo tiempo.

Me giro y lo fulmino con la mirada.

—¿Qué estás haciendo? —murmuro entre dientes.

—Me parece interesante —dice encogiéndose de hombros—. Vamos a ver qué es.

Claro. Porque estar juntos en una situación embarazosa es su pasatiempo favorito. Y por alguna razón, que prefiero no pararme a analizar, no me resulta tan horrible como tendría que parecerme.

Sin que pueda replicar, la organizadora nos empuja hacia una zona de probadores antes de que pueda protestar más. Y antes de darme cuenta, estamos dentro de un vestidor, con una asistente que sostiene un vestido de muestra para mí y una camisa de gala para Lucas.

—Adelante, probáoslos —dice con una sonrisa profesional y que, si no trabajase en este mundillo, hasta me convencería.

—No, esto es un error —intento aclarar—. Lucas, diles algo —le pido con desesperación.

—Oh, yo me lo pruebo encantado —responde, cogiendo la camisa.

Quiero seguir protestando, pero la asistente me entrega el vestido y me empuja suavemente hacia otro probador.

«Respira, Vega. Respira. Esto es un malentendido que se solucionará rápido. Solo ponte el vestido y sal para decirles que se han confundido».

Cuando me lo coloco, noto que la talla no es la mía y me queda un poco grande. ¡Genial! Estoy intentando arreglármelo, cuando tropiezo y me agarro a la cortina del probador de Lucas, que se corre por accidente. Me lo encuentro sin camisa, luchando por meter los gemelos en las mangas.

Y por un segundo, ridículo y silencioso, se me olvida respirar.

Nos miramos. Nos congelamos.

—Bueno —dice con una sonrisilla—. Esto sí que es un momento de película.

—No. No es un momento de película. Es un desastre —respondo, intentando sujetarme el vestido de forma digna sin dejar nada al aire.

Si fuese una comedia romántica, este sería uno de esos momentos clave. Y no, no me preguntes por qué he pensado

semejante idiotez. Y, por supuesto, tampoco me cuestiones por qué me molesta hacerlo.

La organizadora vuelve en ese preciso instante y nos encuentra así. Suelta una exclamación de felicidad.

—¡Oh, estáis absolutamente adorables! ¡Qué bonita pareja hacéis!

Lucas sonríe como si esto fuera lo mejor que le ha pasado en la vida.

—Oh, gracias, intentamos no presumir demasiado —dice, poniendo cara de modestia fingida.

Yo, en cambio, estoy deseando evaporarme. Finalmente, conseguimos (rectifico: consigo) aclarar la confusión y salir de allí con algo de dignidad (bueno, al menos yo lo intento). Cuando por fin estamos fuera, se gira hacia mí con su sonrisilla triunfal.

—Admítelo, eso ha sido divertido.

—Voy a matarte.

—Pero con amor, ¿no?

Resoplo, aun así, no puedo evitar sonreír. Aunque me pese, Lucas hace que hasta el peor de los días sea, al menos, interesante.

8

Un café y un malentendido
Lucas

No sé en qué momento exacto de mi vida pasé de ser un hombre libre y sin preocupaciones a alguien que discute sobre flores, pruebas de vestuario y proveedores de bodas. Lo peor es que ahora, en mi día libre (en los preparativos de la boda, por supuesto. Mi hermana es una explotadora que apenas me deja descansar), estoy aquí, en una cafetería del centro, esperando a Hugo, mi mejor amigo, con la sensación de que necesito terapia después de las últimas 48 horas.

Cuando por fin aparece, lo hace con su aire despreocupado de siempre, vestido con un abrigo que seguro le ha costado la mitad de mi sueldo mensual y con esa expresión de suficiencia que solo tienen los que duermen ocho horas diarias y no tienen que lidiar con organizadoras de bodas con complejo de dictadora.

—Mira quién ha vuelto del campo de batalla —dice, dejándose caer en la silla frente a mí—. Te noto diferente, Lucas. Más refinado. Dime la verdad, ¿ya puedes distinguir entre encaje y tul a simple vista?

—Ríete todo lo que quieras, pero llevo dos días en una guerra con batallas de glaseado, luces LED y fuentes de chocolate con forma de dragón. Necesito una cerveza o mañana querré ponerme tutú. —Le hago un gesto a la camarera—. Espera, no. ¿Es muy pronto para una cerveza? —Hugo asiente. ¡Mierda! ¡Me lo temía!—. Un café. Cargado —le pido a la chica, que toma nota y se va.

Mi amigo me observa con una sonrisa burlona mientras tamborilea con los dedos en la mesa.

—Todo esto tiene un lado positivo. Al menos, estás pasando tiempo con Vega.

Me atraganto con mi propia saliva.

—¿Perdona?

—No te hagas el tonto, Lucas. Me encontré ayer con tu madre y tu hermana cuando volvían de la prueba del vestido. Marta me ha contado que estás pegado a Vega todo el día, discutiendo, como en los viejos tiempos. —Me mira con una ceja arqueada—. ¿Seguro que no disfrutas un poquito de la situación?

—No sé en qué momento todo el mundo ha decidido que Vega y yo tenemos una historia que contar. No hay nada entre nosotros. Nunca lo hubo.

—Ajá. —Asiente, como si le acabara de confirmar lo contrario—. Pero en el instituto bien que te ponía, con esas gafitas y esa pinta de empollona…

—Oye, si has venido para tocarme los huevos, creo que puedo estar otro año sin verte. Casi que prefiero la compañía de la dictadora organiza bodas —replico con ironía.

—¿Ves?

—¡¿Qué veo!?

—No paras de hablar de ella. Después dirás que no tengo razón.

Pongo los ojos en blanco y cruzo los brazos.

—No estoy hablando de ella —contraataco—. Estoy hablando de la boda de mi hermana y de lo que me está costando no estrangular a la organizadora.

—Claro, claro… —Hugo sonríe y cambia de tema, pero ya me ha dejado el sinsabor en la boca.

Porque lo peor de todo es que tiene razón. Desde que Marta me arrastró a esta locura, Vega se ha convertido en una constante en mi día a día, refrescándome el pasado, porque no fue hasta años después cuando, recapitulando mi vida, fui consciente de que Vega me gustaba, pero yo era tan idiota que no quise darme cuanta y lo disfrazaba con bromas absurdas, al menos, así conseguía que me hiciese caso.

Ahora la situación es similar, salvo en lo de que me gusta. Tan solo es divertido verla perder la paciencia conmigo, como sucedía en el pasado. Es como un juego para nosotros: ella pone reglas, yo las rompo.

Aun así, es solo eso: un juego.

Mientras seguimos con la conversación, me cuenta algunas novedades sobre su trabajo y su última conquista fallida.

—Por cierto —dice, cuando ya estamos terminando el café—. ¿Vega sigue igual o ya te mira a los ojos cuando le hablas?

—Hugo… —le advierto.

Justo en ese momento, como si el destino tuviera un sentido del humor de lo más retorcido, Vega entra en la cafetería. ¡Joder! ¿Puede ser más inoportuna? Lleva el pelo recogido en un moño que se ha puesto a toda prisa, al menos, eso diría yo, porque casi parece más despeinada que otra cosa. Parece despistada, revisando algo en su teléfono.

No me ha visto.

¡Bien!

Hugo, que no tiene un pelo de tonto, sigue mi mirada y sonríe.

—¡Vaya, vaya! Hablando de la reina de Roma…

Antes de que pueda detenerlo, levanta la mano y la saluda con entusiasmo.

—¡Eh, Vega! —llama con una sonrisa de suficiencia.

Ella alza la vista y, cuando me ve, pone esa expresión de fastidio que me resulta tan familiar. Suspira y se acerca con los brazos cruzados.

—Lucas. —Su tono ya me dice que no se alegra demasiado de verme—. ¿Hoy no habíamos quedado, ¿verdad? —cuestiona y mira de inmediato el teléfono, tal vez, revisando su agenda.

—Tranquila, hoy Marta me ha dado descanso. —Señalo a Hugo—. Él es Hugo, mi amigo de toda la vida.

«Y también la persona que acaba de hacer esta situación innecesariamente extraña e incómoda con su habilidad para meter el dedo en la llaga».

—Lo recuerdo —responde seca.

—Encantado —dice mi amigo, con una sonrisa demasiado cautivadora, lo que hace que Vega entorne los ojos.

—Lo mismo digo —le indica, pero sin hacer amago ni de estrecharle la mano.

Creo que Hugo puede darse por satisfecho de que lo haya mirado de reojo.

—Justo has aparecido cuando le decía a Lucas que hacía muchísimo que no te veía. He estado viajando y apenas he pasado por aquí —le explica sin que venga a cuento—. Creo que es cosa del destino.

—O de una maldición —responde Vega sin perder el tiempo y Hugo lanza una carcajada—. Tengo que irme, solo vengo a recoger un pedido.

—¿Seguro? Porque puedes sentarte con nosotros y así veo si todo lo que cuenta Lucas sobre ti es cierto o es una exageración por su parte —suelta Hugo con una sonrisilla.

Vega parpadea y me mira fijamente.

—¿Has estado hablando de mí?

—¡No! —respondo rápido, mientras mi amigo se echa a reír—. Hugo está sacando las cosas de contexto.

—Ajá. —Vega me lanza una mirada sospechosa—. Ya veo.

Antes de que pueda decir algo más, la camarera la llama por el micrófono para que vaya a recoger su pedido. Vega va y lo coge. Después, pasa por nuestro lado de nuevo y con una última mirada entre divertida y recelosa, dice:

—Nos vemos, Lucas.

Y se marcha.

Me paso la mano por la cara mientras mi amigo sigue riéndose.

—Vas a tener que esforzarte mucho si quieres conseguir algo con ella.

—No quiero conseguir nada —gruño.

—Claro, claro… Se me olvidaba que no hay ningún asunto pendiente entre vosotros. —Me da una palmada en la espalda.

9

Cómo negar lo innegable y fracasar en el intento
Vega

Abro la puerta de mi piso y, antes de que pueda decir nada, Irene entra como un torbellino, dejando el bolso sobre la encimera de la cocina y sacando una botella de vino de su bolsa de tela.

—He traído refuerzos —anuncia, agitándola con una sonrisa.

—¿Sabes que no siempre que nos vemos tenemos que beber vino, verdad? —bromeo, cerrando la puerta detrás de mí.

—Sí, pero es viernes, y los viernes requieren vino. Es ciencia. Ahora dime, ¿qué demonios te pasa? Porque me has escrito un mensaje con más agresividad pasiva que una madre en un grupo de WhatsApp del colegio.

Resoplo y me dejo caer en el sofá mientras ella busca dos copas en mi cocina como si fuera su casa. Que, a estas alturas, casi lo es. Irene y yo nos conocemos desde la universidad y, cuando su trabajo se lo permite, me ayuda en las bodas que organizo, por lo que hemos compartido tantas crisis existenciales que es casi un reflejo natural contarle todo lo que me pasa. Casi. Porque hay cosas que preferiría no tener que admitir en voz alta.

—Es el trabajo. La boda de Marta está siendo una locura. No sé ni cómo voy a lograr que todo salga bien en tan poco tiempo —intento sonar convincente, pero Irene me lanza una mirada que me dice que no se va a tragar mi excusa barata.

—Vega… —dice con voz pausada, sentándose a mi lado y sirviendo el vino—. Sabes que te conozco muy bien, ¿no? No es solo la boda.

No sé si es la forma en la que arquea una ceja con diversión o el hecho de que, tal y como dice, me conoce demasiado bien, pero siento una punzada en el pecho a la vez que mi cabeza grita

«¡Peligro, peligro!». Irene es como un sabueso del chismorreo: una vez que lo huele, no para hasta destapar la verdad.

—No sé de qué hablas —contesto, llevándome la copa a los labios.

—Venga ya. Llevas días mencionando a Lucas cada vez que nos escribimos. Que si «Lucas, el hermano de la novia, es insoportable», que si «Lucas no tiene ni idea de cómo funciona una boda», que si «Lucas debería haberse quedado a vivir en otro continente». Y hoy, cuando te he preguntado qué tal, has contestado con un escueto «uff». Lo que significa que la cosa ha escalado. Así que, amiga mía, desembucha. —Cruza las piernas y me mira con satisfacción, sabiendo que no tengo escapatoria.

Suelto un largo suspiro y dejo la copa sobre la mesa.

—No es nada. Es solo que… saca lo peor de mí. Siempre lo ha hecho.

Irene frunce el ceño y ladea la cabeza.

—¿Cómo que… siempre lo ha hecho? Pero si apenas sé nada de él. De acuerdo, me dijiste que era un antiguo compañero del instituto un poco imbécil.

Hago una mueca.

—Sí, más o menos es un buen resumen.

—Ah, no, a mí resúmenes no. Quiero la versión extendida.

—Es que tampoco hay mucho que contar. Se podría decir que nuestra relación siempre ha sido de tirarnos pullas constantes. Él era el tipo popular, el guaperas insoportable, y yo la empollona. Nos pasábamos el día compitiendo y, de vez en cuando, la tensión nos llevaba a… bueno, situaciones complicadas.

Irene alza una ceja, intrigada.

—¿Situaciones complicadas? Eso suena interesante.

—Para nada —respondo—. Es solo lo que te dicho: siempre ha conseguido sacar lo peor de mí.

—Ajá. ¿Y lo peor de ti incluye sonrisas robadas y mariposas en el estómago? —pregunta con una sonrisa astuta.

—¡No! —contesto, y hasta yo me doy cuenta de que lo hago demasiado rápido, y eso solo consigue que Irene se carcajee.

—Oh, por favor. Vega, ¿me estás diciendo que después de años de odio mutuo, ese hombre no te ha despertado ni un poquito de curiosidad?

Aprieto los labios. Sé que si lo niego rotundamente, Irene se aferrará a ello como un tiburón con hambre. Así que opto por la estrategia de minimizarlo.

—Vale, mira… No voy a decir que sea horrible estar con él. A veces hasta es… divertido. Pero solo porque estoy acostumbrada discutir con él. Es rutina. No te hagas ideas raras, porque no significa nada.

Irene asiente con seriedad, fingida, por supuesto.

—Claro, claro. Y el hecho de que lo menciones cada dos frases es pura casualidad.

—Es un incordio. Un incordio muy grande que se mete en todo y que… —Me detengo. En el fondo sé lo que estoy a punto de decir y no quiero darle el gusto a Irene.

Pero ella lo nota. Lo huele.

—Que… ¿te pone nerviosa? ¿Te mira de esa forma que te hace olvidar qué ibas a decir? —Su sonrisa se ensancha cuando ve que no respondo—. ¡Lo sabía! Dios mío, esto es mejor de lo que pensaba. ¡Te gusta!

—¡No! —Me cubro la cara con las manos, sintiéndome atrapada.

Porque no es verdad.

No exactamente.

Aunque tampoco es mentira del todo.

Porque la llegada de Lucas era algo que no esperaba. Antes, era solo un recuerdo molesto del instituto, una espina clavada en mi orgullo. Ahora es…

Me hace reír cuando debería querer matarlo. Me provoca cuando sabe que puede sacarme de mis casillas. Y, lo peor, a veces me mira de una manera que me hace sentir como si el pasado nunca se hubiera ido del todo.

—No es que me guste —digo, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Es solo que… estar cerca de él me está recordando cosas que pensé que ya había superado.

Irene ladea la cabeza, interesada.

—¿Cosas del instituto?

Asiento con desgana.

—Sí. Cosas… olvidadas. La tensión, las bromas, las discusiones que se nos iban de las manos. Y ahora todo eso ha vuelto con más intensidad. Y no sé si es solo porque me tiene harta o porque hay más.

—Oh, hay algo más —sentencia Irene, dándole un sorbo al vino —. Lo sé, y lo sabes.

Niego con la cabeza.

—No quiero que haya algo más. ¿Te imaginas el desastre? No tiene sentido. No hay futuro ahí. Y lo último que necesito es fijarme en el hermano de mi clienta, quien, por cierto, era un picaflor en el instituto y estoy segura de que seguirá igual. No. Para nada. ¡Error 404!

Irene me observa con una sonrisa comprensiva.

—Mira, lo único que te voy a decir es que te dejes de tanta lógica. No todo debe tener sentido para que valga la pena. A veces, las cosas… suceden. Sin más. El amor es bonito, Vega. No te cierres en banda. Además, si no hay amor, un revolcón nunca le va mal a nadie.

Me muerdo el labio, mirando el líquido rojo en mi copa. Sé que tiene razón. Sé que hay algo en Lucas que está despertando una parte de mí que creía desaparecida o, al menos, dormida. Pero admitirlo… eso es otra historia.

—Da igual —digo, intentando cerrar el tema—. En cuanto termine la boda, no volveré a verlo y todo esto quedará en el olvido.

Irene se ríe y niega con la cabeza.

—Si tú lo dices…

10

SOS Floral: Se busca milagro
Lucas

Estoy en casa, tirado en el sofá, cuando mi móvil empieza a sonar con insistencia. Miro la pantalla: grupo familiar.

Marta: Estoy hiperventilando. Necesito ayuda YA.

Mamá responde primero:

Mamá: ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Marta: ¡El florista ha cancelado el pedido! ¡SOS!

Me río por lo bajo. Pensaba que se trataba de algo serio, tipo un incendio o un apocalipsis zombie. Pero no, es un drama floral. Dejo el móvil en la mesa, esperando que alguien más tome el mando.

Lucas: Marta, respira. No es el fin del mundo.

Añado un emoji de cara tranquila.

Marta: ¡¿Cómo que no es el fin del mundo?! ¡Es una CATÁSTROFE!

Suspiro, pero no puedo evitar sonreír. Está exagerando, como siempre. Pero claro, es su boda, y para ella esto es un desastre de proporciones épicas.

Marta: Vega dice que lo va a solucionar. Ay, no sé qué hacer. ¡Me voy a desmayar!

Ah, claro. Vega está en modo salvadora y Marta en el de crisis absoluta.

Lucas: Tranquila. Tú solo asegúrate de llegar guapa, radiante al altar.

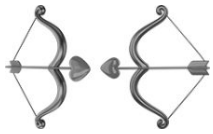
Luego le mando un mensaje a mamá:

Lucas: Voy a ver qué pasa con Vega y las flores. Si Marta sigue en pánico, ya sabes, ten a mano sus galletas de

emergencia.

Acto seguido, le escribo a Marta de nuevo:

Lucas: ¿Dónde estáis exactamente?



Cuando llego, la escena es exactamente como me la imaginaba: Marta paseándose de un lado a otro con las manos en la cabeza como si estuviera en un *reality* de bodas desastrosas y el ramo de novia acabara de explotar en sus manos. Vega, de pie junto a ella, parece calmada, pero hay un tic en su ceja que delata que también está al borde de perder los nervios.

—Vamos a buscar una solución lógica —le dice Vega con lo que supongo que es su voz más profesional o lo intenta al menos—. Hay otros proveedores, solo tenemos que…

¡Ja!

Cómo se nota que no conoce a mi hermana y a su amiga la ansiedad.

—¡No hay tiempo! —exclama Marta—. ¡Es temporada alta y todo está reservado! ¡Sin flores! ¡¿Por qué todo me sale mal?! ¡Mi boda va a ser un desastre! ¡Un absoluto y total fracaso!

Me apoyo en el marco de la puerta y me cruzo los brazos.

Me debato entre intervenir o ver cómo la organizadora lo soluciona.

—Venga, es solo un montón de flores. Seguro que hay más en alguna parte.

Sí, opto por la primera opción. Sé que mi hermana solo se calmará con un poco de humor.

Al oírme, Vega gira la cabeza, percatándose de mi presencia. Me lanza tal mirada que podría derretir acero y no precisamente porque sea ardiente. Marta también me fulmina, pero con más desesperación que rabia.

—Lucas, si no vas a ayudar, no hables —me espeta Vega con los dientes apretados.

Levanto las manos en señal de inocencia, pero no puedo evitar el impulso de meterme un poco más en la situación.

—¿Y si me encargo yo?

Mi organizadora preferida suelta una risa incrédula.

—¿Tú? ¿O sea, tú, Lucas, el mismo que convirtió la cata de tartas en una guerra de azúcar?

Marta nos mira a los dos y en su rostro se dibuja una sonrisa pícara, demasiado pícara diría yo.

—¿Qué guerra de azúcar?

—Nada —contestamos los dos al unísono.

Ella suspira y se masajea las sienes.

—Bueno, ya me lo contaréis con más detalles; ahora estoy demasiado desesperada por encontrar unas flores.

Me acerco hasta Marta y le pongo las manos en los hombros. Ella me mira desesperada.

—Marta, relájate. Llama a tu prometido y habla un rato con él. Déjame a mí, peque.

Suelta una sonrisa, triste y hasta forzada diría yo.

—Está bien, Lucas, adelante. Sorpréndeme.

—Para que te quedes más tranquila, dejaré que Vega me acompañe, así te aseguras de que no te consiga un ramo de espigas. ¿Qué te parece?

Marta duda un segundo, pero luego asiente, me da un beso en la mejilla y agarra el móvil para llamar a Dani.

—Eres el mejor —me suelta, justo cuando mi cuñado contesta al otro lado de la línea.

Vuelvo la atención a Vega y a su mirada inquisitiva.

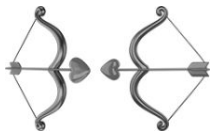
—¿Dejaré que Vega me acompañe? —repite, cruzándose de brazos.

—Exacto. Necesito una ayudante. Y tú eres la mejor persona para el trabajo.

—¡Serás…!

Me río a carcajadas. Ella suspira, pero al final accede.

Y así es como termino arrastrando a Vega en una absurda misión de las flores perfectas, de las cuales, por cierto, no tengo ni idea.



Primera parada: un vivero elegante y muy conocido en las afueras de la ciudad.

Camino con seguridad hasta el mostrador, seguro de que mi encanto natural resolverá la situación en minutos.

—Hola, necesitamos flores para una boda. Urgentemente.

El dueño, un señor con gafas y cara de pocos amigos, nos mira por encima de los cristales.

—Estamos reservados hasta el año que viene.

—Venga ya, hombre, seguro que puede hacer un hueco.

Vega me observa con una expresión que grita «fracaso inminente» y también «*pringao*, ¿qué esperabas?».

El tipo se cruza de brazos.

—Si tuviera flores disponibles, ya estarían vendidas. Suerte en otro sitio.

Me giro hacia Vega, que solo levanta una ceja, disfrutando de mi humillación.

—Siguiente parada —digo con dignidad.

Segundo intento: una tienda más pequeña. Cambio de táctica.

Sonrío ampliamente y me apoyo en el mostrador con aire confiado.

—Hola, soy organizador de eventos y estamos en busca de las flores perfectas.

La dependienta sonríe. A esta sí le caigo simpático, no como al amargado de las gafas cara culo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tipo de eventos organizas?

Vega suelta una risita detrás de mí. Sé que está esperando a que meta la pata. Pero no lo voy a hacer.

—Bodas, sobre todo —improviso—. Y… cumpleaños. Y también… funerales.

—Oh, ¿y qué tipo de flores buscas?

—Ehm… —Miro a Vega en busca de ayuda, pero ella está ocupada grabándome con el móvil, divertida—. ¿Por qué me grabas?

—Para que Marta vea tu gran talento negociador —responde con sorna.

La dependienta me mira con lástima y niega con la cabeza.

—Vale, vale —suspiro—. Necesito flores para boda. Las que sean, pero que parezcan caras y espectaculares.

¿Te hago spoiler y acabamos antes?: Otro fracaso.

Después de varias paradas fallidas, se me enciende la bombilla.

—Eh, espera, espera.

Vega se detiene en seco al sentir cómo la retengo agarrándola del codo.

—¿Qué pasa?

—Soy idiota.

—¿Y ahora te das cuenta?

¡¿Qué ha dicho?!

—Ya discutiremos eso luego. Es que… acabo de acordarme que mi madre tiene una amiga, barra conocida, que trabajaba en un invernadero —digo—. Tal vez tenga algo.

Vega me mira con cautela e incrédula a la vez.

—¿Tu madre tiene una amiga con un invernadero y me lo dices ahora?

—Más vale tarde que nunca dice el refrán, ¿no?

—¿Y no crees que ese detalle ya se le habría ocurrido a tu madre? —me cuestiona.

—Mamá y Marta se dejan llevar por los nervios y la ansiedad. Seguro que no se ha dado ni cuenta.

—Pues como tú —replica con ironía.

Decido no seguir con el intercambio de pullas y le envío un mensaje rápido a mi madre para que me pase el número.

Me pongo en contacto con el lugar y ¡voilà!

Minutos después, suena mi móvil con la respuesta: «Por supuesto, tengo justo lo que necesitáis. Pasaos por aquí cuando queráis».

Sonrío y levanto la vista hacia Vega.

—Confirmado, tenemos las flores.

Ella parpadea, sorprendida.

—¿En serio? —pregunta, como si no pudiera creérselo.

Asiento, contento y orgulloso. Si es que soy un as resolviendo embrollos.

Vega suelta un suspiro de alivio y, por un momento, hasta parece impresionada. Pero claro, no puede darme demasiados puntos.

—No me lo puedo creer.

—¿Has visto? —le digo, haciendo una mueca burlesca con las cejas.

—Lucas, ¿has solucionado un problema sin causar otro?

—Parece que sí —respondo con autosuficiencia—. A lo mejor tengo talento para esto. Quizá debería hacerme organizador de bodas.

—No te emociones —replica Vega, aunque puedo ver que hay una pequeña sonrisa en sus labios.

—No prometo nada. —Le guiño un ojo—. Si lo de las flores ha salido bien, tal vez el destino me esté diciendo algo.

Vega resopla, aun así, no puede evitar reírse. Y yo, por alguna razón, disfruto al verla así.

—Buen trabajo, Lucas. No esperaba esto de ti.

—Gracias —digo con fingida humildad—. Es bonito ver que empiezas a apreciar mi grandeza.

Vega resopla de nuevo, esta vez, más exageradamente.

—Si sigues hablando, retiraré lo dicho.

11

Cena, anécdotas y una invitada en apuros
Vega

Hoy pensaba pasar la tarde muy tranquilita en mi casa, con una copa de vino y una serie absurda que me permitiera olvidar que mi trabajo depende de la estabilidad emocional de novias al borde del colapso. Sin embargo, mis esperanzas se han ido al traste, porque mi móvil ha decidido arruinar mis planes con un mensaje de Marta. O más bien, yo lo he decidido al leerlo en vez de ignorarlo.

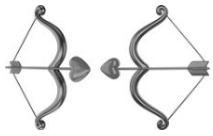
Marta: Vega, ven a cenar esta noche a casa. Plan ultraimprovisado. Dani ha venido de sorpresa y quiero que lo conozcas.

Miro la pantalla en silencio. No tengo ninguna razón lógica para decir que no, aun así, mi instinto me dice que esto puede acabar en una situación incómoda.

Antes de que decida qué hacer, me llega otro mensaje.

Marta: No acepto un no por respuesta. A las ocho. Ven guapa, pero sin pasarte.

Fantástico. Suspiro y acepto mi destino.



A las ocho en punto, estoy de pie frente a la casa de la madre de Marta y Lucas. Llevo un vestido casual, aunque lo suficientemente *bonito* como para no parecer una ermitaña. Respiro hondo y llamo al timbre.

La puerta se abre y, por supuesto, quien aparece es Lucas. ¿Cómo no? Ya podría haber tenido planes hoy.

Me mira de arriba abajo y esboza una sonrisa socarrona.

—Vaya, si lo llego a saber, habría puesto alfombra roja.

Pongo los ojos en blanco y entro sin esperar invitación por su parte. Marta aparece de inmediato en el pasillo como un torbellino y me da un abrazo con el que casi me rompe las costillas.

—¡Me alegra tanto que hayas venido! —dice, arrastrándome hacia el salón—. Dani, esta es Vega, la mejor organizadora de bodas del mundo mundial.

Dani, el prometido de Marta, se levanta y me saluda con una sonrisa amable. Es guapo, con ese aire de persona que recicla y siempre recuerda los cumpleaños. Justo lo que necesitas Marta y el manojo de nervios que tiene siempre en ebullición.

—Encantado, Marta habla mucho de ti —dice Dani, estrechándome la mano con una sonrisa sincera.

Me doy cuenta enseguida de que está completamente enamorado de Marta, porque no deja de mirarla como si fuera un milagro andante.

—Ah, ¿sí? Todo cosas buenas, espero —respondo, y arqueo una ceja.

—Bueno, también mencionó que eres un poco mandona; eso sí, lo dijo con cariño —bromea, lanzando una mirada cómplice a Marta.

—Eso es falso —afirmo con total seriedad, antes de añadir—: Yo solo doy instrucciones precisas para evitar el desmadre absoluto.

—Claro, lo típico de los dictadores que dicen ser benevolentes —replica Lucas, que ha estado observando la escena con diversión.

—Venga, haya paz —interviene mi hermana, socarrona—. No te preocupes, Dani, Vega solo parece aterradora al principio —añade de broma.

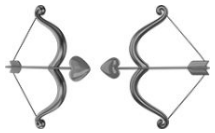
—Sí. Luego, lo es más —secunda Lucas, lo que hace que la risa que me ha ocasionado el comentario de Marta se esfume de inmediato.

Una cosa es lo que dice su hermana y otra muy distinta es él, que ya sé que me la tiene jurada desde el instituto.

—¿Y tú por qué sigues aquí? —le espeto, cruzándome de brazos —. ¿No tienes… no sé, una ensalada que arruinar o algo así?

Marta le lanza un cojín y le dice que se porte bien. Lucas responde con una mirada traviesa y un encogimiento de hombros,

como si aceptara el desafío. «Cuando quieras, jefa», añade con una media sonrisa.



La cena transcurre mejor de lo esperado. La madre de Lucas y Marta resulta ser un encanto, la típica madre que consigue que todo el mundo se sienta como en casa. En cuanto se entera de que mis padres se mudaron lejos, se empeña en que coma más. A ver, se mudaron, pero yo sé cocinar, además, que… Bueno, pues eso, que no tiene nada que ver y, sin embargo, parece que le he dicho que me he quedado huérfana de la manera más trágica posible. Y eso que no le he dicho que se separaron hace años y no se pueden ver ni en pintura; de lo contrario, estoy segura de que me invitaría a mudarme.

—Hija, pero qué delgada estás, come más. ¿Lucas no te lleva a comer cuando trabajáis juntos?

¿Trabajamos juntos? ¿Disculpa? ¿Me he perdido algo?

«Eh, eh, no aceleres, que este lo único que hace es liarla en cada intento de que la boda de su hermana salga bien».

Pese a mis ganas de contestar algo así, me muerdo la lengua. Observo a nombrado y lo veo sonriendo con descaro.

—Lucas lo que hace es intentar que me dé un infarto diario —respondo, provocando la risa de todos menos de él, que me dedica una mirada retadora, aunque el deje divertido sigue despuntando en sus ojos.

—Pura motivación —se defiende, llevándose un bocado a la boca.

La conversación fluye con anécdotas de Marta y Dani, bromas familiares y alguna que otra historia embarazosa sobre Lucas, por cortesía de su madre. Descubro, con gran placer, que de niño tenía un miedo irracional a las palomas. ¿En serio?

Me guardo esa información como oro en paño.

¿Quién sabe cuándo podría hacerme falta?

Me sorprende ver el ambiente tan familiar y agradable que hay aquí; es algo de lo que no suelo disfrutar mucho, al menos, desde que los míos se separaron. El padre de Marta es un hombre algo

más serio y menos charlatán, hasta que se toma dos copas de vino y empieza a decir chorradas.

De acuerdo, ya sé a quién se parece Lucas. Definitivamente.

Después de la cena, me ofrezco a ayudar con los platos, pero me despachan con un «tú eres la invitada, relájate». Así que termino en el pasillo que da a la cocina con Lucas, los dos apoyados contra la pared mientras Marta y Dani charlan en la cocina con su madre.

—No te imaginaba en una de estas —dice Lucas de repente.

—¿En una qué?

—En una cena familiar improvisada. Pensaba que huirías al ver la invitación.

Me encojo de hombros.

—Lo pensé, pero tu hermana es persuasiva.

—Sí, es un talento nato que tiene. Pero no te ha costado tanto, ¿verdad?

Lo miro, lista para una respuesta sarcástica, pero me doy cuenta de que lo pregunta en serio.

Me descoloca.

La verdad es que no, no me ha costado tanto. Es más, ha sido… agradable. Cómodo, incluso. Lo cual es un poco aterrador, teniendo en cuenta de quién es la familia.

—No ha estado mal —admito, y luego añado—: Y la comida gratis siempre es un incentivo.

Lucas se ríe y se queda mirándome un momento más de lo necesario. O yo lo siento así, porque esto es… incómodo. Mucho. Hay algo en su expresión que me hace sentir… diferente, fuera de mi zona de confort.

Antes de que pueda analizarlo más, Marta aparece y me dice que no me vaya sin probar el postre. Me dejo arrastrar de vuelta al salón, pero no puedo evitar notar que Lucas sigue mirándome con esa media sonrisa suya mientras nos sigue hasta el comedor.

Cuando por fin todo acaba y consigo que me dejen ir, me despido. La madre de Lucas me da un abrazo y me dice que vuelva cuando quiera. Marta y Dani también me despiden con cariño, y Lucas… bueno, Lucas se limita a inclinarse contra la puerta con los brazos cruzados y una mueca divertida.

—Cuidado, Vega, si sigues viniendo, podrías acabar cogiéndonos cariño.

—Dios me libre —respondo, con una sonrisa.

Pero mientras me alejo, no puedo ignorar esa extraña sensación en el pecho. Como si, sin darme cuenta, hubiera cruzado una línea invisible.

Y lo malo es que no tengo ni idea de cómo volver atrás. O, peor aún, si quiero hacerlo.

12

Ensayo bajo el agua
Lucas

Hoy podría estar haciendo algo productivo con mi vida, como dormir la siesta o buscar vídeos absurdos en internet. Pero no. En su infinita capacidad de arrastrarme a planes que no he pedido, Marta ha decidido que hoy toca ensayo improvisado de la boda antes de que Dani vuelva a Londres. Y, por supuesto, yo tengo que estar presente. Obvio, soy el padrino… o esa es su excusa. Yo no necesito ensayos. Yo nací preparado. Sin embargo, mi hermana pequeña no piensa igual.

—Si no vienes, te juro que te escondo los mandos de la play —fue su encantador mensaje de amenaza.

Así que aquí estoy, en ese restaurante rústico y cuqui (no lo digo yo, eso es cosa de Vega y Marta, y del día que la pequeñaja se enamoró de este sitio cuando volvíamos de estar buscando lugar para la boda), demasiado grande para la cantidad de gente que hay. Tan solo espero que no sea pequeño para el día de la boda. Me quedo en una esquina viendo a mi hermana corretear de un lado a otro, dando órdenes tal cual mi madre un día de limpieza general en casa. Vega está a su lado (o más bien, corre a su lado), seria y eficiente, marcando tiempos y reforzando las órdenes de mi hermana. Incluso, incrementándolas.

Cuando por fin se calma, Vega se queda parada a unos centímetros de mí. Me cruzo de brazos junto a ella, que ni me mira, demasiado ocupada revisando una lista en su tablet.

—Dime una cosa, jefa. ¿Esto no es un poco exagerado? —pregunto, señalando a Marta, que está explicándole a Dani como por quinta vez el modo en el que debe caminar hasta el altar.

—Es una boda, debe ser perfecto —responde sin levantar la vista.

—Creo que la improvisación es la mejor aliada.

Esta vez sí consigo que me mire. Su expresión está a medio camino entre la paciencia y las ganas de pegarme con la tablet en la cara.

—Lucas, si solo has venido a hacer comentarios inútiles, mejor siéntate lejos y cállate.

—¿Y perderme la oportunidad de ver a Marta en modo pánico preboda desde la primera fila? Ni de broma.

Vega suspira, pero antes de que pueda contestarme, mi hermana nos interrumpe con su característico dramatismo.

—¡Vale, todo el mundo en sus puestos! Vamos a hacer esto bien. Si sale perfecto hoy, el día de la boda será aún mejor —proclama.

—Marta —le digo, tomándola de los hombros—, es un ensayo no la escena final del Señor de los anillos.

Dani, que parece demasiado bueno para este mundo, contiene la carcajada y asiente con entusiasmo; después, sin rechistar, se coloca en su sitio. Empieza la música y todos siguen las indicaciones con bastante dignidad. Incluso yo, que solo tengo que caminar con mi hermana y limitarme a mirar desde un lado con cara de «esto es ridículo pero adorable».

Todo va sorprendentemente bien.

Hasta que empieza a llover.

Primero son unas pocas gotas. Nada alarmante. Luego, en cuestión de segundos, el cielo se vuelve gris y el agua empieza a caer a mares. Marta grita algo sobre señales del destino mientras todos corren a cubrirse.

¡El apocalipsis!

Yo, en cambio, me quedo quieto. La situación me parece tan absurda que solo puedo parpadear bajo la lluvia.

—Lucas, ¿qué haces? ¡Muévete! —grita Vega, empapada, mirándome con incredulidad.

—Disfrutando del espectáculo —respondo, encogiéndome de hombros.

Ella resopla y me agarra del brazo para arrastrarme bajo un toldo. Mientras tanto, Marta entra en plena crisis existencial.

—¡Esto es una señal! ¡Mi boda está maldita! —se lamenta, agarrándose a Dani con desesperación, quien la consuela diciéndole

que no era una señal, que el parte meteorológico lo había advertido y ella no quiso hacer caso, puesto que el sol estaba radiante.

Vega intenta calmarla, pero es imposible. Mi hermana no atiende a razones y está en pleno ataque de pánico. Y como nadie parece estar resolviendo nada, me doy cuenta de que, una vez más, me toca a mí arreglar la situación.

En lugar de seguir esperando a que la lluvia haga estragos, me acerco al encargado de la finca. Negocio con él el uso de un pequeño salón comedor cubierto que, por suerte, a estas horas tienen disponible.

—Vale, todos a mover cosas. Vamos a ensayar dentro —anuncio.

Sin dar tiempo a protestas, organizo a la gente para trasladar la decoración y recolocar las sillas.

—¿Y si no cabe todo? —pregunta Marta, aún con ojos de pánico.

—Pues reducimos. Mejor eso que nada, ¿no? —respondo, mientras ayudo a Vega a sujetar una mesa.

Ella me observa con algo parecido a la sorpresa.

—Vaya, no está mal para ser improvisado —comenta.

—Ya te lo dije: yo no planeo, yo soluciono sobre la marcha. Es un talento natural —replico con una media sonrisa.

A pesar del cambio de escenario, conseguimos recomponer la escena en el salón. No es lo ideal, pero al menos sirve para que Marta deje de hiperventilar. Cuando finalmente ensayan de nuevo, Dani le da la mano y le susurra algo al oído que la hace sonreír.

—Bien, creo que esto es lo que necesitaba —dice Marta, más tranquila.

—Yo necesito una cerveza —murmuro, lo suficientemente alto como para que Vega me escuche.

Ella reprime una sonrisa y me da un leve codazo.

—Lo has hecho bien.

—Lo sé.

—¿Y si no te lo estuviera diciendo en plan cumplido? —Arquea una ceja.

—Igual seguiría sabiendo que lo he hecho bien.

Rueda los ojos, pero sin el habitual fastidio, algo que me resulta curioso.

Cuando todo termina, Marta y Dani se despiden. Mi hermana le agradece a Vega por ayudar con la organización y después se agarra a mi cuello con fuerza.

—Gracias, Lucas. De verdad.

—Tómalo como mi regalo de boda anticipado —respondo, haciéndole un gesto despreocupado.

Vega también se despide y empieza a caminar hacia su coche. Antes de que se vaya, me acerco.

—Vas a tener que admitirlo algún día —le digo.

—¿Admitir qué? —pregunta con cautela.

—Que no puedes organizar nada sin mí.

Ella suelta una risa breve.

—Si eso te ayuda a dormir mejor por las noches, créetelo.

Me quedo viéndola alejarse mientras pienso en lo raro que ha sido este día. No por la lluvia, ni por el ensayo en sí, sino porque, por primera vez, he notado algo distinto en cómo me mira Vega.

O quizás solo es mi imaginación.

Aunque lo dudo.

13

Cerca... pero no tanto
Vega

Estoy concentrada en el presupuesto de una boda cuando mi móvil vibra sobre la mesa. Echo un vistazo rápido y veo el nombre de Lucas iluminando la pantalla.

Frunzo el ceño.

¿Qué querrá ahora?

Abro el chat y me encuentro con un meme absurdo de un perro con corbata y la frase: «Cuando finges que sabes lo que haces en el trabajo».

Resoplo y dejo el móvil a un lado sin contestar.

Vuelve a vibrar.

Lucas: ¿Te ha hecho gracia? No te ha hecho gracia.

Lucas: No tienes alma.

Lucas: Tengo una emergencia.

Levanto una ceja. Dudo que sea una emergencia real, pero no puedo evitar la curiosidad.

Vega: ¿Te has olvidado de cómo respirar?

Lucas: Peor. Necesito un regalo para Marta y Dani. Algo con lo que consiga que no me deshereden. Ayuda.

Apoyo el codo en la mesa y masajeo mis sienes. Por supuesto que no ha pensado en esto antes. Y por supuesto que me está pidiendo ayuda porque sabe que, al final, no le dejaré hacer cualquier disparate.

Vega: Un marco de fotos.

Lucas: Qué original, Vega. ¿También sugieres que les regale un pack de calcetines?

Vega: Pues si tanto te molesta, apáñatelas solo.

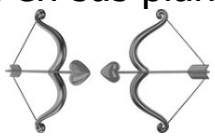
Lucas: Vale, vale, no te pongas intensa. Vamos a hacer esto bien. Vente conmigo a elegirlo.

Me muerdo el labio. No tengo por qué aceptar. Pero, por otro lado, si lo dejo solo con esta tarea, lo más probable es que termine regalándoles algo ridículo y no quiero que Marta llore después.

Yo: Media hora. No más.

Lucas: Sabía que tenía una aliada en ti. Nos vemos en la tienda a las seis. Te paso ubicación.

Genial. Otra vez enredada en sus planes.



Cuando llego a la tienda, Lucas ya está allí, inspeccionando una lámpara con forma de cisne con el ceño fruncido.

—Esto es horrendo —declara al verme.

—Entonces, no lo compres —respondo, cruzándome de brazos.

—Pero tiene forma de cisne. Y las bodas tienen cisnes, ¿no? —Me mira con falsa seriedad.

—No todas las bodas. Y, definitivamente, no la de Marta y Dani.

—¿Y esto? —Levanta una figura de dos manos entrelazadas en lo que parece un intento fallido de escultura moderna—. Es un poco turbio, pero seguro que tiene algún significado profundo.

—Sí, el significado de «no compres esto nunca».

—Vale, vale, entonces... ¿qué te parece esta estatua de dos delfines besándose bajo un arcoíris?

—Lucas...

—¿No? OK, descartado. ¿Y una réplica en miniatura de la Torre Eiffel con luces intermitentes? Es como si París viniera a la boda.

—Definitivamente, no.

Lucas deja la lámpara y sigue paseando entre los estantes como el que curiosea una galería de arte. Yo, en cambio, me centro en opciones viables: un álbum personalizado, un set de copas grabadas, algo elegante y simbólico.

—Oye, ¿qué tal esto? —pregunta de repente, señalando un cuadro de madera con una inscripción cursiva que dice: «Donde

empieza nuestra historia».

Lo observo con sorpresa. No es la típica tontería que esperaría de él. De hecho, es bastante bonito.

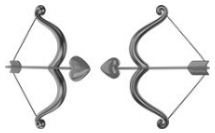
—Es... adecuado —admito.

Lucas sonríe, casi orgulloso diría yo, y lo toma con decisión. Saca el móvil en un gesto triunfal.

—Voy a hacer un collage con fotos de Marta y Dani desde que se conocieron. Algo emotivo y visual. Ese es mi terreno —dice con aire satisfecho.

—Perfecto. Vámonos antes de que decidas comprar algo con luces de neón o una fuente de chocolate en forma de dragón.

—Mejor idea imposible —contesta, justo ante de ir al mostrador para pagar.



No sé cómo hemos acabado sentados en una cafetería cercana. No es que lo haya planeado; simplemente, ha pasado. Y contra todo pronóstico, la conversación es agradable. Lucas tiene un don para hacerme reír con sus ocurrencias, aunque yo intente no demostrárselo demasiado.

—Madrid, Francia, Holanda... ¡Menuda vida la tuya!

—No me quejo, aunque a veces, y solo a veces, echaba de menos a mi gente.

—Supongo que has vuelto para la boda, ¿no es así?

—Pues… Sí y no. Pensaba venir de visita y, después de la noticia, decidí quedarme para estar con Marta. Dani no puede ayudarla, así que… ¿quién mejor que yo?

Su comentario me deja trastocada. Nunca imaginé a un Lucas familiar y que se preocupase tanto por lo demás. No tengo hermanos, así que resulta complicado entender lo que siente por alguien así.

—Y… después de la boda, ¿qué? —pregunto, removiendo el café con la cucharilla.

Lucas se recuesta en la silla y se encoge de hombros.

—Tengo la suerte de que mi trabajo va donde vaya yo. Un ordenador es todo lo que necesito, de modo que… no sé. En principio tenía pensado mudarme al extranjero un tiempo. No tengo nada que me ate aquí.

Su comentario me pilla desprevenida. Parpadeo y dejo la cucharilla sobre el platillo.

—¿En serio?

—Sí. Ya tengo algunas opciones en marcha. Nada definitivo, pero nunca está mal un cambio de aires.

Intento que mi expresión no refleje la punzada extraña que siento en el pecho. Es su vida. Puede hacer lo que quiera. No debería importarme. Y, sin embargo, ahí está, esa sensación absurda de decepción.

—Vaya, me alegro... bien por ti —digo, esforzándome en sonar… normal.

Lucas frunce el ceño.

—¿Eso es todo? ¿«Bien por ti»? Venga, dime que al menos me echarás de menos.

Fuerzo una sonrisa.

—Bueno, alguien tendrá que rellenar el cupo de comentarios idiotas cuando te vayas.

Lucas me observa en silencio por un momento. Su mirada es pícara, al igual que la sonrisa que aparece en sus labios.

—Eso es mejor que nada.

Tomo un sorbo de café para evitar responder. De repente, solo quiero salir de aquí. Esto se ha vuelto incómodo y lo último que necesito es empezar a pensar demasiado.

—En fin, esto ha sido... interesante, pero tengo cosas que hacer —digo, levantándome.

Lucas me sigue con la mirada, pero no me detiene.

—Muy bien. Nos vemos, Vega.

14

Un novio en holograma
Lucas

El móvil vibra sobre la mesa y, como buen hermano responsable que soy, ignoro el mensaje. Estoy terminando un bocadillo de jamón y la prioridad ahora mismo es no atragantarme. Pero el móvil vuelve a vibrar. Y otra vez. Y otra. Resoplo, lo cojo y veo que el grupo familiar ha explotado.

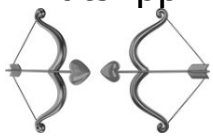
Marta: SE ACABÓ. LA BODA SE CANCELA. VOY A MUDARME AL TÍBET Y VIVIR ENTRE YAKS.

Muerdo el último trozo de bocadillo mientras intento descifrar qué clase de drama ha detonado esto. Miro la pantalla en busca de contexto, pero solo encuentro emojis de furia y un GIF de una explosión. Genial.

Le escribo por privado:

Lucas: ¿Qué ha pasado? ¿Te has peleado con Dani? ¿Han prohibido el chocolate en la boda? ¿El vestido tiene mangas de esas raras y pomposas?

No responde. O mejor dicho, responde con otro GIF, esta vez de un payaso en llamas. Esto es grave. Me levanto, cojo las llaves y me encamino a su piso antes de que decida quemar los anillos o prenderle fuego al grupo de WhatsApp.



Cuando llego, me encuentro con Vega en la puerta. Está de brazos cruzados, con cara de quien ya ha vivido esto antes y le ha quedado claro que no hay escapatoria.

—¿Has traído refuerzos? —pregunto.

—No, pero debería haber traído un tranquilizante para elefantes —responde resignada y divertida a la vez.

Abro con la llave que he cogido de casa y entramos. El salón parece la zona cero de un huracán. Marta está en el sofá, envuelta en una manta como si fuera una larva gigante, con un bote de helado de chocolate en una mano y una cuchara en la otra. La televisión está encendida en pausa en un reality de bodas, algo que solo sirve para agravar la escena.

—Bien, ¿quién se ha muerto? —pregunto, dejándome caer en un sillón—. Por qué, por tu aspecto y el lío que estás montando, supongo que mínimo ha pasado algo así.

—Yo —responde Marta dramática, como siempre ha sido—. Dani no va a venir hasta el mismo día de la boda. ¡No podrá ayudarme en nada! Me dijo que estaría aquí unos días antes, para ultimarlo todo juntos. ¡Estoy organizando nuestra boda SOLA! —remarca la última palabra como si la hubieran abandonado en una isla desierta, en vez de estar rodeada de familia.

Vega y yo intercambiamos una mirada. Sabíamos que el estrés estaba acumulándose, pero esto es una erupción volcánica desbordada de ansiedad en toda regla.

—A ver, no es ideal, pero tampoco es el fin del mundo —dice Vega con paciencia—. ¿Has hablado con él?

—¡Por supuesto que he hablado con él! ¡Y dice que lo siente mucho, pero que el trabajo no se lo permite! —Marta tira la cuchara en el bote con dramatismo—. ¡Como si eso arreglara algo!

—Bueno, técnicamente significa que al menos le importa, no es que quiera evitar la boda y dejarte plantada en el altar —razono o, más bien, lo intento, porque no creo que mi teoría (o excusa) sea muy plausible.

—¡Pues no lo parece! —exclama, y luego se cubre la cara con la manta.

Vega suspira y me lanza una mirada que dice «haz algo». Estupendo. La diplomacia no es lo mío. Creo que ya se está viendo.

—Si quieres, me disfrazo de Dani y ensayo los votos contigo —ofrezco.

Marta baja la manta lo suficiente para mirarme con el ceño fruncido.

—No tienes ni la altura ni el pelo bonito de Dani.

—Pero tengo carisma. Y disponibilidad inmediata —replico con una sonrisa.

Vega se lleva una mano a la cara como si la paciencia se le estuviera agotando. Ella mucho mirarme y no dice nada. Me está dejando el marrón a mí.

—Lucas, ayuda de verdad o cállate.

—Vale, vale. Mira, Martita, entiendo que esto es una mierda. Aun así, piensa en lo importante: se casa contigo porque te quiere, no porque esté organizando la boda contigo cada segundo. No va a llegar tarde al altar, solo un poco a los preparativos. Tú llevas el timón, pero él sigue en el barco. ¿Me explico o estoy usando demasiadas metáforas náuticas?

Marta bufa, pero se sienta con menos dramatismo. Me mira con cara de perrillo apaleado.

—Es que siento que me está dejando sola en esto.

—No estás sola. Tienes a Vega. Me tienes a mí, a toda la familia y hasta a la señora amiga de mamá, la de la floristería, que ya te considera su clienta vip —le digo con una sonrisa ladeada.

—Pero no tengo a Dani.

—No en persona, pero sigue estando. ¡Marta, que no se ha muerto, por favor! —Me mira con espanto y creo que me he pasado de la raya—. Llámalo, habla con él. Y si no te convence, volvemos al plan del Tíbet —digo, recurriendo a la técnica que ya me funcionó una vez. Mi cuñado es un bendito que tiene la paciencia de un santo y siempre sabe qué decir y cuándo decirlo.

Marta suspira con dramatismo, sin embargo, desbloquea el móvil. Vega y yo nos miramos orgullosos, al menos, yo lo estoy. Mientras Marta llama a Dani, decidimos darle espacio y nos retiramos discretamente a la cocina.

—¿Cómo es que siempre acabamos en estos líos? —pregunta Vega, apoyándose en la encimera—. ¿Es que no pueden contratarme para una boda medio normal?

Creo que eso último lo ha dicho más para ella que para mí.

—Supongo que somos los héroes no reconocidos de esta boda —respondo, apoyándome a su lado—. Deberíamos cobrar por esto.

Bueno, tú ya lo haces —añado sonriendo y dándole un pequeño empujón en el hombro.

Vega suelta una risa leve.

—O montar una agencia de gestión de crisis matrimoniales: «Lucas y Vega: evitamos cancelaciones de bodas y crisis emocionales».

—Me gusta. Cobro extra si tengo que disfrazarme de novio —bromeo.

Vega me mira y, por un segundo, hay algo en su expresión que me descoloca. Algo distinto. Pero antes de que pueda analizarlo, Marta entra con el móvil en la oreja.

—Vale. Sí. Lo entiendo. —Hace una pausa—. Sí, yo también te quiero, tonto. Que sepas que me debes un fin de semana entero a mí sola para compensarme.

Vega y yo contenemos la respiración. Marta cuelga, suspira y nos mira.

—Bueno. Supongo que la boda sigue en pie.

—Uf, menos mal, porque ya estaba buscando vuelos al Tíbet y la verdad es que se iban de presupuesto —digo con una sonrisa de alivio.

Marta me tira a la cara un trapo sucio y que no huele precisamente a rosas. Lo considero un signo de reconciliación. Misión cumplida. La abrazo mientras siento la mirada de Vega en mí.

15

Baile de gala improvisado
Vega

El mensaje de Lucas me llega justo cuando estoy terminando de organizar unas últimas notas sobre la boda. Al ver su nombre en la pantalla, dudo un segundo antes de abrirlo. Conociéndolo, puede ser cualquier cosa, desde un chiste absurdo hasta un mensaje serio disfrazado de broma.

Lucas: Emergencia. Necesito tu ayuda o acabaré pareciendo el mago de un espectáculo infantil. Estoy eligiendo mi traje de padrino. Ven o me verás en la boda con lentejuelas.

Parpadeo ante la pantalla. ¿Por qué me escribe a mí? ¿No tiene amigos? ¿Marta no puede encargarse? ¿O acaso lo hace solo para fastidiarme? Con toda probabilidad es la última opción. La imagen de Lucas con un traje de lentejuelas me provoca una mezcla de horror y curiosidad morbosa. No debería caer en su juego, pero…

Vega: Si descubro que es una trampa para hacerme perder el tiempo, te haré probarte todos los vestidos de dama de honor de la tienda.

Su respuesta llega de inmediato.

Lucas: Mmm, interesante propuesta. Ahora tengo más razones para que vengas.

Resoplo, pero ya estoy cogiendo las llaves y el bolso.

Cuando llego a la tienda, lo encuentro delante de un espejo, analizando un traje de un tono burdeos brillante que parece sacado de una película de los setenta. Se gira al verme y se pasea con exageración.

—Dime la verdad, Vega. ¿Es muy pronto para marcar tendencia? —pregunta con una pose de modelo.

—Depende. ¿Quieres que Marta te mate antes o después de la boda? —Me cruzo de brazos, queriendo parecer indiferente, aunque la escena es ridícula.

Lucas chasquea la lengua y sacude la cabeza.

—Qué poco espíritu innovador tienes. En fin, pasemos a los trajes aburridos. Me toca hacer de padrino decente. ¡Menudo tostón! ¿Alguna sugerencia, experta? —dice, mientras se desabrocha la chaqueta del atentado visual que lleva puesto.

Empieza el desfile de trajes. El primero es un esmoquin negro con solapas de raso.

—Demasiado formal, parece que vas a entregar un premio Óscar —digo, evaluándolo con los brazos cruzados.

—Mmm… ¿y si le añado un bastón y un monóculo? —bromea, haciéndose el sofisticado.

—Prefiero verte con el traje de lentejuelas. —Suelta una carcajada al oírme.

Sigue con un traje gris claro; sin embargo, antes de que pueda opinar, él mismo se mira en el espejo y pone una mueca.

—Parezco un contable en la cena de empresa. Siguiente.

Se prueba un traje verde botella y al instante niega con la cabeza.

—Parece salido de una boda hobbit. Me falta la capa y el anillo mágico.

—Mejor pasemos al siguiente antes de que decidas ir descalzo —comento, conteniendo la risa.

Cuando se prueba un esmoquin blanco, frunce el ceño.

—Mafioso de película barata —dice antes de que pueda decirlo yo.

Finalmente, se pone un traje azul oscuro, elegante y clásico. Y aunque jamás se lo diría, le queda increíblemente bien. Me cruzo de brazos y asiento con la cabeza.

—Ese sí.

—¿Eso crees?

—Por supuesto. ¿Dejamos ya de perder el tiempo? —pregunto, alzando una ceja.

—De acuerdo, me rindo. Este es el traje —dice, alisándose la solapa—. Me has salvado de un futuro lleno de burlas familiares, así

que… ¿qué te parece si te invito a cenar? Como agradecimiento oficial, claro.

Alzo una ceja.

—¿Sin trampas ni intentos de convencerme de que las lentejuelas son el futuro?

—Prometo que no intentaré evangelizarte sobre la moda estrambótica. Solo comida y conversación civilizada.

Dudo un momento, pero mi estómago ruge antes de que pueda negarme. Suspiro y asiento con la cabeza.

—Vale, pero si me haces elegir entre restaurantes, me largo.

Terminamos en un pequeño restaurante que él conoce. Es un sitio acogedor, con luz tenue y un olor a comida casera que me hace darme cuenta de lo hambrienta que estoy. Para mi sorpresa, la conversación fluye con facilidad. Hablamos de todo y de nada: la boda, el estrés de Marta, anécdotas del instituto que «habíamos olvidado». Me río más de lo que esperaba y me siento realmente relajada con él.

—¿Recuerdas cuando en segundo de bachillerato hiciste aquel cartel con una foto mía y lo pegaste por todo el instituto? —pregunto, entrecerrando los ojos.

Lucas sonríe con aire travieso.

—Oh, sí. «Vega Beltrán: la enciclopedia con patas». Creo que fue una obra maestra del diseño gráfico juvenil. Ya apuntaba maneras mi futura profesión.

—Una obra maestra que casi me cuesta el puesto de delegada —le recuerdo.

—Oh, venga, admítelo, fue gracioso. Mi intención fue darte visibilidad y convencer a la clase de que te votase, que eras la que más sabía de todos. Y, además, ¿acaso no eras ya la delegada de facto aunque no se hubiesen celebrado las elecciones? —bromea.

Resoplo, pero no puedo evitar sonreír.

Después de cenar, decidimos dar un paseo antes de volver a casa. La noche es cálida y las calles están iluminadas con luces decorativas y parpadeantes que le dan un aire casi mágico. Pasamos por una plaza donde suena música suave de una banda que está apostada allí.

—Espera, espera —dice Lucas, deteniéndose de repente—. Esto es el destino, Vega.

Lo miro con cara de póker.

—¿Qué?

—Sí. Boda, padrino, cena... Tenemos que bailar.

—¡¿Qué?! No. Ni hablar —Me río, dando un paso atrás.

—Vamos, ¿vas a negarle este momento épico a mi nueva y clásica ropa de padrino? —bromea, extendiendo una mano y soltando la bolsa con el traje en el suelo.

—Lucas... —Suspiro, pero él insiste, tirando de mí.

Antes de que sea consciente de lo que estoy haciendo, ya estoy agarrada a su mano y dejando que me guíe al centro de la plaza.

Al principio, es torpe y divertido. Me pisa el pie, yo me quejo, él se defiende diciendo que soy yo la que se mueve mal. Nos reímos, bromeamos, jugamos. Pero, poco a poco, cambia. La música nos envuelve, la luz tenue hace que todo parezca más íntimo de repente. Y cuando quiero darme cuenta, ya estamos demasiado cerca.

Lucas me mira de una forma distinta. Y yo... yo no aparto la mirada. No puedo.

—¿Bailas así con todas? —pregunto en un absurdo intento de disipar la tensión que siento.

—Solo con las que me pisan tanto como yo a ellas —contesta con una media sonrisa.

—Ah, entonces soy especial.

—Siempre lo has sido, Vega.

Su respuesta me pilla desprevenida. No es una broma. No hay rastro de burla en su voz ni en su expresión. Trago saliva, sintiendo mi corazón se acelera aún más.

—Lucas... —digo en un susurro, sin saber muy bien qué quiero decir.

—Dime —responde él, con los ojos fijos en los míos.

Por un instante, todo desaparece. Solo estamos nosotros, el roce de sus manos en mi cintura, el ritmo pausado de la música, la cercanía que se ha vuelto demasiado tentadora. Y, por primera vez, pienso que tal vez...

Y entonces, como un jarro de agua fría, recuerdo lo que intentaba evitar: Lucas se irá. Después de la boda, se irá. Esto no tiene futuro.

Me aparto con una sonrisa que no termina de ser real.

—Ha sido un buen baile, pero creo que es hora de irse —digo, buscando recuperar la compostura.

Lucas me mira durante un segundo, y tengo la impresión de que él se ha dado cuenta de que algo ha cambiado; al final, solo asiente.

—Por supuesto. Antes de que me pises más veces y tenga que ir cojeando a la boda.

No dejo que me acompañe a casa. Vivo cerca y esa es la excusa perfecta. Creo que es lo mejor para no intensificar más la situación. Nos despedimos con la misma actitud bromista de siempre.

Cuando llego a casa y me tumbo en la cama, no dejo de pensar en lo que ha pasado. Y en lo que nunca podrá pasar.

«Idiota».

16

De la pista de baile a la lista de ignorados
Lucas

Me despierto con la vaga sensación de que algo ha cambiado. Lo primero que hago es estirar el brazo para coger el móvil y ver la hora. No es tan temprano, aunque tampoco tarde. En la pantalla tengo una notificación de Marta y otra de un grupo de amigos; aun así, nada es de Vega.

Frunzo el ceño. No es que esperase un mensaje suyo, pero tampoco me habría disgustado. Anoche... anoche fue diferente. Hubo algo entre nosotros. Lo sé porque lo sentí y estoy casi seguro de que ella también. Pero, por supuesto, eso no significa que lo vaya a admitir.

Decido probar suerte y le mando un mensaje:

Lucas: Espero que no tengas agujetas de tanto bailar. Aunque si necesitas un masajista, conozco a uno con manos de oro. Yo mismo lo entrené.

Pasados unos minutos, veo que lo ha leído. La espera se alarga hasta que por fin me llega su respuesta.

Vega: Estoy bien. Gracias.

Levanto una ceja. Eso ha sido frío. Demasiado frío.

Pruebo de nuevo.

Lucas: No me quedaré tranquilo hasta verlo con mis propios ojos. Quedamos y me lo demuestras.

El doble *check* azul aparece rápidamente, pero el silencio se alarga más de lo que debería. Cuando por fin responde, me suelta una excusa sobre el trabajo y las mil cosas que tiene que hacer. No me lo creo.

Algo ha cambiado.

Y no me gusta.

Lucas: ¿Desde cuándo eres tan trabajadora? Si anoche casi te autoproclamaste reina de la procrastinación.

Tarda un poco en responder.

Vega: Desde hoy.

Lucas: Venga, te invito a un café. Yo me encargo del azúcar para endulzar el ambiente, que falta le hace.

El doble *check* aparece otra vez, pero la respuesta no llega. Su silencio es más ruidoso que cualquier palabra.

Aprieto la mandíbula, frustrado.

Marta entra en la habitación sin llamar, probablemente, porque ha pasado la noche aquí después de una cena con mamá o algo parecido. No lo sé, cuando llegué ayer, el único que estaba era papá roncando en el sofá.

—¿No te han dado bien la dosis de atención matutina o qué? —pregunta mientras me quita la almohada de la cara.

—Algo así —murmuro, tirando el móvil sobre la cama—. Si tuvieras que decirme lo que una mujer hace cuando empieza a evitar a un hombre, ¿qué sería?

Marta me observa un segundo antes de sonreír.

—Si te está evitando es que algo hiciste anoche.

¡Como me conoce la condenada!

—Pero si anoche todo fue genial. Bailamos, nos reímos, nos miramos...

—Ajá —dice Marta cruzándose de brazos—. ¿Y dónde y con quién estuviste?

La miro frunciendo el ceño.

—No pongas esa cara, hermanito. No puedo ayudar si no sé quién es la poco afortunada.

—No quieras saberlo.

Marta abre los ojos de par en par y empieza a elucubrar. Comienza a lanzar nombres al azar, que si el de una amiga, el de mi ex, la hermana de Hugo... ¡¿Tan mujeriego parezco para que cualquiera sirva?!

—No vas a adivinarlo en la vida.

—¡Noooo! —exclama—. Noooo... ¿saliste con... VEGA? No me fastidies la boda, Lucas.

—Que no. Bueno, sí salí con ella, pero porque me ayudó a elegir la ropa de padrino y...

—A ver, recapitulemos: bailaste con Vega y ahora te está evitando. ¿Algo más que deba saber?

—¿Te parece poco?

—¡Lucas!

—No, nada más.

—Y… ¿qué quieres que te diga? Está claro como el agua.

—¿Qué es lo que está claro?

—Pues que la has liado.

Suelto un bufido y me levanto de la cama.

—No, no he hecho nada —aseguro.

Marta se encoge de hombros y me propone hacer una lista con no sé qué mierdas que no voy a hacer. No tengo tiempo para Marta y su análisis de experta en relaciones, las cuales se resumen a…

¡Bingo! Una.

Prefiero verlo por mí mismo. Y voy a hacerlo pronto porque, casualmente, hoy tenemos una reunión con los del catering. O, mejor dicho, Marta y Vega tienen una reunión y yo me acabo de autoinvitar.

Cuando llegamos y Vega me ve, me recibe con una expresión que no deja entrever nada.

Maldita sea, es buena en esto.

Pero yo también.

Durante la reunión me esfuerzo por acercarme, soltar alguna broma, hacer que me mire como anoche. Nada. Es como si hubieran cambiado de versión a Vega por una más profesional y fría.

Y, sinceramente, esta no me gusta.

Aprovecho un momento en el que Marta está distraída para hablar con ella.

—¿Tienes un minuto?

Vega asiente con una resignación más que visible y me sigue a una esquina más apartada.

—A ver, ¿te pasa algo? Porque desde esta mañana me estás tratando como si fuera un mueble más. Y anoche no parecía que fuera así.

Ella suspira, evitando mi mirada.

—Lucas, estamos centrados en la boda, nada más. Anoche solo fue... un momento.

—Un momento —repito con incredulidad—. Pues vaya momento más raro, porque a mí me pareció algo más.

Vega me mira por fin, con algo parecido a la frustración en los ojos.

—Es mejor no mezclar las cosas. Estamos aquí por Marta y Dani. No tiene sentido... nada de esto lo tiene.

—¿Esto?

—Esto —afirma contundente—. No hay más. Y tampoco quiero hablar más de ello.

Noto cómo se me revuelve algo por dentro. Pocas veces he sentido un rechazo así de directo y me toca el orgullo. Sin embardo, en lugar de discutir, tan solo sonrío.

—Vale.

Vega parece desconcertada por mi reacción. Aun así, me alejo como si nada hubiese pasado. Me niego a analizarla más. No es lo mío. Por lo visto, soy de los que confunden momentos.

Cuando la reunión termina y nos despedimos, Vega se marcha con rapidez. ¿Acaso quiere huir de mí?

Bien. Si ella cree que puede ignorar lo que pasó, es que no me conoce en absoluto. No soy de los que se rinden con facilidad. Al menos, ya no.

17

Misión: intento fallido
Vega

No sé en qué momento me he convertido en ese tipo de persona que se despierta con el móvil en la mano, pero aquí estoy, tumbada en la cama, mirando la pantalla como si fuera a revelarme algún secreto del universo. Y, por supuesto, la primera notificación que veo es un mensaje de Lucas.

Lucas: Espero que hoy no trabajes demasiado. Que luego me dices que te duele la cabeza y, claro… así no se puede.

Pongo los ojos en blanco y bloqueo el móvil sin responder.

No pienso en él.

No pienso en él.

No pienso en él.

Me levanto con decisión y me pongo ropa deportiva. No porque de repente haya desarrollado una pasión por el ejercicio, sino porque necesito gastar energía.

Diez minutos después, estoy sentada en el suelo del salón, jadeando y preguntándome en qué momento creí que hacer sentadillas era una buena idea. Concluir que el deporte no es para mí me devuelve una pizca de paz mental. Al menos, algo en mi vida sigue teniendo sentido.

Mientras me preparo un desayuno decente, el móvil empieza a sonar. Es una videollamada de Irene. Miro la pantalla con resignación antes de aceptar.

—Tienes cara de haber intentado hacer deporte —me dice con una sonrisa burlona nada más verme.

—Cállate.

—¿Qué tal todo? ¿Cómo llevas el estrés prematrimonial?

—No es mi boda.

—No, aunque parece que te estás llevando toda la carga emocional. ¿Y Lucas? —pregunta con un tono demasiado inocente

para ser real.

Suspiro, sabiendo que no voy a librarme de esto.

—Bien.

—«Bien» es una respuesta que usan las personas que no quieren admitir que están pensando en alguien.

—Irene…

—¡No me pongas ese tono! Os vi bailando en la plaza. Bueno, vale, es mentira. Me lo contaste, pero es como si lo hubiera visto. Y por cómo hablas de él…

—No hablo de él.

—Lo suficiente como para saber que algo pasa. ¿Le has dicho ya que te gusta?

Suelto una carcajada sarcástica.

—No me gusta Lucas.

—Ajá, claro, y yo soy monja. Vega, es evidente que os traéis algo. Además, tú misma me dijiste que algo te despertaba.

—No hay nada. Y si lo hubiera, da igual. Lucas se irá después de la boda. Mejor no perder el tiempo en tonterías.

Irene chasquea la lengua y hace una mueca, pese a eso, no insiste más. Lo agradezco. Despedirme de ella y prometerle que nos veremos pronto es casi un alivio.

Más tarde, me encuentro con Marta para revisar algunos detalles de la boda. Todo va bien hasta que surge un problema con la reserva del mobiliario para la recepción. Reviso los correos, hago algunas llamadas y cuando por fin parece estar solucionado, Marta me mira fijamente.

—Estás rara.

—¿Cómo que rara? —Levanto una ceja.

—Más dispersa. Como si estuvieras en otro sitio. O en otra cabeza. O en otra persona… —Deja caer con una sonrisilla.

—No estoy dispersa —respondo con dignidad, pero en ese mismo instante el móvil vibra y aparece otro mensaje de Lucas en la pantalla. Antes de que pueda reaccionar, Marta se inclina ligeramente con curiosidad.

—¿Un mensaje de Lucas? —pregunta como quien no quiere la cosa, sin embargo, la sonrisa divertida que se le dibuja en los labios

la delata.

—No es nada importante —respondo rápidamente, bloqueando la pantalla.

—Ajá. Porque bloqueando el móvil das cero sospechas. En serio, ¿qué te dice? Anda, cuéntame. Es mi hermano. Tengo información privilegiada que puedo ofrecerte.

—¿Me estás chantajeando?

—Puede ser...

No sé por qué motivo, desbloqueo el teléfono y lo giro hacia Marta. Le pongo delante el mensaje.

Lucas: ¿Sabías que el 87 % de los problemas se solucionan con comida? El otro 13 % con alcohol. No sé qué te pasa, pero propongo un estudio de campo para averiguarlo. Te invito a cenar. Métodos científicos y eso.

Marta me mira con la boca abierta y luego suelta una carcajada.

—Dios, está completamente colado por ti.

—No seas exagerada. Es solo su humor absurdo de siempre.

—Vega, de verdad, ¿por qué te resistes tanto? Es guapo, simpático, hace que te rías… No todo el mundo encuentra algo así.

—Marta, tú misma lo has dicho. Es tu hermano. No eres objetiva.

—Y un cuerno objetiva. Hacéis una pareja preciosa. Lo digo en serio. Venga, contéstale.

Lo pienso. De verdad que lo hago.

No, no voy a responderle.

—Lo último que necesito es complicarme la vida —digo, aunque en realidad lo estaba pensando, no era mi intención soltarlo en voz alta.

—O lo que necesitas es dejar de ponerte tantas barreras. Pero bueno, allá tú.

Ignoro su comentario y finjo concentrarme en los detalles de la boda, aunque mi cabeza sigue atascada en el mismo sitio de antes. En Lucas.

Cuando por fin llego a casa, estoy decidida a dedicarme un rato solo a mí. Un baño caliente, mascarilla y un poco de música relajante. Sin embargo, cuando abro el libro que tengo en la mesilla,

un marcapáginas resbala entre las páginas. Es una vieja postal de una película de hace años, de una que, casualidades de la vida, fuimos a ver toda la clase cuando aún estábamos en el instituto.

Los recuerdos de ese día vienen a mí. Y es entonces cuando me percato de cómo Lucas se pasó media película lanzándome palomitas para picarme, de cómo acabamos discutiendo sobre el final en la salida y cómo me hizo reír con una imitación absurda del protagonista...

Me enfado conmigo misma. No importa cuánto lo intente, cuánto me repita que no quiero complicaciones. Lucas está en todas partes. En mis recuerdos, en mis días y hasta en mi estúpido móvil con esos absurdos mensajes que no puedo ignorar.

18

Manual de (des)conexión
Lucas

Me gusta pensar que soy un tipo relajado, de esos que no se agobian por tonterías ni se quedan mirando el móvil esperando una respuesta que está más que claro que no va a llegar en los próximos cinco minutos.

Dicho esto, pongo en contexto: llevo exactamente cinco minutos mirando el móvil, esperando una respuesta de Vega.

—Joder —murmuro, bloqueando la pantalla y tirando el móvil sobre la mesa, como si así pudiera obligarme a ignorarlo.

Intento concentrarme en el trabajo. Tengo un diseño a medias (sí, esta es la parte mala de ser *freelance*, que ni en vacaciones descanso. Total, el trabajo va conmigo donde yo voy. Ventaja y desventaja a la vez, supongo). Se trata de un cliente que quiere algo «innovador pero clásico», lo cual no tiene ningún sentido, aunque a estas alturas ya he aprendido que la mayoría de la gente no sabe lo que quiere hasta que se lo das hecho. Me pongo los cascos y le doy al *play* a mi lista de música, decidido a ignorar cualquier distracción.

Dos canciones después, reviso el móvil.

Nada.

—Voy a ser mi propia ruina —murmuro, pasándome una mano por la cara.

Me levanto y me preparo un café. No porque quiera uno, sino porque necesito hacer algo con las manos que no sea teclear otro mensaje estúpido que Vega va a ignorar. O leer los anteriores para ver si he sonado demasiado insistente. O revisar si está en línea. Lo que sea.

Suena el timbre y abro sin mirar, esperando que sea el mensajero con unas cositas que pedí hace dos días. En su lugar, me encuentro con Marta, que entra como un huracán sin esperar invitación.

—Vale, ¿qué pasa? —pregunta, cruzándose de brazos y mirándome con esa expresión que usa cuando está a punto de psicoanalizarme sin piedad.

¡Hermanas!

¿Quién quiere enemigos si puede tener hermanas?

—¿A qué te refieres? —respondo con mi mejor cara de póker.

—A que pareces el típico tío que está esperando un mensaje.

—Eso es mucha interpretación para tan poco contexto.

—Lucas, por favor. Nos conocemos. Te conozco lo suficiente para saber que, cuando te gusta una tía, eres de los que atacan. No de los que esperan.

Frunzo el ceño.

Espera, espera… ¿qué demonios sabe aquí la cotilla suprema?

—¿Atacar? Eso suena terrible.

—Dímelo a mí, que he sido testigo de tus tácticas de ligue de cerca.

Frunzo el ceño sin entender demasiado.

—Hermanita, estás delirando. La boda te está dejando pa'llá.

—Te equivocas. Vengo de estar con Vega y he visto tus mensajes.

—¿Qué has visto qué? ¿Por qué?

—Eso es lo de menos —contesta rápido. ¿Acaso se cree que así va a desviar el tema? Ah, no, eso sí que no.

—Desembucha.

—Lucas, nunca te has caracterizado por tu paciencia, por eso atacas, vas directo. —Pero… ¿quién le ha dicho a mi hermana pequeña cómo soy con las tías? Yo no, eso seguro—. Sin embargo, esta vez estás esperando. Lo que significa que te importa.

Sigo alucinando, de verdad.

Me rasco la nuca en un gesto automático. Automático e incómodo, todo sea dicho.

—¿Sabes? Analizar mi vida emocional contigo es algo… no sé, ¿cómo te lo digo sin que te ofendas? Ah, sí: molesto, desagradable, intrusivo, innecesario y ligeramente traumático.

—Lucas… —me reprende.

—Y podría seguir: intimidante, agotador, exasperante, humillante y, sobre todo, totalmente prescindible.

—Contéstame una cosa: ¿ha pasado algo con Vega?

Abro la boca para soltar alguna tontería, pero Marta levanta una ceja, preparada para cortarme antes de que empiece a decir a excusas o sandeces. Para el caso, lo mismo son. Suspiro.

—No, nada. No.

—¿Y qué es lo que sucede entonces?

Resoplo y me siento en el sofá, resignado. Total, Martita no va a parar hasta que consiga lo que quiere y yo no tengo ganas de pelear una batalla que sé de antemano que la voy a perder. ¡Menuda es la pequeñaja cuando se le mete algo entre ceja y ceja!

—Pues no lo sé. Está más distante. Como si… no sé. Vamos para atrás como los cangrejos.

Marta asiente y no me preguntes por qué, pero su cara de «sabía que esto iba a pasar» no me gusta ni un poquito.

—No entiendo qué es lo que te sorprende. Hay chicas que piensan demasiado y sienten en diferido. Si las dejas mucho a solas con sus pensamientos, es probable que acaben convenciéndose de que nada es buena idea, es algo así como creer que te has apuntado a una secta y darte cuenta demasiado tarde.

—Genial. Y yo aquí, en plan acólito, y sin saberlo.

—Lo que quiero decir es que si Vega se está alejando, es porque algo le da miedo. Seguro. Segurísimo —se reafirma.

«Ya, ya, me queda clara la idea».

Cruzo los brazos y me apoyo en la encimera.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Asumir que no le interesa y dejarlo estar?

Marta me mira de un modo que… Dios, creo (o eso me parece) que acabo de decir la estupidez más grande del mundo.

—¿Lucas, tú te has mirado en un espejo últimamente? ¿Te has visto? Eres guapo, tienes carisma, haces que la gente se ría… y no, no lo digo porque eres mi hermano. Vega no se está alejando porque no le interesas. Se está alejando porque le interesas demasiado.

Me quedo callado un momento, sopesando sus palabras.

¿En serio?

Pues yo no lo veo así, ¿eh?

—Ahh… ¿y qué hago?

Marta suspira.

—Yo qué sé. No soy tu *coach* sentimental. Pero sí sé que Vega necesita un empujón para dejar de pensar.

—¿Un empujón? Creo que eso sé hacerlo —comento, riendo con malicia.

—¡Serás guarro! ¡No esa clase de empujón!

—Ya lo sé… —contesto sin perder la sonrisa.

—Si alguien puede hacer que Vega se relaje, ese eres tú. Tienes un don natural.

—Sí, para sacarla de quicio.

Marta me lanza una sonrisa cómplice antes de desaparecer por el pasillo. Y yo me quedo, intentando hacer lo que se supone que tengo que hacer. Vuelvo a mi escritorio, pero no consigo concentrarme. Me quedo mirando la pantalla del ordenador y mi mente no para de volver una y otra vez a lo que ha dicho mi hermana. Vega siente algo, pero se está alejando porque no quiere sentirlo. ¿Cómo se lucha contra eso?

La respuesta llega sin que me lo piense demasiado. Con humor. Con Lucas en estado puro.

Cojo el móvil y, sin pensarlo mucho, escribo:

Lucas: Si necesitas desconectar, puedo secuestrarte. Tengo cuerdas y todo.

Lo envío antes de poder arrepentirme. Aunque no creo que lo haga.

Después, dejo el móvil boca abajo sobre la mesa y me obligo a no mirarlo. Si Vega quiere seguir ignorándome, lo hará. Aun así, si la conozco lo suficiente, esto, al menos, la hará sonreír.

Y con eso, por hoy, me basta.

19

De amor y traumas
Vega

Desde hace exactamente una hora y media estoy sentada frente al ordenador, mirando la pantalla sin haber avanzado ni una sola línea en el correo que se supone que estoy redactando. En mi defensa, el cursor parpadeante tiene un efecto hipnótico y la voz de Irene en mi cabeza diciendo «estás huyendo» es más difícil de ignorar de lo que esperaba. ¡Quién me manda a mí contarle nada!

Con un suspiro, desbloqueo el móvil y reviso las notificaciones. Ningún mensaje nuevo de Lucas. No es que lo esté esperando.

No.

Para nada.

Para absolutamente nada.

Pero por si acaso, refresco la pantalla.

Nada.

Tiro el móvil sobre la mesa, aliviada y frustrada a la vez. ¡Esta situación es ridícula! No puedo permitirme pensar en él. Lo que pasó…

¿Qué pasó? No, no pasó nada. No fue nada.

Bueno, sí fue algo.

Pero algo sin importancia.

Un baile bajo las luces no significa nada.

¡No significa nada!

—¿Por qué soy así? —mascullo, dejándome caer sobre el escritorio sin ganas, escondiendo la cabeza entre mis brazos como si fuese una tortuga en su caparazón, un emo en plena crisis existencial, un croissant en el fondo de la bolsa, un…

¡Vibra! El móvil vibra.

Levanto rápido la cabeza y casi me disloco un músculo al lanzarme a cogerlo.

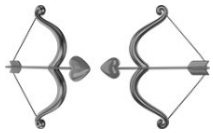
Bah, es un mensaje de Irene. Quiero decir: ¡guau, es un mensaje de Irene!

Irene: Si sigues encerrada en tu casa dándole vueltas a cosas que podrían solucionarse con un poco de sentido común, voy a secuestrarte. Lo digo en serio. Tienes media hora.

Ruedo los ojos. Qué dramática.

Después me envía otro mensaje diciéndome que me espera en nuestra cafetería de siempre. Imposible escaquearse.

Pensándolo mejor… tiene razón: me vendrá bien salir y despejarme un poco.



Cuando llego, Irene ya está ahí, sentada junto a la ventana. Me percato de que ya ha pedido mi cappuccino. Está removiendo su café con una expresión que solo puede describirse como «listísima para la intervención». Miedo me da.

Me acerco a la mesa, levanta la cabeza y…

—¿Y bien? —pregunta sin preámbulos en cuanto me ve.

Me siento y rodeo la taza caliente con las manos.

—Y bien ¿qué?

Menudo patético intento de hacerme la tonta. Lo sé. Lo sabe. Su mirada me deja claro que no sirven excusas ni tonterías varias.

—Vega, Vega, Vega… No me obligues a usar mi voz de profesora contigo. Sabes de qué estoy hablando.

—A lo mejor no —replico con la poca dignidad que me queda después de que ambas sepamos que este absurdo tira y afloja no va a ningún lado.

Irene se cruza de brazos y apoya un codo en la mesa, inclinándose hacia mí con una sonrisa peligrosa.

—Vale, pues hablemos del clima. Hoy ha salido el sol después de tres días nublados. ¿Cómo te hace sentir eso, Vega? ¿Te dan ganas de bailar bajo las luces de la plaza con cierto diseñador gráfico?

Le lanzo una servilleta a la cara, sin embargo, lo único que consigo es que su sonrisa se ensanche de un modo molesto. Muy molesto.

—Te odio.

Bebo un sorbo de café; de repente, no me sabe tan bien como de costumbre.

—No, me adoras porque soy la única persona que te conoce lo suficiente para saber que estás huyendo como una cobarde —dice, y le da un sorbo a su bebida.

Suspiro, apoyando la cabeza en una mano.

Ella pone una sonrisa triunfal que me enerva. Mucho. Muchísimo.

—No estoy huyendo. Solo estoy… gestionando lo que pasó.

—¿Gestionando? ¿Es así como llamamos ahora a meter la cabeza bajo tierra como un avestruz?

—Muy graciosa.

Resoplo, mirando a otro lado. A ver si capta la indirecta de que no quiero seguir hablando de ese tema. De él. De todo lo que implique o rodee a su nombre.

—Va, en serio. ¿Por qué te rayas tanto con Lucas? Si os gustáis, pues adelante. Sois adultos. Espera, espera… —Abro los ojos de par en par, imitándola. Lo dicho: miedo me da cuando esa cabecita loca se pone a idear—. ¿O hay algún oscuro secreto que me has ocultado? ¿Tal vez es un alienígena disfrazado de humano y lo que te da miedo es que en plena boda le salga una antena?

A pesar de mí misma, me río.

No tiene remedio.

—Ojalá fuera algo así de simple.

—¿Entonces? ¿Qué le ocurre?

Siento su mirada inquisitiva sobre mí. Agacho la mía y remuevo sin ganas el capuccino.

— No tiene que ver con él. Tiene que ver conmigo.

Irene levanta una ceja.

—Sigue hablando. Me interesa.

Dejo la cucharilla, porque necesito tener las dos manos ocupadas. Tomo una servilleta y jugueteo con ella entre los dedos. Busco las palabras.

—Es solo que… toda la vida he visto lo que pasa cuando dos personas se quieren pero no funciona. Mis padres parecían la pareja perfecta hasta que dejaron de serlo. Y su divorcio no fue solo un trámite. Fue un desastre. Un espectáculo de gritos, reproches y resentimiento acumulado que aún sigue presente. —Suspiro, fijando la vista en la taza de café—. Y yo no quiero eso para mí.

Irene me observa en silencio.

—O sea, que porque tus padres se divorciaron, ¿has decidido que tú tampoco vas a ser feliz?

—No es eso. Es que… ¿Y si yo también estoy destinada a que me salga mal? ¿Y si me dejo llevar y acabo sufriendo? ¿Y si Lucas y yo…?

Me callo antes de terminar la frase. Ni siquiera quiero (o puedo) ponerlo en palabras.

Irene deja la taza sobre la mesa y se inclina hacia adelante.

—Mira, Vega, lo que pasó con tus padres fue una mierda, no lo niego. Pero no significa que tú tengas que repetir su historia. Eso no es genético, ¿sabes? De acuerdo, nadie puede garantizarte que vaya a salir bien. Aunque ya te digo yo que con esa actitud estás llamando a gritos al desastre.

—Se irá después de la boda de su hermana —añado, a ver si le entra en su cabezota que esto no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Pues eso...

—¿Qué más da? Estoy segura de que se va porque no tiene compromisos y todos queremos ver mundo. Su trabajo va con él, tú misma me lo has dicho, de manera que... ¿qué le impide viajar? Nada; al menos, por el momento. No seas más tonta, anda.

Ojalá fuese tan sencillo como hacer oídos sordos a mis temores y hacer caso a la tarada que tengo de amiga.

—Además —añade con una sonrisilla—, que es Lucas. No estamos hablando de un tío cualquiera. Es un tipo encantador, divertido, que, claramente, te gusta más de lo que quieres admitir, y que, por cierto, está intentando acercarse a ti mientras tú juegas al escondite.

—No estoy jugando al escondite —protesto, aunque no me sale muy enérgico, para qué negarlo.

—Oh, por favor. Te falta construirte una cueva y poner un cartel que diga «No molestar».

Sonrío de lado. No digo nada.

—Mira —dice Irene, con tono más suave—, lo que tienes que preguntarte es si el miedo a lo que *podría* pasar vale más que las ganas de ver qué *sí* puede pasar. Porque, te lo digo ya, quedarte con la duda es una mierda.

Me quedo en silencio, removiendo el café sin realmente verlo. Yo creo que ya tiene que estar frío y no le he dado ni un sorbo.

Tiene razón. Lo sé.

Aun así, saberlo y sentirlo son cosas muy distintas.

—Iré a mi ritmo —digo al final.

—Bien. Pero que tu ritmo no sea a paso de tortuga, que te conozco.

Río y le lanzo una servilleta hecha bola.

20

Se buscan anillos
Lucas

Recibo la llamada de Marta justo cuando estoy terminando un boceto. Su tono es un diez sobre diez en la escala de «¡estoy a punto de colapsar!».

—Lucas, ¡los anillos han desaparecido! —exclama, sin tan siquiera saludar.

Frunzo el ceño y me paso una mano por la nuca. ¡Dios! ¿Quién me mandaría a mí meterme en este jaleo?

—¿Y yo qué quieres que haga? ¿Interrogar al duende que se los ha llevado?

—¡Esto no es una broma! —bufa—. ¡Compórtate! ¡Es muuuyy seriooo!

Resoplo, más por su protesta que por otra cosa.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—¡¿Que qué ha pasado?! —Tres, dos, uno… Creo que empieza a hiperventilar—. La joyería dice que nunca se hizo el pedido. Y no es cierto. Yo recuerdo a la perfección haberlo confirmado. ¡No pueden desaparecer así como así!

Me rasco la barbilla, pensando en cómo responder sin empeorar la histeria que le desborda por cada poro. Por suerte, antes de que pueda decir una de mis genialidades (entiéndase la ironía), escucho otra voz en la línea.

¡Bingo!

Es Vega.

—Marta, déjame a mí —dice en un tono muy serio—. Lucas, nos vemos en media hora.

Y cuelga.

Parpadeo.

—¿Nos vemos en media hora? —repito, casi incrédulo—. ¿Ahora sí quiere verme?

Me pienso el darle plantón.

Después, recuerdo a Marta y su histeria.

De manera que… aquí estoy, puntual como un reloj, en la puerta de la joyería donde se supone que los anillos iban a estar listos. Vega ya está aquí también, con el móvil en mano y me dedica una mirada afilada nada más verme. Marta, por su parte, está desaparecida en combate porque, según me ha contado mamá en un mensaje, se la ha llevado para evitar que colapse del estrés.

—¿Te han dicho algo nuevo? —pregunto.

¡Menuda mierda de saludo!

—Solo que «lo sienten mucho» y que «habrá sido un error administrativo» —responde, haciendo comillas con los dedos.

—Traducción: «Nos hemos pasado el pedido por donde no brilla el sol y ahora os fastidiáis».

Vega suspira, dándome la razón en silencio.

—No hay tiempo para discutir con ellos. Tenemos que encontrar otra opción ya.

—¿Sabes? Siempre podemos hacerlos con papel de aluminio. Son muy modernos. Al estilo artista vanguardista.

Me gano una nueva mirada por su parte, aunque, sinceramente, lo considero un avance. Al menos, eso significa que me está prestando atención.

¡Menudo *pringao* estoy hecho!

Comenzamos la búsqueda de un par de anillos de emergencia por distintas joyerías.

En la primera, un vendedor intenta convencernos de que optemos por anillos de compromiso en vez de alianzas de bodas.

—Se os ve tan bien juntos —dice, con una sonrisa que incita a seguir jugando con la confusión.

—¿Verdad que sí? Nos casamos en abril —respondo, rodeando los hombros de Vega con un brazo.

Su reacción es inmediata: se tensa como un gato asustado y me clava el codo en las costillas.

—No le haga caso —le dice de inmediato al hombre al mayor—. Solo necesitamos anillos de boda normales —añade con una sonrisa

tensa, antes de lanzarme una mirada que dice «quítame tus manos de encima».

«¡En tus mejores sueños, Vega!»

—Qué pena, yo ya te veía con un anillo que tuviese un diamante del tamaño de mi ego —bromeo, recibiendo otra mirada fulminante de su parte.

Después de la broma, el joyero nos indica que, por desgracia, no tiene algo disponible sin un encargo previo. Al consultar el tiempo que necesita para hacer el pedido, nos damos cuenta de que ni por asomo estarían para la fecha de la boda.

¡Siguiente joyería!

Después de un par de intentos más, encontramos una muy pequeña, nueva en la ciudad, por lo que parece. Y, ¡atención!, nos promete tenerlos listos para el final del día. Mientras esperamos a que la dependienta atienda a una llamada de teléfono, me pongo a jugar con uno de los anillos de exhibición, que la buena mujer nos ha dejado sobre el mostrador, haciéndolo girar entre mis dedos.

—Si me caso algún día, quiero uno como este —comento, despreocupado.

—Para eso necesitarías que alguien te aguantase de por vida —responde Vega con sorna.

Le dedico una sonrisa ladina.

—¿Te ofreces?

—Ni en otra vida —replica, pero hay algo en su manera de hablar que no es tan cortante como de costumbre.

Vega, agotada, se apoya en el mostrador. Se pasa una mano por la frente y suelta un suspiro. Estoy a punto de hacerle otra broma cuando, sin pensarlo demasiado, le tomo la mano.

No sé por qué lo hago. No es algo planeado ni pensado. Solo… sucede. Quizás, porque verla así, tan vulnerable, es algo que no encaja con la Vega que siempre está pendiente de todo. O, quizás, porque simplemente me apetece.

¡Y yo qué sé!

Lo único que tengo claro es que no se aparta.

Nos miramos y, durante unos segundos, el ruido de la tienda desaparece. Su piel está caliente en comparación con la mía y su respiración, un poco entrecortada, eso sí es igual que la mía. Su pulgar tiembla ligeramente contra el mío, apenas perceptible, pero lo suficiente para que me dé cuenta de que mi roce no le es indiferente.

—Lucas… No... —su voz es un susurro, sin la firmeza que ya me es tan habitual en ella.

La noto confusa.

Punto para mí.

Abro la boca, aún sin tener claro qué decir, y, justo en ese momento, un vendedor (que no es la mujer que está al teléfono) carraspea cerca de nosotros, haciéndonos dar un respingo.

—Ah, jóvenes enamorados, qué bonito —comenta con una sonrisa.

Vega se separa tan rápido que casi hace que se me caiga el anillo al suelo. Su expresión es indescifrable, sin embargo, sus mejillas están un poco más rojas de lo normal.

¡Sí, señor, punto para mí!

—Vaya, parece que hay algo más que anillos en el aire —comenta, guiñándome un ojo.

Vega carraspea, apartándose de inmediato.

—Yo… voy a ver si Marta está más tranquila —murmura, dándose la vuelta con una rapidez sospechosa y sacando el móvil para que su excusa sea creíble.

Yo me quedo un segundo más, viendo cómo se aleja, antes de sonreír de lado y soltar un suspiro. Vaya día.

De vuelta a casa, vamos en silencio.

Camino a su lado, con las manos en los bolsillos; al sacarlas, y sin querer, mis nudillos rozan su mano, que está muy cerca de la mía.

Esta vez, tampoco se aparta.

Se me escapa una sonrisa.

Nos detenemos en un semáforo y cuando me vuelvo hacia ella, también me está mirando.

Se me ocurre algo estúpido, una broma para romper la tensión, aun así, no la hago. Porque, por primera vez, no quiero que se ría. Quiero disfrutar del momento.

Me inclino un poco hacia ella. Su aliento choca contra mis labios.

Estamos demasiado cerca.

—Vega… —murmuro, sin saber muy bien qué quiero decir.

Ella sigue en su lugar.

Parpadea.

Noto la respiración contenida.

Mi pulgar roza el dorso de su mano, como si fuese un gesto involuntario.

La noto estremecerse.

El mundo se reduce a este momento.

Y justo cuando sus labios y los míos están a punto de tocarse…

BEEEEEEEP.

Un claxon nos sobresalta y un repartidor en moto pasa a nuestro lado a toda velocidad, gritando algo ininteligible al coche que acaba de sobrepasar.

Vega pestañea, saliendo del trance y volviendo a la realidad. Se aleja un poco con una tos forzada.

—Bueno, pues… ha sido un día largo.

—Sí —digo, sabiendo que hemos estado a punto de cruzar una línea de la que no hay vuelta atrás.

Y que conste en acta que yo estaba deseando cruzarla.

Me observa un segundo más, creo que duda, y después se despide con un gesto de la mano antes de marcharse.

Yo me quedo aquí, viendo cómo su silueta se aleja.

Sonrío de lado.

Ese muro no va a durar mucho más.

21

Escape room de sentimientos
Vega

Ignorar a Lucas después de lo que pasó en la joyería debería ser fácil. He ignorado cosas mucho más importantes en mi vida: la moda de los pantalones de campana, los correos pasivo-agresivos de clientes indecisos y, sobre todo, la necesidad de dormir ocho horas. Pero por alguna razón, este hombre no se me va de la cabeza.

Así que hago lo que mejor sé hacer: enterrarlo bajo una montaña de trabajo y actuar como si nada. Marta ya tiene la cabeza en la boda y su nivel de ansiedad fluctúa entre «todo va bien» y «voy a prenderle fuego a este sitio si la vajilla no combina con las servilletas». Eso significa que tengo más que suficiente para distraerme.

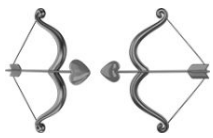
O, al menos, eso intento.

Sin embargo, incluso mientras reviso presupuestos y llamo a proveedores, mi mente divaga. Pienso en la forma en que Lucas me miró. En cómo mis dedos temblaron cuando me tocó. En el modo en que casi, casi...

—Vale, ¡basta! —murmuro, cerrando de golpe el portátil.

Necesito salir de aquí antes de que mi cerebro se convierta en puré de pensamientos confusos. Y justo cuando pensaba que me volvería loca, el teléfono vibra.

Irene: Hora de distraerse. Tengo un plan de la hostia. Te paso a recoger en 15. No acepto un no por respuesta.



Irene me arrastra a un escape room. La idea es buena. Una hora encerrada en una sala resolviendo acertijos debería ser suficiente para que deje de pensar en un idiota con el ego del tamaño de un dirigible nuclear.

No funciona.

—Vega, céntrate —gruñe Irene mientras intenta descifrar un código.

—Estoy centrada —miento, sosteniendo un candado que ni siquiera sé si pertenece a este juego.

Irene me observa con una ceja arqueada.

—No. Estás en modo «voy a fingir que nada me afecta hasta que explote en el momento más inoportuno».

Resoplo.

—No exageres.

—Por favor, te conozco. Lo que más me preocupa no es que estés distraída, sino que te estés engañando a ti misma —dice, señalándome con un destornillador de plástico.

—No es nada. Solo fue... un momento tonto —digo, restándole importancia.

—Claro, un momento tonto en el que casi besas a Lucas. Normal, eso le pasaría a cualquiera —se burla, pero hay un destello de seriedad en su mirada, uno que no me gusta ni un pelo.

Abro la boca para rebatir. No me da tiempo. Mi móvil me vibra en el bolsillo. Lo saco y veo su nombre en la pantalla.

Lucas.

Irene se inclina sobre mi hombro, aun así, no le da tiempo de leer el mensaje, ya que soy más rápida que ella y he bloqueado la pantalla a la velocidad de la luz.

—¿Qué dice? —pregunta con diversión y sonrisa maliciosa.

—Nada importante —murmuro.

¡Ja! Que me creo yo que Irene va a quedarse con la duda. En cuestión de segundos, me arrebata el móvil. Intento recuperarlo. No lo consigo. Creo que en el fondo me traiciona mi subconsciente y no hago mucho por quitárselo.

—Veamos... «¿Qué tal una cita en la joyería? Prometo no ponerte un anillo ficticio».—lee en voz alta—. Madre mía, qué hombre.

—Déjalo ya, Irene. Paso de él y de sus mensajes.

—¡Espera! Este es mejor: «¿Sabías que existe una boda temática de dinosaurios? Me parece algo que deberíamos discutir con seriedad».Vega, ¿cómo puedes decir que esto no significa nada?

¿desde cuándo los hermanos de tus clientas te envían mensajes a todas horas y, sobre todo, mensajes que implican una casi cita? —pregunta, mirándome fijamente.

Cruzo los brazos, molesta.

—Lucas es así con todo el mundo. Además, le encanta molestarme.

—O igual le encantas tú —responde Irene con una sonrisa ladeada.

—No voy a mantener esta conversación.

Irene me devuelve el móvil y me mira expectante.

—Dilo. Venga. —La miro sin entender... o sin querer hacerlo—. Di que tienes miedo —añade, encogiéndose de hombros.

—No tengo miedo.

—Entonces, queda con él. Demuéstrame que no te importa —me desafía.

Mi orgullo se revuelve. Y, como siempre, el orgullo le gana al sentido común.

—Está bien —respondo, tecleando una respuesta rápida.

Vega: Vale, pero no te hagas ilusiones. Solo un café. Nada más.

Casi al instante, llega su respuesta:

Lucas: No prometo nada. Pero llevo mi mejor camiseta de «sé que me quieres pero no lo admites».

Me muerdo el interior de mi mejilla para evitar sonreír.

Irene aplaude.

—Voy a disfrutar mucho viendo cómo intentas convencerte de que esto no es una cita.

22

No me chilles que me asustas Lucas

Recibo el mensaje de Vega y no puedo evitar sonreír como un idiota. Vale, me ha dejado muy claro que esto no es una cita, aun así, el mero hecho de que haya aceptado a quedar conmigo es un paso en la dirección correcta.

Y yo soy muy bueno aprovechando oportunidades.

Mi idea inicial es simple: un café tranquilo y una conversación sin presiones. Algo que no la haga huir.

Cuando estoy de camino al punto de encuentro, veo algo que cambia mis planes por completo: una feria en la plaza principal: puestos de comida, juegos, luces de colores y música en el ambiente.

Es perfecto.

Al verla llegar, se me pinta una sonrisa de satisfacción en la cara. Una que se amplía al verle la expresión cuando se da cuenta de que la miro sonriendo.

—¿Por qué tienes esa cara? —pregunta con sospecha en el instante en el que se detiene frente a mí.

—He cambiado de planes —respondo, señalando la feria.

Ella frunce el ceño.

—Lucas, habíamos quedado para un café.

—Sí, pero esto es mucho más divertido. Además, necesitas relajarte.

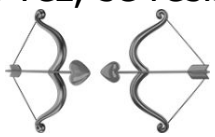
—¿Eso quién lo dice?

—Y no hay nada más efectivo que ganar un peluche gigante en una feria —añado, ignorando sus protestas.

—¿Y si no quiero un peluche gigante?

—Entonces, lo quiero yo. Anda, vamos. —Le cojo la muñeca con suavidad y tiro de ella antes de que pueda seguir negándose.

Se deja llevar, no sin poner antes los ojos en blanco. Me río y sigo tirando de Vega, quien, cada vez, se resiste menos.



La feria es una locura. No parecía tanto cuando lo vi de pasada. Creí que era algo más pequeño. Hay niños corriendo, luces parpadeantes y el sonido inconfundible de alguien perdiendo en los autos de choque. Vega camina junto a mí con los brazos cruzados. No se da cuenta de que ya ha perdido la batalla; si estuviera realmente incómoda, hace tiempo que habría puesto una excusa para largarse.

Nos detenemos en un puesto de tiro al blanco.

—Voy a impresionarte —le digo, tomando una escopeta de juguete.

—Lo dudo muchísimo —replica, arqueando una ceja.

Disparo y fallo el primer intento. También el segundo. Y el tercero.

Me aclaro la garganta.

—Estoy calentando.

Vega reprime una risa y se acerca. Me desconcierta un poco.

—Dame eso —dice, quitándome la escopeta.

Levanta el arma, apunta y dispara. Derriba tres blancos seguidos sin pestañear.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunto, más que sorprendido.

—Mis amigos eran todos chicos y, además, tengo demasiada paciencia en las ferias. —Se encoge de hombros y me lanza una mirada triunfal—. Acepto mi premio.

El feriante le entrega un llavero en forma de patito de goma. Vega sonríe satisfecha, haciéndolo girar entre sus dedos. Yo la observo, embobado.

—¿Qué miras? —inquiere, entrecerrando los ojos.

—Nada, solo me pregunto si podrías enseñarme tu técnica. Es por... motivos de dignidad personal.

Vega sonríe con autosuficiencia y alarga la mano, colocando mis dedos correctamente sobre la escopeta de juguete.

—A ver, inútil, mantén los codos firmes y la vista en el objetivo.

Intento concentrarme, pero sus manos sobre las mías no me ayudan. Al contrario. Siento el calor de su piel y la cercanía de su aliento rozando mi cuello. Se aparta justo antes de que pierda completamente la capacidad de razonar, tire la escopeta y me gire para besarla como hace tiempo que tengo ganas.

—Ahora prueba —me indica, y se cruza de brazos.

Disparo.

Y acierto.

—¡Ahí está! —exclamo, orgulloso.

—Bueno, enhorabuena, ahora eres oficialmente mejor que un niño de seis años.

—Voy a ignorar el tono condescendiente y a celebrar mi victoria.

Después de unos intentos más (algunos fallidos, obvio), el feriante me da mi premio: otro llavero de patito de goma. Lo sostengo entre los dedos y luego, sin pensarlo demasiado, se lo alargo a Vega.

—Para que el tuyo no esté solo.

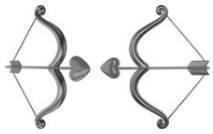
Ella lo mira, duda por un segundo, hasta que al final lo toma.

—Gracias —murmura, y se lo guarda en el bolso.

La noto incómoda con el gesto, así que decido no insistir.

—Vamos a otro sitio —dice de inmediato.

Me cuesta no reírme.



Después de un rato probando distintos juegos, llegamos a la zona de las atracciones. Frente a nosotros, un túnel del terror con una entrada decorada con esqueletos y telarañas falsas. Me paro delante y miro a Vega con cara de perrillo apaleado.

—No —sentencia firme en cuanto me detengo delante de la puerta.

—Oh, venga. Será divertido. Además, si te asustas, puedes agarrarte a mí. O al revés. No juzgo.

—No me asustan estas cosas.

—Ah, ¿no?

—Para nada.

—Pues entonces no hay problema, ¿no?

Vega aprieta los labios. Sé que está calculando si negarse me dará más armas para fastidiarla. Y lo hace, claro que lo hace.

Al final, suspira.

—Vale. Pero si te pones a gritar como un niño, me largo.

—¡Sí!

Entramos en el túnel. Es un desastre de efectos especiales de bajo presupuesto y sonidos pregrabados. Al comienzo, hay un tipo disfrazado de vampiro que parece más aburrido que aterrador. Espero que mejore según avance.

Justo cuando Vega está diciendo algo sarcástico sobre la calidad de la decoración, un zombi sale de la oscuridad y suelta un grito bestial.

Da un respingo y, sin pensarlo, se aferra a mi brazo. Me sorprende.

Sí, lo hace.

No digo nada. Ni siquiera sonrío. No voy a estropear el momento.

Apenas he tenido tiempo de procesar lo que me hace sentir tan solo con tocarme, cuando otro actor disfrazado de espectro aparece de la nada y me toca el hombro. Mi reacción es un salto ridículo y un sonido que definitivamente no es un grito y no me deja en buen lugar.

—¿Eso ha sido un chillido? —susurra Vega, con una sonrisa burlona, aunque sigue agarrada a mí.

—Ha sido un... aviso de peligro —murmuro, tratando de recuperar mi dignidad.

—Por supuesto —responde, sin soltarme.

Seguimos avanzando, cada sobresalto nos acerca más, hasta que llegamos a la salida. En cuanto vemos la luz al final del túnel, Vega se separa más rápida que una bala. Se aclara la garganta y se recoloca la chaqueta.

Salimos del túnel en silencio.

Caminamos un poco, aún callados. Quiero verle la cara y saber qué piensa, por qué tanto silencio. Así que me detengo. Ambos lo hacemos. Justo debajo de una farola. Nos miramos. Siento que algo ha cambiado entre nosotros. No sé explicarlo, tan solo, lo noto.

Me acerco un poco más a ella y veo la duda en sus ojos. Rezo para que abandone esa lucha interna sobre si dejarse llevar o pegar media vuelta y abandonarme aquí con dos palmos de narices.

—¿Todavía sigues pensando que esto no es una cita? —pregunto en voz baja, inclinándome un poco hacia ella.

Vega se humedece los labios. Levanto una mano y aparto un mechón de su rostro, mis dedos rozan su piel con suavidad. Su respiración se entrecorta, lo percibo.

—Lucas... —murmura; tal vez, no quiere romper el momento.

Noto su voz más titubeante.

Mi mirada se desliza a su boca por un instante y, sin pensarlo demasiado, me acerco otro milímetro. Vega no se aparta. Solo parpadea y deja escapar un suspiro. Estamos tan cerca que siento su aliento cálido contra mi piel.

Solo necesito que no levante el maldito muro...

No, al menos, en tres, dos, uno...

—Mamá, mamá, ¡ese es el chico que no sabe disparar! —grita un niño no muy lejos de nosotros, señalándome con un entusiasmo que me resulta doloroso.

¡Puta mala puntería!

La madre reprende al crío por inoportuno y porque «no se señala a las personas».

A buenas horas, señora.

Vega suelta una carcajada y se aleja un paso, destrozando la burbuja que se había formado entre nosotros.

—Vaya, lo siento —añade con una sonrisa maliciosa—. Parece que tienes un admirador.

Exhalo un suspiro teatral y me paso la mano por el pelo.

—Sí, bueno, la fama tiene un precio —contesto, disimulando la frustración que siento ahora mismo.

Creo que no lo consigo.

—Gracias por la tarde, Lucas. Ha sido... divertida —dice, con un brillo en los ojos que me da esperanzas de que esto que estoy haciendo no es en vano—. Tengo que irme ya. Hasta otro día.

Y sin que pueda despedirme, se da media vuelta y se va. La veo alejarse y sé que, aunque no ha caído del todo, su muro tiene

grietas, muchas grietas.

Por suerte, soy bastante persistente y pienso seguir empujando hasta derribarlo.

23

Dudas, café y un miedo que (no) es mío
Vega

Repaso la agenda del día mientras entro en la cafetería donde he quedado con Marta. Últimos detalles de la boda, confirmación de proveedores, ajustes finales en la decoración…

Todo controlado.

Pero cuando levanto la vista y la veo sentada en la mesa, removiendo el café con una intensidad casi agresiva, sé que algo no va bien.

—Buenos días —saludo con mi mejor sonrisa mientras tomo asiento.

—Buenos… —responde Marta sin mucho ánimo. Sujeta la cucharilla con tanta fuerza que parece que vaya a doblarla.

De acuerdo, algo pasa. Pero no puedo preguntar directamente, no somos amigas. Esto es trabajo.

Me centro en lo nuestro.

—Quedan pocos días y todo está casi listo. Solo nos faltan algunos ajustes de última hora. —Abro mi libreta y señalo un par de puntos clave—. La distribución de las mesas ya está cerrada, ¿verdad?

Marta frunce el ceño y tamborilea los dedos contra la mesa.

—No lo sé. Igual deberíamos cambiar algunas cosas. Puede que el tío Ramón no esté cómodo junto a la prima Sara. Siempre acaban discutiendo.

Parpadeo. Hace dos días me insistió en que los pusiera juntos porque, y cito textualmente, «así se entretienen entre ellos y no molestan al resto».

—¿Estás segura? Hace nada me dijiste que...

—Ya, pero... No lo sé. Igual es mejor no arriesgarse. —Suspira y bebe un sorbo de café—. Además, la decoración... Tal vez

deberíamos cambiar el color de las servilletas. El burdeos me parecía elegante, pero ahora lo veo demasiado serio. Quizá algo más claro...

¿Qué pasa ahora?

Desde que empezó esta locura, Marta ha sido una novia decidida desde el primer día (bueno, casi siempre), meticulosa aunque segura de lo que quería. Y ahora, de repente, todo le parece estar mal. Esto ya lo he visto antes.

Se está agobiando.

Es normal, la boda está muy cerca.

—Marta —digo con suavidad—, estas decisiones las tomaste con total seguridad. ¿Ha pasado algo que te haga replanteártelo todo de golpe?

—No, no. Claro que no. Solo... —Hace un gesto con la mano, en un vano intento de restarle importancia—. Quiero que todo salga perfecto.

Esa no es la respuesta real.

De nuevo, no somos amigas, y no va a abrirse conmigo más de lo necesario. Así que dejo el tema y sigo con la reunión.

O lo intento, porque cada decisión que menciono la hace dudar más. Si los tiempos del cóctel son demasiado largos, si la música de la entrada quizá no es la correcta, si el menú tal vez no está bien elegido...

Cuando llevamos veinte minutos de cambios que, en realidad, no son cambios, porque nunca está segura de nada, no puedo evitar decir:

—Marta, parece que en vez de ajustar detalles estás desmontando todo el plan. ¿Seguro que solo es estrés preboda o hay algo más?

Marta juega con la cucharilla, mirándola fijamente.

Después, sin levantar la vista, murmura:

—¿Cómo se supone que sabes que estás tomando la decisión correcta?

La pregunta me pilla desprevenida. Por un momento, no sé si me habla de las servilletas o de algo mucho más grande.

—¿Te refieres a la boda o a algo en concreto?

Ella se remueve en la silla y se encoge de hombros.

—No lo sé. Es que todo pasa tan rápido... Un día estamos eligiendo fecha, al siguiente haciendo pruebas de menú y, de repente, estamos aquí. A días de que todo cambie. Y yo... —Se calla de golpe, como si se hubiera dado cuenta de que ha dicho demasiado. Se aclara la garganta y sacude la cabeza—. Bah, no me hagas caso. Seguro que es solo la presión.

Aun así, yo la sigo observando; entonces, lo veo.

Marta no duda de la boda en sí. Duda del cambio. De lo que significa dejar atrás una etapa para entrar en otra que ya no tiene vuelta atrás.

Y en el mismo instante en que lo entiendo, me doy cuenta de que la comprendo.

Porque yo estoy haciendo lo mismo.

No con una boda, pero sí con... Lucas.

Desde el baile en la plaza y después la tarde en la feria, he estado evitando pensar en lo que pasa entre nosotros. En cómo, cada vez que nos vemos, la línea entre lo que digo que quiero y lo que realmente siento se hace más borrosa. Me he convencido de que lo estoy llevando bien, de que no hay nada de qué preocuparse y no es verdad. Nada lo es.

Hasta que Marta, con su preocupación mal disimulada, verbaliza su miedo y me doy cuenta de que es el mismo que tengo yo.

Miedo al cambio. A lo que significa aceptar que las cosas no son como pensábamos. Que quizá todo se nos está yendo de las manos.

Intento sacudirme la sensación y vuelvo a concentrarme en Marta.

No soy su amiga, no puedo darle un discurso de autoayuda. Aunque lo que sí puedo es calmarla en lo que respecta a la boda.

—Mira, es normal sentir vértigo cuando se acerca algo importante. Pero todo lo que has elegido ha sido con cabeza y con ilusión. Siéntate un momento y piensa: ¿realmente quieres cambiar algo o solo estás asustada porque se acerca el día?

Frunce el ceño y baja la vista a su café. Remueve el líquido en círculos lentos, pensativa. Sus dedos tamborilean contra la taza, inquietos.

—Es que... ¿y si después de la boda las cosas cambian? —murmura—. Todo el mundo dice que el matrimonio no es lo mismo que antes de casarte. Que si la rutina, que si los compromisos... ¿Y si no es lo que imagino?

Madre del amor hermoso, ¡yo soy organizadora de bodas, no terapeuta!

—El matrimonio no es magia —digo con suavidad—. No hace que una relación se convierta en algo diferente de un día para otro. Si estáis bien ahora, estaréis bien después. Y si algo cambia... será porque los dos lo hacéis juntos, no por un papel.

Marta aprieta los labios. Se toma su tiempo.

Finalmente, exhala un suspiro largo, como si soltara un peso invisible.

—No quiero cambiar nada —admite al fin, con un poco más de convicción. Bebe el último sorbo de café y sonríe, aunque con un atisbo de vulnerabilidad—. Gracias. No sé qué haría sin alguien que me devuelva el sentido común.

Asiento con una sonrisa, pero en mi cabeza, las preguntas no han dejado de girar.

Marta ha encontrado su respuesta.

Yo aún no estoy lista para la mía.

24

Ser o no ser un correo sin leer
Lucas

Tengo la sensación de que Vega está jugando a una versión muy sofisticada del escondite. Aparece, me provoca con su maldito sarcasmo, me deja con la miel en los labios y luego desaparece como si nada hubiera pasado. Y lo peor es que sé que lo hace a propósito. O, al menos, eso quiero pensar, porque la otra opción es que realmente no sienta nada…

Y eso...

Eso sí que no me lo creo.

Desde la feria, todo ha sido un paso adelante y tres atrás. Me responde a los mensajes, sigue lanzando pullas, pero cuando estamos cara a cara, se vuelve distante. Fría. Como si ese *casi beso* no hubiera existido.

Me está volviendo loco.

Así que hago lo que cualquier persona desesperada haría en mi situación: buscar consejo. El problema es que mis opciones no son muchas. Marta está demasiado ocupada con la boda, mi madre es mi madre y mi cuñado… bueno, al menos él tiene más experiencia en esto de convencer a una mujer y que no salga corriendo.

Empiezo con Marta. La pillo en un momento en el que no está al borde de un ataque de nervios, lo que ya es un logro. Me siento junto a ella en el sofá de casa de mis padres y suelto sin rodeos:

—Necesito ayuda. Con una mujer.

Marta levanta una ceja y me mira con diversión.

—¿Tú? ¿Lucas necesita ayuda con una mujer? ¡Venga ya!

—No es cualquier mujer —respondo, cruzándome de brazos.

Marta me mira conteniendo la risa.

De acuerdo, aclaración innecesaria. Soy consciente. Era por darle más dramatismo al asunto.

—Eso ya lo sé —dice con un deje de satisfacción—. Y sé también que si estás pidiendo ayuda, es porque te está sacando de quicio.

Suspiro y me recuesto en el respaldo.

—Pues eso, que no sé qué hacer con ella. Un día parece que sí, al siguiente parece que no. Es como intentar abrazar a un gato arisco: si te confías, te araña.

Marta suelta una carcajada.

—Vega no es un gato, sin embargo, la metáfora es bastante acertada. Aunque, pensándolo bien, los gatos suelen frotarse contra ti cuando quieren algo. Vega, en cambio, es más de lanzarte miradas asesinas desde el otro lado de la habitación.

—Lo sé. Pero luego va y hace algo que me descoloca. Como en la feria. O cuando me sigue el juego en nuestras discusiones. Me está volviendo loco.

Marta me observa con una media sonrisa.

—A ver, Lucas, no conozco mucho a Vega. No obstante, hay cosas que podrían darte la pista.

—¿Cómo cuáles?

—¿Cuántas veces has visto a Vega hacerle eso con alguien? ¿Cuántas veces la has visto discutir con otra persona de la manera que lo hace contigo? Venga, la conoces desde hace mucho. Piensa.

Frunzo el ceño. Vale, ahí me ha pillado.

—Nunca —admito a regañadientes—. Ni siquiera en el instituto. De hecho, me ignoraba como a la mierda en el 99 % de las veces.

—Exacto. Vega no parece ser el tipo de persona que se toma tantas molestias si alguien no le importa. Aunque me temo que también es el tipo de persona que, si se siente vulnerable, levanta muros en lugar de puentes.

—¿Y qué hago con eso? ¿Me compro un ariete medieval para tirar las murallas?

Marta suelta una carcajada.

—Podrías intentarlo, pero yo creo que sería más efectivo que la hiciese sentir segura. Que vea que estar contigo no significa perderse por el camino, sino compartirlo.

—¡Qué intensa, hermanita! —comento jocoso, para evitar que note que me ha dejado boquiabierto.

Me quedo pensativo. Algo dentro de mí me dice que Marta tiene razón. Y que Vega no solo necesita que insista, sino que le demuestre que estar juntos no significa perderse. Aun así, no sé por qué teme eso. Estoy seguro de que hay una parte de la historia que me estoy perdiendo.

Más tarde, intento hablar con mi madre, aunque sin mencionar que es Vega. Lo planteo como una consulta general, como si estuviera filosofando sobre la vida.

—Mamá, ¿tú crees que cuando una mujer dice que no le interesa un hombre, siempre es verdad?

Ella me mira por encima de sus gafas de lectura y deja la revista a un lado.

—Depende. Algunas veces lo dicen porque no les interesa. Otras, porque tienen miedo de que si lo hacen, no sabrán cómo manejar la situación.

Mmm. Interesante.

Esto se acerca peligrosamente a lo que creo que le pasa a Vega.

—¿Y cómo se sabe cuándo es una cosa o la otra?

Mi madre sonríe con esa sabiduría de madre que, a mí al menos, me da bastante miedo.

—Las mujeres no siempre dicen lo que sienten, aunque lo demuestran. ¿Cómo te mira?

Pienso en Vega. En cómo sus ojos se suavizan un segundo, antes de volver a ponerse en modo «no me toques las narices». En cómo sus pupilas se dilatan cuando me acerco demasiado. En cómo su voz se vuelve un poco más baja…

Mierda.

Me mira como si estuviera a punto de saltar, pero sin decidir si quiere saltar hacia mí o lejos de mí.

Mi madre vuelve a su revista, dando la conversación por finalizada. Para ella, lo está.

Yo, en cambio, sigo igual de perdido.

Finalmente, recurro a mi cuñado en una videollamada. A fin de cuentas, él consiguió que Marta dejara de verle como un capricho pasajero y lo tomara en serio. Justo lo que necesito.

—¿Tienes un momento? —le pregunto cuando aparece en la pantalla de mi móvil.

—Claro. ¿Qué pasa?

—Necesito un consejo. Sobre mujeres. —Me apoyo en la mesa y cruzo los brazos—. Hay una que me interesa. Mucho. Y sé, o creo, que le gusto, pero cada vez que intento acercarme, huye.

Él asiente despacio, procesando la información.

—¿Y qué has hecho hasta ahora?

—Insistir. Intentar hacer que se ría. Creo que no presionarla demasiado; tampoco dejar que me ignore.

—Bien. —Me señala con la cuchara de madera que tiene en la mano—. Ahora solo te falta una cosa más.

—¿Qué?

—No le dejes escapatoria.

Frunzo el ceño.

—Eso suena un poco extremo.

Él se ríe y sacude la cabeza.

—No me refiero a que la acorrales en un callejón, idiota. Me refiero a que, si te interesa de verdad, no la presiones ni le dejes opción de huir. Que sea ella quien decida si se rinde o no.

Hago una mueca.

—Vale. ¿Cómo lo hago eso sin parecer un pesado?

—Esa es la clave —dice él—. Tienes que estar ahí, sin invadir su espacio y, a la vez, sin desaparecer. Como una notificación molesta que no puede ignorar.

—¿Quieres que me convierta en un maldito correo sin leer?

—Básicamente. Pero uno que ella realmente quiera abrir y que no termine en la papelera.

Resoplo.

Tengo que admitir que el cabrón tiene razón.

Me rasco la barbilla y miro la pantalla.

—¿Y si al final decide que no quiere abrirlo?

Dani se encoge de hombros.

—Al menos, lo habrás intentado. Pero algo me dice que Vega no es de las que eliminan correos sin leerlos antes.

¿Vega? ¿Cómo sabe…?

Marta se ha ido de la lengua… ¡Menuda cotilla está hecha!

Sonrío de lado.

Puede que tenga razón. Puede que esta vez, por primera vez, tenga algo parecido a un plan. Aunque, conociendo a Vega, seguro que también tiene el suyo propio para esquivarme.

Habrá que ver quién gana esta partida.

Me quedo pensando en eso. Siento, o creo sentir, que tengo un poco de claridad con respecto al asunto: Vega puede seguir resistiéndose todo lo que quiera, pero yo no voy a rendirme.

Ahora solo me falta encontrar la forma de hacer que baje la guardia… y tiene que ser algo que la descoloque por completo.

«Piensa, Lucas, piensa».

25

¿Brócoli a la vista?
Vega

Me repito a mí misma que estoy demasiado ocupada para pensar en Lucas. La boda de Marta es en dos días y aún quedan detalles por cerrar. Tengo que revisar la decoración, confirmar el horario con el catering, coordinar a los fotógrafos y asegurarme de que todo salga perfecto. No tengo tiempo para distracciones. Y Lucas... Lucas es la peor distracción de todas.

Desde la feria, no para de insistir para que nos veamos. Mensajes, llamadas, incluso notas a través de Marta. Y yo, con menos sutileza que una piedra, he estado esquivándolo. No porque no quiera verlo, sino porque cada vez que estamos juntos, siento que se me desmorona el suelo bajo los pies.

Y no puedo permitirme eso.

No ahora.

—¿Podrías dejar de mirar el móvil como si fuera una bomba a punto de explotar? —pregunta Marta, removiendo la infusión relajante que está tomando para calmar los nervios normales en cualquier novia a días del gran día.

Parpadeo y dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa.

—No lo estoy mirando así.

—Claro que sí. Y si me permites adivinar, diría que es por Lucas.

Resoplo y continúo revisando la lista de confirmaciones. Esto de que sean hermanos es una verdadera condena. Cuando no es él, es ella.

—No todo gira en torno a él.

—No, tan solo el ochenta por ciento de tu estrés actual. —Marta teclea algo en su móvil casi sin mirar y luego me encara—. ¿Por qué lo esquivas?

Antes de que pueda responder, mi móvil vibra. Lo ignoro.

Marta, en cambio, se inclina y lo coge antes de que pueda detenerla.

Pero ¿esta qué hace?

¿Qué clase de confianza es esta?

El teléfono de una persona es personal e intransferible. Ya veo que Lucas y y ella tienen algo más en común que el color de los ojos: les encanta tocarme las narices.

—En el colegio no te enseñaron el significado de la palabra privacidad, ¿verdad? —digo casi sin pensar.

—Oh, venga ya, pero si las dos sabemos que Lucas me lo va a contar. —Se calla—. «Vega, si sigues evitando mis mensajes, voy a empezar a enviar señales de humo. Y no me hago responsable de si, accidentalmente, provoco un incendio en el proceso». —Lee en voz alta, ya que no estaba bloqueado, y suelta una carcajada—. Dios, qué dramático es.

Le arrebato el teléfono y lo bloqueo. Se acabó el cotilleo del día.

—Está exagerando.

—No, tú estás exagerando al evitarlo. ¿Vas a decirme por qué?

Aprieto los labios. No puedo contarle que cada vez que Lucas se acerca, siento que mi mundo se descoloca más que una partida de Tetris, porque no, nunca fui buena en ese juego de encajar. Tampoco puedo admitir que el casi beso en la feria me dejó más afectada de lo que quiero reconocer.

Marta suspira y se recuesta en la silla.

—Mira, Vega, sé que mi hermano puede ser insistente, o pesado, cuando quiere, pero si de verdad no quisieses nada con él, ya se lo habrías dicho alto y claro. En cambio, lo esquivas. Eso es peor. Lo tienes en una especie de limbo donde no sabe si rendirse o seguir intentándolo.

Me paso una mano por la cara. No tengo respuesta.

El móvil vibra otra vez.

—«Voy a asumir que, por tu silencio, estás secuestrada. Si necesitas ayuda, mándame un emoji de brócoli. Si no contestas, iré a buscarte. Recuerda: conozco la dirección del salón de bodas, soy el padrino». —Marta vuelve a leer y a reír. Luego me mira con una ceja alzada—. ¿Ves? Desesperado.

—No le voy a mandar un brócoli.

—¿Y qué le vas a mandar?

—¿Una orden de alejamiento?

Marta suspira y apoya los codos sobre la mesa.

—Mira, Vega, no somos amigas, lo sé, aunque no me importaría. Pero ¿sabes qué? En dos días voy a casarme con el hombre al que quiero. Y, la verdad, acojona un poco. No porque dude, sino porque es un gran paso. Pero si algo he aprendido en todo esto es que hay cosas por las que merece la pena arriesgarse. Y si tú sientes algo por Lucas y no haces nada al respecto, puede que te arrepientas.

Mi estómago se retuerce. No quiero arrepentirme. Aunque tampoco quiero perder el control de mi vida.

El móvil vibra de nuevo. Esta vez, lo tomo y desbloqueo la pantalla. Un nuevo mensaje de Lucas:

—«Brócoli o no brócoli, voy a encontrarte. Y como me hagas ir hasta ahí, voy a hacer una escena de las mías. Sabes de lo que soy capaz», y añade un emoji guiñándote un ojo. — Marta vuelve a leer mi teléfono ¿Acaso sabe la clave para desbloquearlo?—. No me digas que no tengo un hermano adorable. Y, según dicen las malas lenguas, besa de maravilla. Solo... por si te interesa.

—No, no me interesa, gracias.

Cierro los ojos y exhalo despacio. Marta me observa con una sonrisa torcida.

—Vas a tener que enfrentarlo tarde o temprano.

—Lo sé.

—Lucas no es de los que se rinden fácilmente.

Suspiro y empiezo a escribir una respuesta.

—Vale. Pero si aparece aquí con pancartas o alguna locura, será culpa tuya.

26

Se acabó el escondite
Lucas

Estoy harto de jugar al escondite. Vega lleva días evitándome y cuando no tiene más remedio que responderme, lo hace con evasivas. Hoy íbamos a vernos. Me dijo que sí. Que hablaríamos. Y aquí estoy, en una mesa de la cafetería, con un café frío y la sensación de que soy el imbécil del día.

Miro el móvil.

Cuarenta minutos tarde.

Sin un mensaje.

Sin una excusa barata.

Nada.

Le escribo algo ligero, con la esperanza de que aún pueda aparecer:

Lucas: No me digas que te han secuestrado las damas de honor. ¿Te han obligado a elegir servilletas de nuevo?

Silencio.

Pruebo otra vez:

Lucas: Oye, que yo también tengo cosas que hacer, ¿eh? Bueno, no, en realidad no, pero podrías avisar si vas a hacerme perder el tiempo.

Nada.

Resoplo y dejo el móvil sobre la mesa, pero no soy capaz de soltarlo del todo. Me debato entre llamarla o dar por cerrada esta mierda de una vez por todas. No. No voy a dejar que se salga con la suya tan fácil. Así que marco su número y me lo llevo a la oreja.

Un tono.

Otro tono.

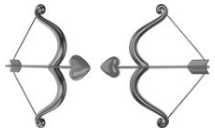
Y, como no podía ser de otra manera, salta el buzón de voz.

—Genial —murmuro, soltando el móvil en la mesa.

La camarera me mira con compasión, como si fuera un cachorro abandonado en mitad de la lluvia. Me levanto, dejo unas monedas y salgo de allí.

Si Vega cree que puede deshacerse de mí sin más, lo lleva claro.

Sé perfectamente dónde está.



El sitio de la boda es una finca enorme a las afueras. Cuando llego, ya está casi todo montado: las luces colgadas en la zona del banquete, las mesas vestidas, los arreglos florales en su sitio. Y, por supuesto, ahí está Vega, dándole órdenes a un par de trabajadores mientras revisa una lista en su tablet. Impecable, eficiente, en su burbuja perfecta de trabajo.

Aparco y cruzo la explanada hasta ella. No me ve llegar hasta que estoy demasiado cerca. Mejor, así no puede ignorarme.

—Vaya, qué casualidad encontrarte aquí —digo con fingida sorpresa.

Vega levanta la vista de su tablet y su rostro se tensa. Un segundo después, ya tiene puesta su máscara de indiferencia.

¡Cómo me molesta esa expresión!

—Lucas —responde, como si me esperase—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a la persona que me ha dado plantón —contesto sin rodeos—. ¿O pensabas que lo iba a dejar pasar?

Ella suspira y baja la tablet, cruzándose de brazos.

—Lo siento, he estado ocupada.

—Sí, ya veo que organizar servilletas es más importante que cumplir tu palabra.

Vega me fulmina con la mirada.

—No tengo tiempo para esto ahora.

—Pues vas a tener que hacer tiempo —exijo, cruzando los brazos también. Menuda estampa debemos dar—. Porque no pienso dejarlo correr. Me has estado esquivando toda la semana y cuando por fin accedes a verme, desapareces. Ya está bien, Vega. No somos críos.

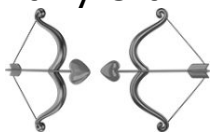
—Lucas…

—No. Nada de excusas. Ven conmigo.

Extiendo la mano y, por un instante, veo la duda en su rostro. La vacilación. Sin embargo, luego, con un suspiro exasperado y exagerado, se da por vencida.

—Cinco minutos —murmura.

Me basta. Empiezo a caminar y ella me sigue.



Salimos fuera del recinto, alejándonos del bullicio de los preparativos. Caminamos en silencio hasta una zona más despejada. Me apoyo en una de las farolas y la miro.

—Ahora sí —suelto—. Dime la verdad.

Vega frunce el ceño.

—¿La verdad sobre qué?

—Sobre por qué demonios huyes cada vez que nos acercamos. Sobre por qué me ignoras cuando sabes que esto no es una tontería.

Suelta un bufido y sacude la cabeza.

—Lucas, no va a funcionar.

—¿Por qué? —Doy un paso hacia ella—. Yo creo que sí.

—Porque no soy la persona ideal para esto. No sé cómo serlo. No quiero que termine mal. —Su voz se quiebra un poco, pero se recupera al instante—. Prefiero no empezar algo que sabemos que no tiene futuro.

—¿Y quién ha decidido que no tiene futuro? ¿Tú sola?

Ella me mira con frustración.

—Sé cómo acaban estas cosas, Lucas. Lo he visto mil veces. Lo he vivido. Al final, uno se cansa, el otro sufre y todo se va a la mierda.

—No somos todos como... No sé, como quien sea a quien te estés refiriendo, Vega.

Ella parpadea, sorprendida.

—No te estoy comparando con nadie.

—Sí, sí lo estás —replico—. Y lo entiendo. Pero te equivocas si piensas que todas las historias acaban igual.

Se queda en silencio y yo aprovecho para acercarme un poco.

—Dime que no sientes nada —la reto—. Dímelo, y te juro que me voy ahora mismo.

Vega aprieta los labios. No lo dice. Porque no puede. Y eso lo cambia todo.

—No es tan fácil —susurra.

—No, no lo es. Pero vale la pena.

Nos miramos. Por un instante, pienso que va a ceder. Que va a dar ese paso. Entonces, da un paso atrás. Se aleja.

—No puedo, Lucas.

—Eres una cobarde, Vega.

Y después de eso, se da la vuelta y se va.

Me quedo ahí, plantado y con las ganas de tenerla por una vez al menos entre mis brazos, sintiendo que hoy he estado más cerca que nunca de romper su muro.

Aun así, no lo suficiente.

27

Resaca emocional
Vega

El día de la boda de Marta comienza con un cielo despejado y una brisa ligera que mueve las cortinas blancas del salón donde se ultiman los detalles. Todo está prácticamente listo, salvo por algunos retoques de última hora.

Estoy aquí desde temprano, revisando cada detalle para asegurarme de que nada falle. No porque tenga dudas sobre mi trabajo, sino porque necesito mantenerme ocupada. Tener la mente lejos de la *discusión* con Lucas de anoche.

Pero es imposible.

Cada vez que intento centrarme en el montaje de las mesas o en la disposición de las flores, su voz regresa a mi cabeza. Las palabras exactas, la manera en que me miró, como si de verdad creyera que yo estaba huyendo. Y lo peor de todo es que, cuanto más lo pienso, más miedo me da de que tenga razón.

Respiro hondo y sacudo la cabeza. No es el momento de pensar en eso. Hoy es el día de Marta y, aunque ella no está aquí ahora porque se está preparando (obvio, es la novia), todo tiene que salir perfecto. No tengo tiempo para divagar.

Camino por la zona del banquete, anotando mentalmente los últimos detalles. La iluminación está colocada, las sillas bien alineadas, el catering confirmando la entrega de los aperitivos. Todo parece estar bajo control, hasta que me detengo frente a la mesa donde deberían estar los recuerdos que los novios entregarán a los invitados.

No están.

Frunzo el ceño y reviso mi móvil, buscando la confirmación de entrega. Nada. Un ligero cosquilleo de incomodidad me recorre la espalda cuando recuerdo algo: Lucas le aseguró a Marta que él los traería.

¿Dónde está?

Frunzo el ceño y consulto mi reloj. A estas alturas, debería haber llegado ya. Tal vez no sea la persona más puntual del mundo, aun así, siempre cumple cuando se compromete a algo. Al menos, hasta ahora lo ha hecho.

Miro a mi alrededor, esperando verlo aparecer en cualquier momento, con su media sonrisa de suficiencia y alguna excusa improvisada. Pero no hay ni rastro de él. Pregunto a algunos trabajadores y todos coinciden en lo mismo: no lo han visto en toda la mañana.

Un escalofrío me recorre. Intento convencerme de que solo se habrá retrasado. Quizá ha tenido más tráfico del esperado y por eso no ha llegado aún.

Trago saliva y marco su número. Una vez. Dos veces. Nada. Salta el buzón de voz. Me digo que no pasa nada, que tal vez solo está ocupado, pero no puedo evitar que mi estómago se encoja un poco.

Algo no está bien. Lo noto.

Muevo los dedos sobre la pantalla, dudando, antes de escribirle un mensaje:

Vega: Lucas, ¿dónde estás? ¿Ha pasado algo con los regalos?

Envío el mensaje y espero. No hay respuesta. Aprieto los labios, sintiendo una impaciencia que rara vez me permito. Algo en mi interior me grita que no puedo dejarlo así. Que no quiero dejarlo así. Me convenzo de que es por los regalos, pero, en el fondo, sé que no es así.

28

El padrino contra el destino
Lucas

La mañana de la boda de Marta empieza con una sensación extraña en el estómago, y no es precisamente por la emoción del gran día. Sigue dándome vueltas la discusión con Vega. La jodida conversación no deja de repetirse en mi cabeza en bucle, como una de esas canciones pegajosas que odias pero que no puedes dejar de tararear.

«Eres una cobarde, Vega», le solté anoche, y aunque en ese momento lo creía con firmeza, ahora no sé si fui demasiado lejos.

Sin embargo, no tengo tiempo para seguir dándole vueltas, me digo. Hoy es el día de Marta y tengo una misión: recoger los regalos para los invitados y llevarlos al sitio de la boda. Fácil, rápido y sin complicaciones.

¡Ja!

Ingenuo de mí.

Llego al almacén del proveedor con la esperanza de que el trámite sea exprés, pero, claro, eso sería demasiado pedir. En cuanto entro, un tipo con chaleco reflectante y cara de resaca me mira con confusión cuando le doy el número del pedido.

—¿Lucas Gascón? —murmura revisando en la tablet, con la velocidad de un perezoso tomando tranquilizantes—. Mmm… no veo nada preparado con ese nombre.

—Mira bien —insisto, tratando de no perder la paciencia—. Son varias cajas con los regalos de los invitados para la boda de Marta Gascón. La novia. ¿Te suena? Mujer vestida de blanco, evento importante, lágrimas de felicidad, gente borracha al final de la noche…

El tipo parpadea, sin rastro de diversión en su cara. Me mira y hace que dude de si le he pedido que haga su trabajo o que realice una ecuación cuántica que libre al mundo del Apocalipsis.

—Déjame preguntar dentro, en el otro almacén —dice, sin mucho entusiasmo.

Y desaparece.

Los minutos pasan. Intento calmarme, pero cada segundo que pasa me imagino a Marta entrando en pánico cuando se dé cuenta de que los regalos no están. Me recuesto contra unas cajas y tamborileo los dedos sobre la superficie.

Cinco minutos.

Diez.

Quince.

—A ver, tío, ¿me has abandonado aquí o qué? —le espeto al primer trabajador que pasa.

No es el mismo tipo de antes, aunque me importa una mierda.

Después de una serie de preguntas, idas y venidas, y de que, al menos, tres empleados distintos «busquen en el sistema», la respuesta final es un maravilloso y desesperante: «Parece que hubo un error y el pedido está en otro almacén».

Perfecto. Justo lo que necesitaba.

—Genial —resoplo, masajeándome el puente de la nariz—. ¿Y en qué almacén está?

Me lo dicen y, por supuesto, no está precisamente cerca. Fantástico. Salgo de ahí maldiciendo a cada santo en el calendario y conduzco como alma que lleva el diablo hasta el dichoso almacén.

Cuando llego, descubro que las cajas estaban «mal etiquetadas» y que, para más cojones, alguien intentó enviarlas de vuelta al proveedor. No sé si reírme o empezar a lanzar cosas por los aires. Al final, después de media hora de papeleo absurdo y un despliegue de mi mejor (o peor) versión de «cliente cabreado», consigo que me entreguen el puto pedido.

Cargo las cajas en el coche y miro la hora. Se me ha ido el tiempo de las manos. Si voy hasta el sitio de la boda ahora, no voy a llegar para estar con Marta antes de que camine hacia el altar. Y, por mucho que los recuerdos sean importantes, mi hermana es lo primero.

Tomo la única decisión lógica: llamar a Hugo.

—Tío, necesito un favor.

—No, no pienso ayudarte a enterrar un cadáver.

—No es un cadáver, imbécil, son los regalos de boda. ¿Puedes recogerlos y llevarlos al restaurante? Se me ha liado la cosa y tengo que ir con Marta.

Hugo suspira al otro lado del teléfono y, luego, acepta. Le doy las indicaciones y cuando cuelgo, por fin siento que puedo respirar. Arranco el coche y me dirijo directo a donde está la radiante novia.

Durante el trayecto es inevitable que mi cabeza vuelva a Vega. A su cara anoche, a la manera en que me miró cuando le dije que estaba huyendo. Y ahora me pregunto… ¿y si tiene razón? ¿Y si tan solo no quiere estar conmigo y punto? No sé si tengo fuerzas para seguir intentando abrir una puerta que ella insiste en mantener cerrada.

Cuando llego al hotel donde Marta se está preparando, suelto un suspiro de alivio al verla todavía en bata de novia, con el maquillaje a medio hacer y una copa de champán en la mano.

—Menos mal, pensaba que no llegabas —dice al verme, con una sonrisa.

—Tranquila, hermanita. ¿De verdad crees que me perdería la oportunidad de verte hecha un flan antes de casarte?

Marta me lanza una mirada asesina, pero se ríe. Me acerco y le doy un beso en la frente. Por muy cabrón que pueda ser con los demás, ella siempre será la persona más importante para mí.

—¿Va todo bien? —pregunta, mirándome de reojo—. No pareces… tú mismo.

—Sí, sí —respondo rápido. No es el momento de hablar de Vega —. He tenido una mañana de mierda, pero no te preocupes, ya está todo solucionado.

Marta no parece muy convencida, aun así, me deja en paz. Habla de la boda, de lo emocionada que está, de lo mucho que quiere ver a Dani en el altar. Yo la escucho y asimilo sus palabras, aunque en mi cabeza hay otro pensamiento rondando sin descanso.

Cuando saco el móvil para ver la hora, noto algo más: un mensaje de Vega.

Vega: Lucas, ¿dónde estás? ¿Ha pasado algo con los regalos?

Frunzo el ceño. No esperaba esto. ¿Por qué me está escribiendo ahora? ¿De verdad está preocupada? ¿O solo quiere asegurarse de que no la he cagado con el encargo?

No sé qué pensar. Pero lo que sí sé es que, por mucho que quiera hacerme el duro, mi primer instinto no es ignorarla. Es responder.

Y eso, me guste o no, significa algo.

29

Tatatachán… que llega el padrino. Digo… la novia
Vega

El sol brilla alto cuando los primeros invitados comienzan a llegar. La finca luce perfecta, parece salida de una revista de bodas. Las flores blancas y lilas se entrelazan en arcos decorativos, las mesas están impecables y dispuestas, y la música suena a un volumen justo para crear ambiente sin ser invasiva.

Todo está saliendo según lo previsto. O casi.

El lote de aperitivos que se suponía se debía servir antes del banquete ha llegado en mal estado. Ha sido el único problema en toda la organización, lo suficiente para desatar el caos en la cocina. Cuando me han avisado, el chef estaba con las manos en la cabeza y los camareros murmuraban entre ellos sin saber qué hacer.

—¡Esto es un desastre! —exclama uno de ellos—. No hay tiempo para traer otra tanda.

—¿Se puede salvar algo? —pregunto al chef, que sacude la cabeza con resignación.

—Nada. Todo ha venido en mal estado. Pero podemos improvisar con lo que tenemos. Tal vez un cambio en la presentación y nadie lo notará.

Pienso rápido. No podemos permitirnos servir algo que no esté a la altura. Reviso los ingredientes que tenemos disponibles y, con un gesto, llamo a los ayudantes.

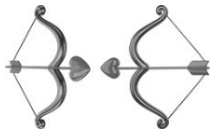
—Necesito que preparéis bandejas con lo que tengamos fresco. Minibrochetas, canapés, lo que sea. Algo vistoso y bien presentado. Rápido. Seguid sus instrucciones —añado, señalando al chef que ya está manos a la obra.

El equipo se pone en marcha y, en cuestión de minutos, la locura empieza a calmarse. Es un reto de última hora, pero no pienso dejar

que nada empañe el día de Marta.

Asiento y dejo que el equipo haga su trabajo. Me mantengo firme, aunque por dentro siento un temblor y soy consciente de que nada tiene que ver con la comida. Mi mente está en otra parte. Mejor dicho, en otra persona.

Lucas.



La ceremonia empieza y consigo centrarme en mi trabajo. Marta está preciosa, radiante. El vestido, la decoración, la música… todo encaja a la perfección. Incluso yo, que he estado en decenas de bodas, no puedo evitar emocionarme un poco. Porque esta no es una boda más. Esta es la culminación de un mes intenso de trabajo y también de algo que ha cambiado en mí.

Desde mi posición, intento no mirar demasiado en dirección a los novios, aun así, en algún que otro momento mis ojos se desvían, y ahí está Lucas. Se mantiene firme junto a Marta, con la seriedad de quien sabe que las payasadas están fuera un día como hoy. En un instante, nuestras miradas se cruzan. Es tan solo un segundo, lo justo para que el aire me falte.

Desvío la mirada con rapidez. Como si así consiguiese que desapareciera.

Cuando la ceremonia termina y los novios se besan, todos estallan en aplausos. Yo también aplaudo, sonriendo; mi corazón late con fuerza por un motivo muy distinto. Porque sé que, tarde o temprano, tendré que enfrentarme a Lucas.

El banquete comienza y la finca se llena de risas y conversaciones animadas. Me muevo de un lado a otro, supervisando que todo fluya sin problemas. Y al mismo tiempo, sin querer, busco a Lucas con la mirada.

En un momento dado, mientras le indico a un camarero que ajuste la distribución de unos platos, noto una presencia a mi lado. Y sin necesidad de girarme, sé que es él.

—Todo se ve increíble —dice con voz tranquila. De repente siento que todo ha sido un sueño, que anoche no discutimos ni dicho o

hecho cosas de las que debería de retractarme.

—Gracias —respondo sin mirarlo.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Podría aprovechar para hablar. Para aclarar lo que pasó. Sin embargo, no tengo claro qué decir. Y, además, miedo de lo que pueda responder.

Él tampoco insiste. Solo se queda ahí, un segundo más, antes de alejarse con la misma facilidad con la que llegó. Me quedo quieta, viendo cómo se mezcla entre los invitados, sin saber si me siento aliviada o decepcionada.

Porque ahora soy consciente de que no quiero que Lucas se aleje y, tal vez, sea demasiado tarde para eso.

30

El discurso
Lucas

No soy un gran amante de las bodas. Es más, si me hubieran preguntado hace un mes si me veía disfrutando en una, habría dicho que ni de broma. Pero aquí estoy, copa en mano, rodeado de gente que ríe y baila, y sorprendentemente, no estoy buscando una excusa para largarme.

Marta está radiante y su marido la mira como si fuera la única persona en la sala. Hacen una pareja espectacular, aunque yo siempre les diga lo contrario.

Entre brindis y platos exquisitos, mi mirada se desvía, como llevada por un reflejo inconsciente, hasta dar con Vega. Se mueve entre las mesas, asegurándose de que todo salga perfecto. Y lo está. Ella lo ha hecho posible.

Tomo un sorbo de vino, con la certeza de que no puedo dejar las cosas como están. No después de la conversación de anoche. No después de todo lo que se ha dicho y lo que, estoy más que seguro, de que se ha callado.

Entonces, sin pensarlo demasiado, me levanto.

El micrófono está preparado para los brindis. Se supone que el padre o el amigo del novio debe dar un discurso. Pero antes de que eso ocurra... a mí se me pasa por la cabeza la solución que tanto buscaba y no hallaba. Marta me mira con una mezcla de sorpresa y diversión cuando me acerco al escenario improvisado. No digo nada, solo le guiño un ojo antes de girarme hacia los invitados.

—Bueno —empiezo, aclarándome la garganta—, en teoría este no es mi momento para hablar, aunque… ¿desde cuándo sigo las normas?

Algunas risas se esparcen entre los asistentes. Marta niega con la cabeza, divertida, y eso me da confianza para continuar.

—Quería decir unas palabras a mi hermana y a su ahora flamante marido. Los que me conocen saben que no soy el tipo de persona que suelta discursos emotivos, pero… ¡qué demonios!, es su boda, así que lo intentaré.

Algunas personas chocan sus copas con gestos alentadores. Noto la mirada de Vega desde su sitio. No la busco directamente, pero sé que está observándome.

—Siempre he creído que el amor es complicado. Que hay que ser valiente para arriesgarse, para apostar por alguien cuando no tienes garantías de que va a salir bien. —Hago una pausa, dejando que mis palabras calen—. Y puede que haya sido el primero en huir cuando las cosas se ponían difíciles. Porque, seamos honestos, es más fácil correr que quedarse a enfrentar lo que sientes.

Hay un murmullo suave en la sala, algún asentimiento.

Continúo sin prisas, dejando que cada palabra se acomode y le llegue a quien le tiene que llegar.

—Pero si algo me ha enseñado esta boda es que lo que realmente merece la pena en la vida nunca viene con garantías. Que el amor da miedo, sí, y que, a veces, hay que saltar sin pensar en el aterrizaje. Porque cuando encuentras a alguien que te hace querer correr riesgos, lo peor que puedes hacer es quedarte plantado, observándolo todo desde la distancia.

Silencio.

Miro a Marta y a su marido, que sonríen con emoción. No obstante, hay alguien más a quien van dirigidas estas palabras.

No tengo que mirarla para notar la forma en la que se tambalea un poco con cada palabra. Vega sabe que esto no es solo un discurso para los recién casados. Es para ella. Para nosotros. Y ambos lo sabemos. Nada más importa.

Tomo aire y levanto mi copa.

—Por Marta y Dani. Por arriesgarse, por encontrar en el otro una razón para quedarse y no huir. —Sonrío, y esta vez no puedo evitar buscarla con la mirada—. Y por todos los que, en algún momento, se atrevan a hacer lo mismo.

El salón estalla en aplausos y brindis. Marta se levanta y me abraza con fuerza, muy emocionada.

—Ese discurso ha sido increíble, Lucas —susurra contra mi oído antes de separarse y darme un leve codazo—. Y muy obvio. No conocía yo esta faceta tuya de romanticón. Me has sorprendido.

Me hago el tonto, encogiéndome de hombros. Ella ya está guiñándome un ojo antes de volver con su marido. Es su noche y yo no voy a robarle más protagonismo.

Mi mirada se desliza, inevitablemente, hacia Vega.

No sé qué espero ver en su expresión.

Confusión.

Resistencia.

Miedo.

Lo que encuentro es algo distinto. Algo que me hace pensar que, tal vez, he conseguido dejarla sin escapatoria.

31

Sí, quiero
Vega

No suelo ser de las que se quedan de brazos cruzados esperando milagros. Si quiero algo, voy a por ello. O, al menos, esa es la teoría. En la práctica, llevo toda la boda intentando reunir el valor para acercarme a Lucas después de su discurso y decirle, con todas las letras, lo que siento. Que estoy harta de pelearme por idioteces sin sentido con él, de buscar excusas para evitar lo evidente. Que, en definitiva, sí lo quiero.

Aunque, claro, pensarlo es fácil. Decirlo ya es otro tema.

Lo veo charlando con algunos invitados, copa en mano, relajado como si no hubiera soltado el discurso más significativo de su vida delante de todo el mundo. Como si no hubiera lanzado indirectas con nombre y apellidos. Como si yo no estuviera aquí, a unos metros, intentando no hiperventilar.

Mi mirada se cruza con la suya en varias ocasiones. No es casualidad, ninguno de los dos es sutil. Cuando se encuentran, él sonríe, un gesto ladeado y confiado. Yo, en cambio, desvío la vista al instante. Sin embargo, no dura mucho. Lo busco otra vez y ahí está, con la misma media sonrisa de siempre, con ese aire de suficiencia que me pone de los nervios y, al mismo tiempo, me encanta.

Me humedezco los labios en un gesto reflejo. Él alza una ceja.

Maldita sea. Me está provocando, lo sé.

Y lo peor es que funciona.

Entonces, Marta se acerca y me da un codazo disimulado.

—Deja de mirarlo como una adolescente enamorada y haz algo.

Le lanzo una mirada asesina.

—No lo estoy mirando así.

—Vega, dime que ese champán era para brindar y no para ahogar tus penas. Porque lo has vaciado de un trago en cuanto ha terminado el discurso.

Pongo los ojos en blanco, pero Marta no se deja engañar. Me dedica una mirada inquisitiva mientras cruza los brazos, esperando… No sé qué espera, la verdad.

—No empieces, hoy es tu día —desvío el tema.

—Pues por eso tengo vía libre para meterme donde no me llaman. Además, si mi padrino de boda ha estado más pendiente de ti que de mí durante su discurso, puedo decir lo que me dé la gana.

Resoplo.

Marta tiene razón. Lo sé.

Pero es que...

—Marta, y si...

—No. Sin «y sis». Ve. Ahora.

No me deja opción. Literalmente, me empuja hacia él antes de desaparecer entre los invitados.

Lucas me ve llegar y alza una ceja, no sé si le sorprende o no mi presencia.

—Vaya, ¿me vas a dar la enhorabuena por mi brillante discurso? —bromea, poniendo esa sonrisa suya de medio lado que, a mi modo de ver, debería estar prohibida.

—Lucas...

Me mira en silencio, esperando. Y yo, que suelo tener una respuesta para todo, me encuentro sin palabras.

Solo hay una forma de salir de esto.

Directa y sin rodeos.

—Te quiero.

Lucas alza una ceja, su sigue presente, aunque hay algo en su mirada que cambia. ¿Un destello de sorpresa, quizás? ¿O de satisfacción?

Se toma su tiempo en reaccionar.

Demasiado para mi gusto. La incertidumbre hace que me remueva incómoda.

—¿Eso es una confesión o un reto? —pregunta después de lo que me parece una eternidad, con esa maldita expresión socarrona que me desespera y me encanta a partes iguales.

Suelto un suspiro, cruzándome de brazos.

—No tiene gracia, Lucas.

—Yo creo que sí la tiene. —Se inclina un poco hacia mí, bajando la voz hasta que es un murmullo íntimo—. Porque, mira tú qué cosas, resulta que yo también te quiero. Pero no esperaba que fueras tú quien lo dijera primero. Me has robado la oportunidad de lucirme con una gran declaración.

Me río entre dientes y niego con la cabeza.

—Siempre tienes que dramatizarlo todo.

—Lo nuestro merece un poco de espectáculo, ¿no crees?

—Supongo que sí.

Lucas sonríe y en lugar de besarme, como toda película romántica mandaría, se echa hacia atrás con teatralidad.

—Claro, ahora tengo que hacerme el interesante. No vaya a ser que te lo ponga demasiado fácil todo.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—No tiene gracia, Lucas.

—Te repites más que el ajo, ¿lo sabías?

Me entran ganas de darme media vuelta y seguir con lo que debería estar haciendo, es decir, supervisando que lo que resta de velada salga igual de bien que todo lo demás. Sin embargo, no me voy. Mis pies están anclados al suelo. De todos modos, Lucas me agarra del brazo, impidiendo así que me dé media vuelta en caso de que cambie de idea.

—Ni te imaginas lo que disfruto haciéndote rabiar. No pienses que voy a dejar de hacerlo ahora.

Le doy un empujón en el brazo. Sonrío pese a ello. No puedo dejar de hacerlo.

—¿Piensas besarme en algún momento o también voy a tener que quitarte ese momento?

Se ríe mientras se aleja un poco; no demasiado. Me mantiene atrapada en su órbita, con esa mirada que me dice mucho más de lo que cree. Luego, con una lentitud que roza la tortura, acorta la distancia otra vez, inclinándose lo justo para que su aliento me roce.

—Nos vemos luego, Vega —murmura. Su voz suena ronca, segura y cargada de promesas—. Y esta vez, no te pienses que voy a dejarte escapar.

Se gira para irse y justo cuando doy por hecho que se marchará sin más, dejándome con las ganas locas de probarlo, vuelve sobre sus pasos de un solo movimiento. Sin darme tiempo a reaccionar, me toma por la cintura y me besa. Es un beso que deja claro que todo lo que ha dicho es cierto, que todo lo que hemos reprimido durante tanto tiempo ha llegado a su punto de ebullición. Es un beso de película y sí, Marta decía la verdad: Lucas besa de maravilla.

Oh, my god!

Cuando se separa, me dedica una de sus sonrisas arrogantes y yo, todavía con la respiración entrecortada y las piernas temblando, solo alcanzo a escuchar la voz de Marta a lo lejos:

—¡Ya era hora!

Lucas me deja allí, con el corazón a mil, con ganas de matarlo y volver a besarlo a partes iguales. Y con la absoluta certeza de que nunca vamos a ser una historia sencilla, porque perderíamos nuestra esencia.

31

Un final y un comienzo
Lucas

La boda ha terminado. Las luces empiezan a apagarse, las mesas se limpian y el personal recoge los restos de la gran celebración. Sin embargo, hay una persona que sigue en plena acción como si aún estuviéramos en mitad del evento: Vega. Mi novia. ¿Ya puedo decir que lo es?

¡Ostras! Qué raro suena eso.

Mi novia.

Nunca pensé que diría esa palabra refiriéndome a ella.

La busco entre el ir y venir de los camareros y la encuentro en un rincón del salón, dándole indicaciones a uno de los chicos, con el ceño fruncido y esa expresión de «todo tiene que salir perfecto». Es curioso, porque, creo que ya lo he dicho...: la boda ya ha terminado. No hay más invitados a los que impresionar, ni más contratiempos que solucionar. Y, aun así, ahí está, con la misma intensidad que si la fiesta siguiera en pleno apogeo.

Me acerco con paso tranquilo, disfrutando del momento, porque sé que en cuanto abra la boca voy a ganarme una mirada de advertencia. Oye, que no me quejo, ¿eh?, me encantan.

Me apoyo en la mesa más cercana y cruzo los brazos, contemplándola con diversión.

—Así que ahora eres mi novia. —Lo suelto como quien comenta el tiempo, pero con la satisfacción de quien ha ganado el partido.

Vega apenas se inmuta. Solo me dedica un fugaz vistazo antes de volver a concentrarse en lo que estaba haciendo.

—¿Tienes idea de cuántas cosas quedan por recoger? —responde con un tono profesional.

—¿Tienes idea de que, oficialmente, has caído en mis redes? ¿Cómo se siente? —insisto, con una sonrisa ladina.

Esta vez sí que se detiene. Suspira y se cruza de brazos, mirándome con exasperación y diversión a la vez, una combinación extraña a la que ya empiezo a acostumbrarme.

—Lucas, estoy ocupada.

—Claro, claro. Estás ocupada porque la boda ha terminado, todo ha salido perfecto, los novios ya se han ido, los invitados también… y tú sigues modo ON. ¿Puedo recordarte que ya no tienes nada más que hacer?

—Lucas, sí, todo se ha acabado, pero yo sigo. Estoy agotada, el día ha sido muy largo y... no tengo tiempo para tonterías.

—Ah, pero es que mis tonterías ahora son problema tuyo. Por lo de que soy tu novio y eso, ya sabes…

—Voy a arrepentirme de esto, ¿verdad?

—Cada día —le aseguro, ampliando mi sonrisa.

Ella pone los ojos en blanco, aunque sé que, en el fondo, le divierte. A fin de cuentas, si algo tenemos en común es que los dos disfrutamos demasiado de nuestros piques absurdos.

—¿Has venido solo a molestarme o había algún motivo real detrás?

Me encojo de hombros.

—Solo quería recordarte que la boda ha terminado y que, técnicamente, deberías estar celebrando que todo ha sido un espectáculo, sobre todo, el discurso del padrino. Ha sido la hostia. —Consigo que se ría—. Así me gusta, relájate un poco.

—No sé si te has dado cuenta, pero no soy muy buena en eso de relajarme.

—Sí, ya me he dado cuenta, por eso estoy aquí, para asegurarme de que hagas un esfuerzo. Además, se me dan bien los masajes—le digo, acompañado de un subibaja de cejas, que, por supuesto, no me queda como en las películas. Uno hace lo que puede.

—Lucas…

—Nada de peros. Vamos.

Le tomo la mano y tiro de ella suave, sin darle opción a discutir. Me sigue con una resignación más que evidente, aunque sin oponer demasiada resistencia. Avanzamos entre las mesas, sorteando al

personal que sigue recogiendo, hasta que salimos al jardín, donde las luces colgantes aún iluminan tenuemente el espacio.

Es un contraste curioso. Dentro, el final es obvio; aquí, con la música sonando todavía en la distancia, supongo que es la que tienen puesta los empleados para acompañarlos en el proceso, y el brillo suave de las bombillas, parece que la boda sigue en marcha, aunque solo sea para nosotros.

—¿Ves? Esto es mucho mejor que estar persiguiendo camareros para asegurarte de que recogen los manteles en el orden correcto.

Vega suelta una risita y sacude la cabeza.

—No hago eso.

—Oh, sí que lo haces. Y todos los que han trabajado contigo esta noche podrán confirmarlo.

—Exagerado.

—Controladora —replico con diversión.

Está a punto de responderme cuando una voz conocida nos interrumpe.

—Ajá, sabía que os encontraría juntos.

Nos giramos al mismo tiempo y nos encontramos con Marta, que nos observa con los brazos cruzados y una sonrisilla maliciosa.

—¿Tú no te habías ido hace rato ya? —Ella se encoge de hombros —. ¿No deberías estar, no sé, a punto de empezar tu noche de bodas o preparando las cosas para tu luna de miel? —pregunto, fingiendo fastidio.

—Eso mañana. Es que me he quedado un ratito más para ver cómo os comportabais después de lo de anoche.

Vega se tensa a mi lado.

—¿Lo de anoche? —pregunta con fingida inocencia.

Marta se ríe.

—Ains, sois la comidilla de la boda. Mamá incluso intentó grabarlo, pero su móvil no tenía suficiente batería, para desgracia de todos, porque ese beso merecía ser guardado para la posteridad.

—Perfecto. Esto es justo lo que necesitaba para afianzar mi credibilidad profesional—murmura Vega, llevándose una mano a la cara.

—Tranquila, creo que después del discurso de mi hermano, todo el mundo estaba esperando a que pasara algo.

Yo asiento con satisfacción.

—Siempre es bueno darle a los invitados un poco de espectáculo adicional.

Vega me da un codazo disimulado y Marta nos observa con una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, ahora que ya sé que esto es oficial, os dejo solos. Pero no os confiéis, pienso seguir de cerca vuestra historia.

Nos guiña un ojo y se aleja, dejándonos otra vez solos.

—Maravilloso. Ahora somos material de cotilleo —murmura Vega, con una mezcla de resignación y diversión.

—Siempre lo fuimos, solo que ahora es oficial —comento, restándole importancia.

Ella suspira y cuando la miro, sigue habiendo algo en su expresión, algo similar a una sombra de duda.

—¿Vega? ¿Qué pasa?

Ella tarda un segundo en responder; finalmente, susurra:

—Es que... no sé... ahora te marchas y…

Tomo su rostro entre mis manos y rozo su frente con la mía antes de besarla, lento y firme.

—No me voy a ninguna parte. Podemos viajar los dos, cuando no trabajes. La gente no se casa todos los días, Vega.

Ella sonríe contra mis labios y, esta vez, es ella quien me besa a mí. Un beso suave que se convierte poco a poco en algo más profundo. Cuando nos separamos, la miro con una media sonrisa.

—Vaya, lo de ser mi novia te está afectando más de lo que creía.

—Cállate, Lucas.

—¿Por qué? ¿Te incomoda que tenga razón? —bromeo, inclinándome un poco más hacia ella.

Vega resopla, aun así, su rostro se suaviza cuando le acaricio la mejilla con el pulgar. Me encanta verla así, sin las barreras que normalmente levanta… ¿o ya puedo decir levantaba?

—¿Sabes qué?

—No, mejor cállate tú —murmuro.

Y la beso otra vez, con más confianza, con más intención. Me río entre sus labios antes de perderme por completo en ella, porque ahora por fin puedo hacerlo.

32

Suma y sigue
Vega

Seis meses después y todo sigue más o menos igual. Lo cual, en mi caso, significa que tengo mil cosas en la cabeza, listas interminables y la sensación perpetua de que el tiempo corre en mi contra.

Ah, y que Lucas sigue siendo un grano en el culo.

Estamos en mi oficina, que ahora también es, en parte, su estudio. No era mi plan inicial, sin embargo, empezó a venir tanto que al final terminó apropiándose de un rincón. En este momento, está sentado con su tableta gráfica, dibujando algo con una concentración que rara vez le veo en cualquier otra cosa que no sea fastidiarme.

—¿Y si en vez de hojas usas flores? —pregunto, asomándome por encima de su hombro.

—¿Y si en vez de opinar te dedicas a lo tuyo? —responde sin dejar de dibujar.

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos.

—Sabes que lo que tú llamas «opinar» es parte de mi trabajo, ¿verdad?

—Y sabes que lo que yo llamo «déjame en paz» es parte de mi tranquilidad, ¿verdad?

Le doy un golpecito en la cabeza con la carpeta que tengo en la mano. No muy fuerte, solo lo justo para molestarle.

—Venga, necesito que me acompañes a por unas muestras para el nuevo proyecto.

—Estoy ocupado.

—Lucas, si tienes tiempo para responderme con pullas, tienes tiempo para venir conmigo. Además, te prometí que podrías opinar sobre la decoración.

—Sí, pero eso fue antes de darme cuenta de que decirte «esto me gusta» significa que vas a descartarlo de inmediato.

—Bueno, al menos te doy la ilusión de que tu opinión importa. Es mejor que nada.

Él deja la tableta a un lado y me mira con los ojos entrecerrados.

—Me encanta cómo me utilizas.

—Es parte del contrato de novio. Lo ponía en la letra pequeña. ¿No la leíste?

Lucas suspira con dramatismo y se levanta.

—Estoy atrapado en una relación abusiva.

—Y sin escapatoria —le recuerdo con una sonrisa.

Cogemos nuestras cosas y salimos hacia el coche. El trayecto está lleno de comentarios sarcásticos y pequeñas discusiones sobre música, tráfico y el sentido de la vida (según Lucas, todo se reduce a «comida y siestas»). A pesar de todo, hay una comodidad en nuestra dinámica que me resulta casi extraña. Estoy acostumbrada a discutir con él, a que me lleve la contraria en todo, aun así, ahora, además, hay otra capa debajo de todo eso. Una seguridad que antes no existía.

Llegamos a la tienda de decoración, y mientras reviso telas y colores, Lucas se dedica a hacer lo que mejor se le da: conseguir que pierda la paciencia.

—¿Por qué todas estas telas tienen nombres ridículos? ¿Qué demonios es «blanco invierno»?

—Es un tono más cálido que el «blanco nieve».

—Vega, el blanco es blanco.

—Y por eso nunca dejaré que elijas la decoración de nada.

—Pues no sé por qué, mi gusto es impecable. Mírame. —Se señala a sí mismo con suficiencia.

—Sí, un ejemplo de elegancia. Sobre todo, cuando llevas camisetas con frases como esas —señalo.

Él baja la mirada hacia las letras de su camiseta, esa que pone: «Bonitas piernas, ¿a qué hora abren?» Por supuesto, Lucas asegura que yo soy la malpensada y que es una frase inocente. ¡Más que obvio!

—Eh, mi camiseta es un clásico.

—Un clásico del mal gusto.

Estamos en mitad de este intercambio cuando alguien nos interrumpe.

—Bueno, bueno, qué sorpresa encontraros aquí.

Nos giramos y vemos a Marta, que nos observa con una sonrisilla divertida.

—Vaya, si es nuestra proveedora oficial de comentarios indiscretos —dice Lucas.

—Y con orgullo —responde ella con una carcajada—. He quedado con una amiga en aquella cafetería y os he visto entrar.

Me cruzo de brazos y la miro con desconfianza. Marta es una cotilla de campeonato, más, incluso, que su hermano. Y eso que lo creía imposible.

—¿Qué pasa? —pregunta Lucas al ver que Marta nos mira con cara de bobalicona.

—Nada, nada… Solo estaba pensando en lo bien que os veo juntos. Muy acaramelados y todo eso.

Lucas y yo nos miramos al mismo tiempo, y luego a Marta, con evidente escepticismo.

—Si discutir sobre tonos de blanco te parece acaramelado, necesitas pasar más tiempo con tu marido —le digo.

—No, si yo lo decía porque… Bueno, en la familia ya se están haciendo apuestas.

Frunzo el ceño.

—¿Apuestas?

—Ajá. Sobre cuándo vais a casaros.

Lucas suelta una carcajada, mientras yo siento que la cara se me calienta.

—Pero ¿qué dices? —protesto.

—Oh, sí. Mamá cree que será en menos de un año. Papá dice que en dos. Irene está segura de que lo haréis en algo raro, tipo una boda improvisada en Las Vegas.

Lucas apoya un codo en la estantería más cercana y me mira con una ceja arqueada.

—Vaya, Vega, parece que tenemos presión social.

—No hay ninguna presión porque esto no es un tema de discusión —replico rápida.

—No te pongas nerviosa, solo es una teoría. Aunque viendo lo bien que os va… —Marta se encoge de hombros con una expresión inocente que no me creo ni por un segundo.

Lucas se gira hacia mí con una expresión pensativa.

—Ahora que lo mencionan… Podría estar bien. Me veo con esmoquin. Sería el novio más guapo de la historia.

—Y el más insoportable.

—¿Lo dices porque tendrías que admitir que me quieres en público? —pregunta con una sonrisilla.

—Lo digo porque ya eres insoportable de por sí. Con un anillo, serías inaguantable.

—Oh, por favor, seguro que en secreto ya has pensado en cómo sería nuestra boda. No te hagas la dura.

—Claro. Lo hago en la misma fantasía que te dejo organizarla. Con dragones incluidos.

—Por supuesto. Una boda sin dragones no es una boda de verdad.

Marta ríe y niega con la cabeza.

—Sois insufribles. En fin, yo solo pasaba a saludar. Me voy que me están esperando.

Nos lanza un beso en el aire y se marcha, dejándonos solos otra vez.

Lucas me observa con una mirada divertida.

—¿Te imaginas? ¿Tú y yo casándonos? —suelta, con fingido dramatismo.

—Uf, qué horror. —Me llevo una mano al pecho, teatral.

—Aunque tendríamos la boda del siglo. —Se cruza de brazos—. Admito que la idea no es tan terrible.

Le doy un golpecito en el brazo con una de las muestras de tela.

—Ni lo sueñes.

—Demasiado tarde.

Le miro de reojo y, antes de que pueda decir nada más, le planto un beso rápido en los labios para callarlo.

—Venga, vamos. Tenemos trabajo que hacer.

Lucas sonríe contra mis labios antes de dejarse arrastrar.

—Lo que tú digas, jefa.

Y así, entre discusiones, apuestas familiares y amenazas de bodas con dragones, seguimos siendo exactamente lo que somos: un par desastroso, completamente opuesto, pero que, de alguna extraña manera, funciona a la perfección.

FIN

NOA SPARKS es el pseudónimo de Roseline Moyle, autora de romance en varios subgéneros. Si te gusta lo que vas a leer, recuerda que puedes seguir conociendo a la autora en cualquiera de sus otras novelas: romance histórico, contemporáneo, fantasía y paranormal. Puedes encontrarla en redes sociales por Roseline Moyle. Búscala en Amazon para descubrir sus historias.

Agradecimientos

Bueno, para no enrollarme demasiado, voy a dar las gracias a todos los que hacéis posible que siga escribiendo. Y cuando digo a todos, es a TODOS, con mayúsculas. Aquí vais familia, amigos, lectoras cero y lectores en general.

Gracias por llegar hasta aquí, por acompañarme en esta historia llena de locura prenupcial, miradas que cautivan, pullas afiladas y corazones que se empeñan en latir a destiempo.

A mis lectores: gracias por confiar, reír, emocionarse y enamorarse con cada página. Sois el motor (y la gasolina) de todo esto. Nada de lo que escribo tendría sentido sin vosotros.

A mi familia, por no preguntar y dejarme escribir sin interrupciones. Ah, y al despertador por sonar cada día a las 6 de la mañana para ponerme a teclear. Punto importante: sin él, no habría historia.

A mis amigas (esas lectoras sin pelos en la lengua), por aguantar mis monólogos sobre personajes ficticios como si fueran gente real (y, en parte, lo son para mí), y por celebrarlo todo conmigo: los bloqueos, los avances y hasta los títulos absurdos que se me ocurren sea la hora que sea.

Y a ti, que lees estas líneas: gracias por formar parte de esta comedia tan perfecta como imperfecta que tanto me ilusiona. Ojalá te hayas reído, suspirado y sentido un poquito menos solo entre estas páginas.

¡GRACIAS!

Nos vemos en la próxima historia.

Con cariño,

Noa Sparks

Sobre la autora

Noa Spark, o lo que es lo mismo, Roseline Moyle, nació en 1983 en Cádiz. Licenciada en Historia en el año 2010 y especializada posteriormente en la rama de la educación, es devoradora de libros desde pequeña y amante de los grandes clásicos.

En 2016 se decidió a escribir su primera novela para presentarla a un concurso, tras lo cual, fue publicada en la plataforma de Wattpad; en la que tuvo una gran aceptación desde el momento de su publicación. Después de eso, se lanzó a la autopublicación. Con varias novelas en su haber, decidió hacer un máster de Escritura Creativa y otro de Corrección y Redacción, dedicándose hoy día, además de la escritura, también al ámbito de la corrección.

Hasta el momento tiene publicadas dos series de romance, una histórica, titulada Amor y Deber, y otra contemporánea, Segundas Oportunidades. Además, ya está completa y publicada su primera historia de novela de fantasía romántica, una trilogía que terminó de ver la luz en diciembre de 2021 y que mezcla un mundo de ángeles, magos y seres humanos, todos enfrentados por cambiar la historia que los atenaza. Además, posee historias autoconclusivas de diferentes subgéneros de la romántica.

Actualmente vive en una localidad cercana a Cádiz junto a su marido, sus dos hijos y sus tres gatos.

Si deseas mantenerte informado de todas las novedades con respecto a sus trabajos, puedes hacerlo a través de su perfil de autora de Facebook o por sus redes sociales.

Facebook de autora:
https://www.facebook.com/roselinemoylewriter

Instagram: @roselinemoyle_autora

Otras novelas de Noa Sparks

Serie IMperfectos

Libro 1: IMperfecto para mí

libro 2: Perfectamente IMperfectos



Consíguelas aquí: https://www.azonlinks.com/B0DGDL59FW

Otras novelas de Roseline Moyle

Serie segundas oportunidades

romance contemporáneo con superación.

A tu son

Entre tulipanes y fogones

un pacto a escondidas



Consíguelas aquí: https://relinks.me/B09YS4H1TV

Serie amor y deber.

Ambientada en la Edad Media. Romance histórico.

Iria. El deber de una princesa

Corbin. El destino de un rey

Kala. El secreto de Heldreth



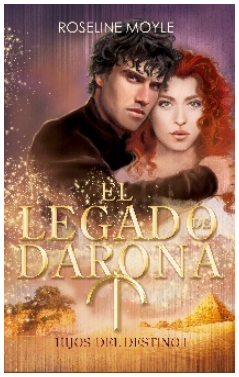
Consíguelo aquí: https://relinks.me/B07DZN4HDQ

TRILOGÍA HIJOS DEL DESTINO. Trilogía romántica de fantasía. Historia completa ya publicada. Los títulos que la componen son:

El legado de Darona

El legado de Uriel

El legado es nuestro







Consíguela aquí: https://www.azonlinks.com/B095J7R1XN

LA VIDA QUE TE DEBÍA.

Autoconclusiva. Romance con un toque paranormal.



Consíguela aquí: https://relinks.me/B08JGPB2ZP

Un compendio de relatos para pasar el rato.

Una recopilación de cuatro relatos cortos de romance para, como bien dice su título, pasar el rato.



Consíguela aquí: https://relinks.me/B08WKGHJ98